Las subversivas

Revolucionarias en los tiempos del movimiento obrero clasico

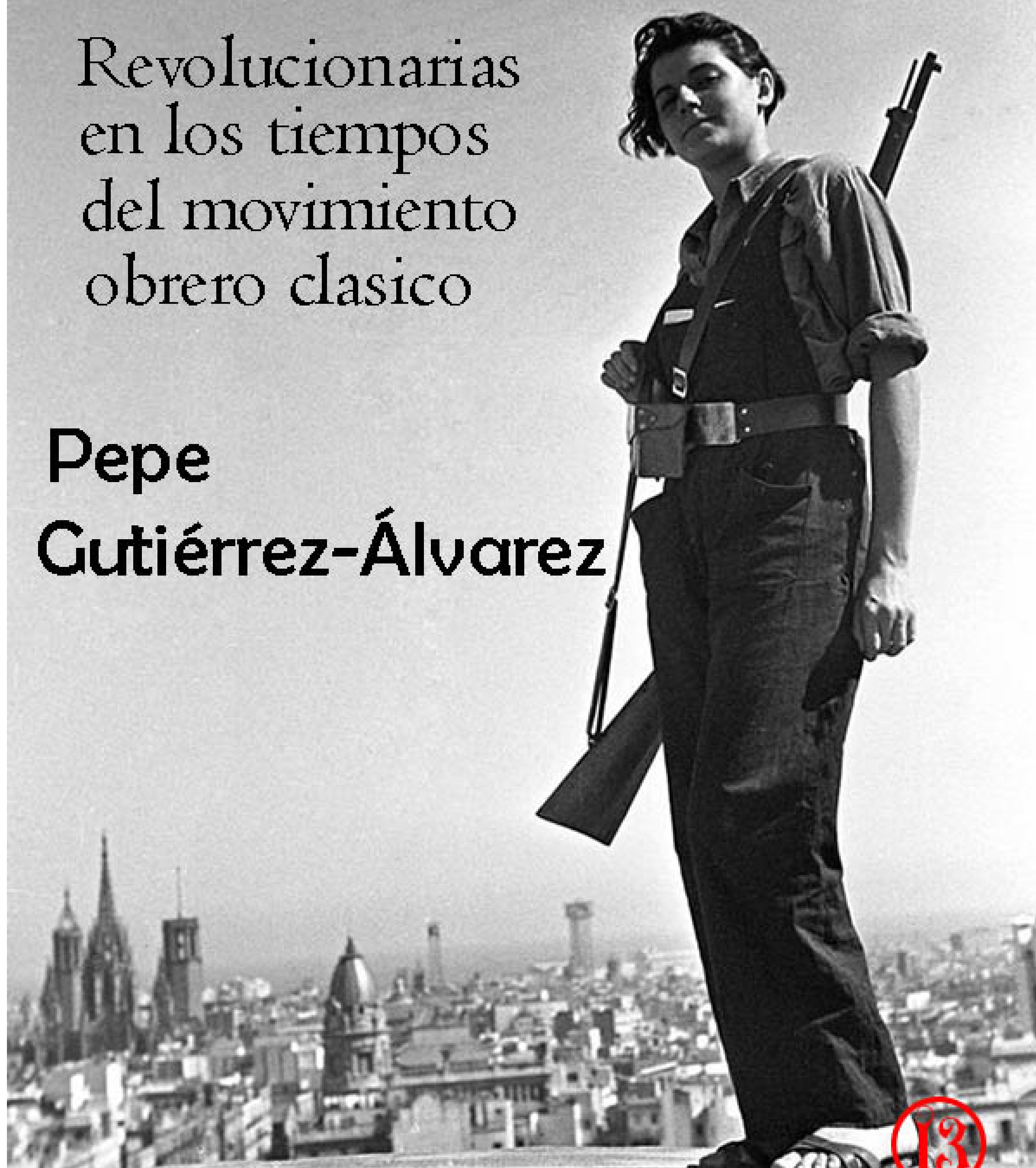
Pepe Gutiérrez-Álvarez



Las subversivas

Revolucionarias
en los tiempos
del movimiento
obrero clasico

Pepe
Gutiérrez-Álvarez



Este libro fue producto de una recopilación de diversos trabajos aparecidos en revistas como Historia 16, Historia y Vida y Tiempo de Historia, y apareció en la editorial Hacer, Barcelona, 1986, en la que el autor había publicado otras cosas como el primer volumen del Diccionario bibliográfico del socialismo, y había contribuido a la edición de diversos clásicos socialistas. Su título escogido era Mujeres contra la historia, que tomaba una frase de Nietszche, pero fue retocado como Mujeres socialistas.

Pepe Gutiérrez-Álvarez

Las subversivas

Revolucionarias en los tiempos del movimiento obrero clásico



Título original: *Las subversivas*
Pepe Gutiérrez-Álvarez, 1986

Revisión: 1.0
02/12/2019

ESTE libro fue producto de una recopilación de diversos trabajos aparecidos en revistas como Historia 16, Historia y Vida y Tiempo de Historia, y apareció en la editorial Hacer, Barcelona, 1986, en la que el autor había publicado otras cosas como el primer volumen del Diccionario bibliográfico del socialismo, y había contribuido a la edición de diversos clásicos socialistas. Su título escogido era *Mujeres contra la historia*, que tomaba una frase de Nietszche, pero fue retocado como *Mujeres socialistas*, como producto de la adhesión organizativa del editor, Josep Ricou, antiguo militante de Acción Comunista, grupo que estaba en el origen de la propia editorial. Este cambio fue acompañado de la idea de colocar un prólogo, en un principio de Mª Aurelia Capmany, pero como no pudo ser de ésta, Ricou hecho mano a una diputada del PSC-PSOE, Rosa Barenys, pero después de una primera lectura me negué a aceptarlo, y finalmente apareció con una nota mía que culminaba con una dedicatoria a Elizanda Illamola, una amiga y militante de la LCR que se había suicidado poco antes. Sin embargo, ni tan siquiera esta dedicatoria fue suficiente para que el sector femenino de esta organización prestara atención a un libro «escrito por un tío». Para sorpresa de Antonia Rodrigo y de un servidor, en el día de la presentación de la edición en Leviatán, solamente estaba presente Montserrat Cervera.

El libro llevó el camino errático propio de una editorial militante sin militancia. Sin embargo, al año siguiente me llamó Paavo, un camarada alemán que en la segunda mitad de los años setenta había estado afincado en Cataluña y había sido el animador de una colección de modestas ediciones llamada «Cuadernos Rojos» a imitación de los «Cahiers Rouge» (entrevistos en uno de los momentos de la película Salvador), y al poco

tiempo apareció con el título *Sozialistinen* (Isp Verlag, Franfukfurt, 1989). En 1995 apareció una edición italiana titulada Le souversive, y tuvo una reedición el año 2005. El editor era un viejo conocido, Roberto Massari quien, según me explicó había contactado con el editor alemán, Pavel B. Kleiser, en un congreso internacional sobre Charles Fourier. Massari editorial lo integró en su colección «contracorrente». Los diversos capítulos han sido «colgados» en Kaosenlared, y en Pintxagorria. Esta reconstrucción contiene algunas modificaciones menores en relación al original, sobre todo los añadidos de Margaret Sanger y Louise Bryant. Agradezco a *L'Espai Marx* que incluya éste y otros trabajos míos dentro de su inapreciable labor de la recuperación de una serie de libros, en su mayor parte muy difíciles de encontrar.

Las hijas (olvidadas) de la revolución francesa

¿Puede el hombre ser libre si la mujer es esclava?

Percy B. Shelley

AUNQUE sus orígenes se remontan cuanto menos a la Grecia clásica, se puede decir que el feminismo tal como lo entendemos hoy día, como la mayor parte de las grandes ideas modernas, comienza a cobrar forma en el interior del largo proceso de la revolución democrático burguesa, y lo hará en contra de la mayor parte de sus notables protagonistas masculinos que se mostrarán contrarios a equiparar los derechos de la mujer a los del hombre libre y propietario. Un caso ejemplar fue el de John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos y uno de los redactores de la Declaración de Independencia. A pesar de su radicalismo, Adams tomó a broma la pretensión de su señora, *Abigail Smith Adams* (1744-1818), cuando ésta trató en una serie de cartas de persuadirle que incluyera los derechos de la mujer al redactar las leyes del Estado más democrático del mundo entonces. En frente suyo tenía algo tan poderoso como la tradición judeo-cristiana, especialmente reaccionaria en este aspecto como lo había sido con la cuestión de la esclavitud, que para algunos aparecía perfectamente justificada en la Biblia[1].

Las primeras feministas que enfocan la posibilidad de una natural equiparación entre ambos sexos surgirán durante la revolución puritana que

inicia dicho proceso y pone la primera piedra de la Inglaterra moderna que servirá como modelo para los regímenes democráticos ulteriores. Los puritanos hirieron de muerte a la monarquía absoluta y afirmaron el derecho de los contribuyentes a elegir a sus representantes políticos. También establecieron la capacidad de cada individuo de entenderse directamente con Dios sin necesidad del Vaticano. Pero no admitieron para la mujer otra igualdad que la de rezar a Dios, pero con la condición de mantener un papel subalterno en la institución eclesiástica, no muy diferente a la que se le atribuía en el hogar, un terreno en el que más de dos siglos de feminismo no han sido suficientes para introducir cambios significativos.

Mucho más allá fueron los ilustrados, dentro de los cuales surgieron nombres como el de Condorcet, que llega, casi en solitario, a defender en 1788 (en su obra *Ensayo sobre la Constitución de las Asambleas Provinciales*) el derecho de la mujer a tener una participación en la política en pie de igualdad con el hombre, derecho que no se hará realidad sino casi siglo y medio más tarde[2]. Condorcet piensa que una segregación de la mujer sería una injusticia contraria a la razón, porque ellas poseen en común con el hombre «la cualidad de seres razonables y sensibles». A los que aducen falta de instrucción e inteligencia, de debilidad física de la mujer, Condorcet les responde: «… ¿Acaso no hay muchos representantes populares que carecen de los mismos, a su vez? El buen sentido y los principios republicanos excluyen cualquier distinción entre hombres y mujeres a este respecto. La principal objeción, repetida por todos, es que abriendo a la mujer la vida política la distraemos de la atención de la familia. El argumento carece de fundamentos. Ante todo no se refiere sino a las mujeres casadas, y no todas lo son. En segundo lugar, haría falta, por esta misma razón, prohibir a las mujeres el ejercicio de cualquier profesión manual o del comercio».

Pero la voz de Condorcet clamaba en el desierto, y la presión antifeminista calará hasta los hombres más ilustres de la época sin exceptuar a los más radicales y avanzados de la Gran Revolución como el semianarquista Sylvain Maréchal, compañero de Babeuf en la insurrección de los Iguales y que se oponía a los derechos de la mujer. No obstante, las ideas de Condorcet serán retomadas por algunas de las mujeres que en masa

habían sido, en palabras de Michelet, la «vanguardia de la revolución», en concreto por la líder girondina *Madame Roland*, por la enrâge *Claire Lacombe* y sobre todo, por *Olimpia de Gouges* que será la inmortal autora de la primera *Declaración de los Derechos de la mujer y la Ciudadana* que proclama, entre otras cosas:

- «Art. 1º. La mujer nace libre y permanece igual al hombre en sus derechos. Las distinciones sociales no pueden ser basadas sino en la utilidad común (…)
- Art. 4º. El ejercicio de los derechos naturales de la mujer, no tienen más límites que los que la perpetua tiranía del hombre le ha impuesto. Estos límites deben de ser reformados por las leyes de la naturaleza y la razón (…)
- Art. 6º. La ley debe de ser la expresión de la voluntad general: todas las ciudadanas y todos los ciudadanos deben concurrir personalmente y por intermedio de sus representantes a su formación (…)
- Art. 13º. Para el mantenimiento de las fuerzas públicas y para los gastos de la administración los tributos de hombres y mujeres son iguales; ésta participa en todos los servicios y todas las labores penosas; debe tener pues, la misma parte en la distribución de los puestos, de los empleos, de los cargos, de la dignidad y de la industria».

Vale la pena decir cuatro cosas sobre estas tres mujeres, comenzando por **Mme. Roland**, cuyo nombre de soltera era Jean-Marie de Philipon, estaba casada con un ilustrado que era el doble mayor que ella. En este matrimonio el hombre fue el astro menor, tanto que él no pudo sobrevivir la muerte de ella y se suicidó. Antes de la revolución de 1789, la casa de los Roland fue uno de los centros de la oposición democrática parisina. Durante el transcurso de ésta, ambos militaron en el partido de la Llanura, dentro del cual Mme. Roland descolló particularmente. Sus ideales feministas pueden parecer actualmente como moderados; Mme. Roland creía que la mujer no se encontraba todavía preparada para ocupar cargos políticos y de momento se trataba de hacer propaganda por sus derechos. Michelet vio en ella la

mujer radical típica del siglo. Por sus actividades fue condenada por un Tribunal Revolucionario jacobino que le acusó de haber «pervertido» a su marido. Tenía treinta y nueve años, y una vez delante del verdugo Sansón, exclamó contemplando una estatua de la Libertad: «*... ¡Oh, Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre*»!

En cuanto **Claire Lacombe**, perteneció a una de las tendencias más radicales de la revolución. Alejandra Kollöntai la llamó «capitana de los arrabales de París» y destaca su capacidad como oradora y su ferviente republicanismo. Fue una de las animadoras del «Club de ciudadanas revolucionarias» y participó desde sus posiciones jacobinas en la mayoría de los grandes acontecimientos revolucionarios. Alejandra Kollöntai concluye su retrato diciendo: «Rosa Lacombe fue una mujer que se entregó con alma y vida a la revolución y al mismo tiempo comprendió que las necesidades de las proletarias, sus exigencias y preocupaciones tenían que ser una parte integrante e inseparable del movimiento de trabajadores que comenzaba. No exigía derechos especiales para las mujeres, pero las zarandeabas para despertarlas y les invitaba a defender sus intereses como miembros de la clase trabajadora…».

Mucho más recordada es Olympia de Gouges que se llamaba en realidad Marie Gouze y había nacido en 1748 —y no en 1755 como diría ante el Tribunal Revolucionario que la juzgó—, en Montauban. Su madre era una aventajada modista y su padre comerciante, pero ella siempre presumió de un origen mucho más ilustre. Llegó muy joven a París y llevó una vida bastante aventurera. Se sabe que se casó en 1765 con un oficial de Intendencia y que tuvo un hijo, pero su vida libre le separó de su marido. Tuvo numerosos amantes (entre ellos el novelista roussoniano y libertino Restif de la Bretonne al que el lector/a quizás recuerde con el rostro de Jean-Louis Barrault en la película *La noche de Varennes*, de Ettore Scola) y ganó una gran fama como mujer ambiciosa. Asistió con entusiasmo a los primeros tiempos de la revolución que decía que había esperado durante 15 años. Republicana y feminista apasionada, Olimpe no pudo soportar los efectos del terror jacobino. Opinó delante de éstos que no se acababa la monarquía haciendo un mártir del rey y estas palabras la llevaron a la guillotina. Escribió varias obras de teatro, pero ninguna de ellas mereció, al

parecer, el reconocimiento de la posteridad.

Esta audaz feminista vivió intensamente, pues, los momentos del auge revolucionario y murió descabezada con la degeneración de la revolución. Representó un adelanto excepcional de las grandes luchas feministas del siglo XX y reflejó la incapacidad del modelo más avanzado de revolución burguesa para integrar los derechos de la mujer.

Desde el punto de vista individual —que es el de este trabajo—, sobresalieron muy particularmente dos mujeres de gran personalidad en este período previo, contemporáneo e inmediatamente posterior a la Gran Revolución Francesa. Se trata sobre todo de *Mary Wollstonecraft*, y en menor grado de *Fanny Wrigth*, y ambas serían las principales pioneras de los movimientos feministas inglés y norteamericano, y estarían vinculadas a dos de los principales representantes del protosocialismo: William Godwin y Robert Owen. Se puede decir que tanto la una como la otra mantuvieron ideas claras a favor de la igualdad social.

Mary Wollstonecraft

VINO al mundo el 27 de abril de 1759 en un hogar de clase media que era algo así como un ínfimo territorio donde su padre era el dueño absoluto del destino de una familia compuesta, con la excepción de él, de mujeres. Mientras que a la señora Wollstonecraft no le cabía más que el trabajo doméstico, al marido le correspondió dilapidar la pequeña fortuna familiar en continuas borracheras que terminaban generalmente con malos tratos a su mujer y a sus hijas. Los cambios de carácter del tutor conllevaron también continuos cambios de domicilio, recorriendo el grupo familiar en diferentes etapas diversos pueblecitos de Essex y Yorkshire, hasta que finalmente se instalaron más establemente en Hoxton, en los suburbios de Londres que conocía entonces los primeros rigores de la revolución industrial. Todos estos factores —tiranía paterna, empobrecimiento y cambios de residencia—, impidieron que Mary consiguiera el grado de enseñanza que en aquellos tiempos eran moneda corriente para una muchacha de clase media. Esta frustración influyó poderosamente en sus concepciones dentro de las cuales la enseñanza para la mujer será pieza capital. Con todo, su atraso escolar no fue un obstáculo insalvable y pronto su voluntad le iba a permitir remontarlo.

«Mary tuvo el apoyo de Fanny Blood a la que conoció cuando tenía 15 años y que sería desde entonces su mejor amiga y su modelo de mujeres; con el tiempo sin embargo, Mary iría más allá que su amiga que, aunque era una mujer inquieta, soñaba con escapar de su situación familiar» a través del matrimonio. Para Mary esto no tenía por qué ser así y encontró su

alternativa en la educación. Fanny le había presentado a unos protectores liberales —palabra que entonces tenía unas connotaciones muy diferentes a las que se le da hoy—, los señores Clare, que ayudaron a Mary en su vocación cultural y la iniciaron en la literatura y en la relación con la gente culta e inconformista. Quería ser maestra, pero de momento tuvo que ganarse la vida como costurera y después como dama de compañía de una tal Miss Dawson, trabajo que le facilitó una independencia de su padre y unos medios para poder estudiar mejor.

Aunque se había separado de su familia cuando cumplió los veinte años, tuvo que abandonar su trabajo para atender durante cierto tiempo a su madre que, tras una penosa existencia de «perfecta casada», falleció cansada y enferma en 1782. Después se fue a vivir en Walham Green, cerca de Fulham, en la casa de Fanny, pero nuevamente, cuando apenas habían transcurrido unos meses, otro drama familiar la obligó a abandonar sus proyectos. Se trataba de su hermana Elizabeth que acababa de tener un hijo con Meredith Bishop, y que se encontraba en una profunda crisis depresiva en la que su marido tenía la principal responsabilidad. La posición de Mary ante la cuestión fue la siguiente: su hermana debía de olvidar las leyes que la obligaban y abandonar a su flamante esposo. Esto tuvo lugar en enero de 1784 y durante cierto tiempo, todo funcionó de forma aceptable, hasta que falleció la hija de Elizabeth, lo que ocasionó en ésta una actitud de resentimiento hacia su hermana.

Una vez liberada definitivamente de los problemas familiares, Mary emprendió una tarea que acariciaba hacía tiempo: construir una escuela. Lo hizo en un barrio modesto de Londres, en Islington, y le acompañaron en el trabajo Fanny y Elizabeth. Este primer intento fue un fracaso, ya que la gente no estaba de algún modo habituada a ver una escuela dirigida exclusivamente por mujeres y que aplicaba además métodos modernos de enseñanza. No obstante, Mary no desfalleció y lo volvió a intentar de nuevo en Newington Green y obtuvo entonces mejores resultados pero no por mucho tiempo… En 1785, tuvo que abandonar la escuela y marchar precipitadamente a Portugal para atender a Fanny que se había instalado allí al casarse y que estaba a punto de dar a luz con grave riesgo para su existencia debido a la tuberculosis que sufría. Llegó justo a tiempo para

asistir a los últimos momentos de su amiga.

Cuando regresó a Inglaterra encontró la escuela en una situación tan deficitaria que no pudo remontarla. Gracias a sus actividades como maestra había entrado hacía tiempo en contacto con los círculos radicales de Newington Green, en particular con el doctor Price, predicador y economista de gran fama que influyó en la profundización de sus convicciones feministas y literarias. En 1787 escribió su primera obra titulada *Reflexiones sobre la educación de las niñas*, un primer borrador de la que será su obra principal, *Vindicación de la mujer*, en la que analiza la cuestión de la educación femenina, desarrollando la idea de que las mujeres no serían tan frágiles y timoratas si fueran educadas igual que los hombres. Criticaba las insuficiencias de la educación formal y la manera como las niñas eran tratadas desde su infancia. Con otra educación las mujeres podrían ser iguales que los hombres. Está de acuerdo en la coeducación, una idea que sólo muy tardíamente se impondría en la España franquista, y que todavía está por lograr en numerosos países. En este aspecto de su pensamiento, Mary fue influenciada por otra mujer radical de la época, Catherina Macaulay, autora de *Cartas sobre la educación*, sobre la que escribió que «aplaudía las tesis de la autora y su denuncia de la gran diferencia que existía en la educación de los niños en función del sexo, o de la crítica de esa educación que tenía como único fin el matrimonio y la galantería, despreciando los valores intelectuales de la mujer y rebajándola a un papel ridículo y pernicioso».

Gracias a la fama que le dio este primer libro entabló amistad con el editor liberal Joseph Johnson, que fue ganado por la voluntad y la inteligencia de Mary a la que le ofreció un puesto en la revista mensual que dirigía y que se llamaba *The Analytical Review*. Esto significó para Mary una posición estable y el poder dedicarse al oficio de escribir, primero con artículos de crítica, ensayos y traducciones y luego con una serie de novelas. En 1788 publicó Mary, una obra eminentemente autobiográfica. El mismo año salió a la luz otro libro suyo, *Historias originales*, en el que reunía varias parábolas en las que daba una vívida descripción de la situación de la mujer inglesa de entonces. A través de su trabajo en la revista de Johnson, Mary pudo tener un conocimiento de primera mano de

las aportaciones intelectuales más avanzadas del siglo, o sea de los grandes de la Ilustración como el barón d'Holbach, Voltaire, D'Alembert, Diderot y Rousseau que influyeron poderosamente en su formación. Aunque entre los grandes revolucionarios no existía unanimidad sobre la cuestión femenina, coincidían por lo general en la idea de que tenían que ser los hombres los que debían de controlar la sociedad democrática y la naturaleza por medio de la ciencia y la razón; el hombre razonaría en lugar de la mujer en que veían unos atributos secundarios respecto a éste.

Que Mary Wollstonecraft se situó más allá que sus maestros, lo muestra su soberbia crítica a Rousseau con ocasión de la publicación de las famosas *Confesiones* de éste. El célebre pensador ginebrino, aunque reconocía que la mujer se encontraba oprimida en la sociedad feudal, no concebía un futuro muy distinto para ella en su alternativa de democracia igualitaria pequeñoburguesa. Así por ejemplo escribía en el *Emilio o la educación*:

«La educación de las mujeres deberá estar siempre en función de la de los hombres. Agradarnos, sernos útiles, hacer que las amemos y las estimemos, educarnos cuando somos pequeños y cuidarnos cuando crecemos; aconsejarnos, consolarnos, hacer nuestras vidas fáciles y agradables. Estas han sido siempre las tareas de la mujer, y eso es lo que se les debe enseñar en su infancia».

Mary dedicará al *Emilio* un artículo en la revista que le servirá más tarde para el segundo capítulo de *Vindicación de la mujer*, donde escribirá:

«Rousseau declara que la mujer no debería nunca, ni por un momento, sentirse independiente; que debería estar dominada por el temor de ejercitar su astucia natural y que debería ser esclava de la coquetería, a fin de convertirse en un objeto más atractivo, en una compañera más dulce para el hombre, siempre que éste desease relajarse. Sus argumentos, que pretenden sacar de las pruebas que nos brinda la naturaleza, van aún más lejos, e insinúa que la verdad y la fortaleza, piedra de toque de toda virtud humana, no deberían cultivarse más que con ciertas restricciones, pues con todos los respetos al carácter femenino, la obediencia es la gran lesión, la que debería inculcarse con el máximo rigor. ¡Qué desatino! ¡Cuándo surgirá el hombre que tenga la suficiente fuerza mental como para disipar de un soplo los vapores que el orgullo y la sensualidad han esparcido sobre el individuo! Si

la mujer es, por naturaleza, inferior al hombre, sus virtudes han de ser las mismas en cuanto a calidad, si no lo son en cantidad, ya que, de no ser así, la virtud sería una idea relativa; en consecuencia, su conducta debería estar cimentada en los mismos principios y tener la misma meta».

Donde Rousseau ve una inclinación natural de la mujer, Mary entiende que existe una educación; un proceso en el que las mujeres se habían convertido en cómplices de su propia situación opresiva. Sus madres las habían preparado a ser astutas ya mostrar una «obediencia aparente y una atención escrupulosa hacia un tipo de propiedad pueril». No obstante, el horizonte social de Mary no era distinto en aquel momento al de Rousseau, pensaba como éste que las diferencias de clase podían ser anuladas en el marco de una democracia de pequeños propietarios.

Mientras trabajaba en la redacción de la revista, Mary frecuentaba uno de los clubs radicales más avanzados de entonces. Estaba situado en St. Paul's Chaurcyard, y allí alternó con otros grandes espíritus de su época como Thomas Paine que había dado brillo a la revolución norteamericana y escandalizaba a la opinión pública inglesa antes de intervenir en el torbellino revolucionario francés. Este internacionalista convencido era partidario del voto femenino. Otros conocidos de aquel lugar fueron Anna Barbaud, abogada, feminista y muy conocida en los medios radicales y el poeta y dibujante visionario Willian Blake que animaría la solidaridad con los jacobinos en los años más difíciles de la revolución francesa y que ilustraría la segunda edición de Historias originales.

También conoció allí al erudito liberal Fuseli, que fue durante el final de la década el gran amor de Mary. El destino de Mary estuvo marcado por un sentimiento plenamente romántico del amor: «No puedo vivir sin amar, escribió, y el amor conduce a la locura».

Cuando el 14 de julio de 1789 estalló la Revolución Francesa, Mary, como todos sus compañeros radicales, se sintió embriagada de felicidad; al fin había comenzado de verdad la nueva era, la era de los Derechos Humanos. De ahí que, cuando el «apólogo de la tiranía» Edmund Burke publicó sus famosas *Reflexiones sobre la revolución francesa* un año después de la toma de la Bastilla, Mary se sintió obligada a escribir una dura réplica. Le había precedido Thomas Paine con otra obra famosa, *Los*

derechos del hombre que influirán notablemente en su panfleto titulado *En defensa de los derechos del hombre*, en el que expone la opinión de que la revolución francesa marca el nacimiento de una nueva era de la humanidad en la que los derechos de las personas sin distinción de sexo serán inviolables. Por esta época conocerá a William Godwin cuyo pensamiento representaba una primera superación socialista de los ideales democráticos burgueses que conmovían Francia.

Fue en aquellos años febriles cuando, influenciada por Condorcet y animada por Paine, escribió su obra magna *Vindicación de los derechos de la mujer*, sobre la que ha dicho la historiadora socialista Sheila Rowbotham: «… dentro del contexto de esta misma revolución —la francesa—, una mujer extraordinaria produjo un libro extraordinario. *Vindicación*… fue uno de esos libros que proporcionan una síntesis tan intensa del pasado y una condensación y expresión tan formidable de la experiencia del momento que transforma de modo permanente las bases del pensamiento futuro de las mujeres».

Este libro que estaba llamado a hacer época —se le ha llamado un poco abusivamente la Biblia del feminismo— fue escrito en seis semanas, lo que se nota en su estilo desmañado y sus continuas digresiones. Se publicaría a comienzos de 1792 y causó un impacto inmediato y consiguió una justa fama, convirtiéndose desde entonces en un clásico dentro de la izquierda anglosajona que ha sido, por lo general, una izquierda bastante feminista. Una tradición dentro de la izquierda británica se inicia con Godwin y se desarrollará después a través de Shelley, Thompson, William Morris, Keir Hardie, G.B. Shaw, Bertrand Russell, etc.

Casi dos siglos después sigue manteniendo gran parte de su interés, entre otras cosas porque la situación de la mujer sigue necesitando una profunda revolución incluso en los países más avanzados. Mary tuvo la gran audacia de aplicar al terreno de la mujer las grandes ideas de la Ilustración. Si los seres humanos no estaban sujetos a la fatalidad ni al pecado original, si podían decidir sobre su destino tanto en la sociedad como en la naturaleza, no había ninguna razón para que las mujeres fueran una excepción. Intuía que existían una serie de factores sociales que obstaculizaban su libre desarrollo y la obligaban a supeditar su libre

autodeterminación al padre y al marido. Los hombres y las mujeres diferían en fuerza física, pero no en la inteligencia y en la práctica de la virtud. El sentido común era algo igualmente repartido entre hombres y mujeres, lo mismo que lo estaba entre el rico y el pobre. Se opone a los que estiman que la razón de la mujer es de tipo inferior, porque esto querría decir que la razón dependería del sexo, cuando en realidad, pertenecen a dos planos distintos: la razón pertenece a lo suprasensible, y en consecuencia es superior, el sexo pertenece a lo sensible, por lo tanto es inferior.

Habló sobre la cuestión con una fuerza y un vigor como nadie lo había hecho antes y tardarían en volver a hacerlo. Escribe por ejemplo:

«Ya es hora de que se haga una revolución en las costumbres femeninas, es hora de devolver a las mujeres la dignidad perdida, y que contribuyan en tanto que miembros de la especie humana, a la reforma del mundo, cambiando ellas mismas. Es hora de diferenciar la moral de las costumbres locales. ¡Si los hombres son semidioses, bueno, pues, sirvámosles! ¡Si la dignidad de la mujer es tan discutible como la de los animales, si su inteligencia no le proporciona luz suficiente para poder dirigir su conducta y se le niega un instinto infalible, sin duda la mujer es la criatura más desgraciadas del mundo! Entonces encorvadas bajo el peso férreo del destino, deberán resignarse a ser un “hermoso defecto”. Pero va a ser bien difícil aun para el casuista más sutil justificar, al respecto, los caminos de la Providencia, hallando la más mínima razón irrefutable por la cual una gran parte de la humanidad pueda ser a la vez responsable e irresponsable».

Se preguntaba qué alternativa se les daba en un país donde las mujeres eran mayoría a todas aquellas que no podían casarse ni tener hijos. La igualdad civil y política era algo que debía imponerse tanto como un derecho como por una necesidad, y todos aquellos hombres que posponían esta conquista a una presunta y previa «preparación», lo que hacían en realidad era escamotearla. Por otro lado, siendo los hombres los principales interesados en mantener a la mujer como un bello animal doméstico, ¿no era contradictorio que fueran ellos los que se creían con todas las prerrogativas para dictaminar las medidas destinadas a la mujer?… «¿Quién ha erigido al hombre juez exclusivo, desde el momento que la mujer tiene con él en común el uso de la razón?», la mujer tenía un derecho inalienable

a la libertad y la igualdad porque éstos son derechos naturales «al cual ningún humano debe renunciar, y que es hasta un deber impuesto por la civilización: el derecho y la obligación de obtener lo mejor que la sociedad le ofrece, y esto sobreentiende el deber de procurarse los medios para obtenerlo».

Vindicación desarrolla junto con sus argumentaciones todo un cuadro lleno de vida que muestra la capacidad de su autora de analizar las condiciones en que se desenvuelve la mujer inglesa de entonces, haciendo hincapié sobre cómo se las preparaba para ser un muñeco capaz de mentir y disimular bajo el velo hipócrita de todas las virtudes exigidas por las convenciones sociales y de quedarse encerrada en las ocupaciones más embrutecedoras. Llega a afirmar antes de Fourier y de Owen que el matrimonio era una forma de «prostitución legal».

El mismo año en que publicó el libro realizó un audaz viaje a la Francia revolucionaria provocando el recelo de las autoridades británicas preocupadas por evitar la contaminación radical. Fruto de este viaje y de sus observaciones sería su libro *Análisis histórico y moral de la Revolución Francesa*. En París trabó relación con los girondinos, y en particular con sus mujeres más distinguidas, entre ellas con Madame Roland. Mary murió antes de que la revolución conociera su declive y no conoció la hiel del desencanto. Al contrario que su amiga Madame Roland, Mary no pudo formar parte de ningún movimiento femenino, ni siquiera pudo constituir un grupo afín entre las escasas mujeres radicales. Luchó sola, manteniendo unas posiciones personales y políticas que en la Inglaterra de finales del siglo XVIII significaban andar totalmente contra la corriente. Era una mujer contra su tiempo, una «curiosidad» que atrae la atención de los hombres. En una carta escrita en Suecia escribe: «En la cena, mi anfitrión me dijo sin rodeos que yo era una mujer digna de observación, porque le hacía preguntas propias de hombres».

Antes de marchar al París revolucionario, sus relaciones con Fuseli se encontraban en pleno deterioro. Fue en la capital francesa donde conoció a Gilbert Imley con el que mantendría unas relaciones amorosas muy intensas y con el que tuvo un hijo ilegítimo. Mary le propuso a su amante vivir juntos, pero Imley le respondió con evasivas y escapó del compromiso

mediante un «viaje de negocios». La pasión romántica de Mary por este hombre quedó reflejada en sus *Cartas a Imley*, cuyo tono es francamente desesperado pero lleno de dignidad: «Me podrás hacer infeliz», le escribe en una de ellas, «pero no conseguirás que aparezca despreciable a mis propios ojos».

Mary tuvo una hija en 1794 en Le Havre y una vez recuperada del parto reemprendió sin desmayo su lucha por conquistar a aquel hombre. En junio de 1795 Imley marchó a Suecia y pidió a Mary que le acompañara. Si bien en un primer momento todo pareció ir bien, poco a poco las relaciones volvieron a detenerse ya que para Imley, ella no era más que una pasión pasajera.

El testimonio de su desdicha en esta ocasión lo ofreció esta vez en sus *Cartas desde Suecia*. Regresó junto con su hija a Londres donde la «"opinión pública" la tenía por una prostituta». Su desesperación llegó a tal punto que se arrojó al Támesis desde Putney Bridge y fue gracias a que unos marineros, que pasaban casualmente por allí, que pudo salvar la vida. Se fue recuperando merced a las atenciones de sus amigos. Una vez rehecha volvió a trabajar en la Analytical Review y escribió una nueva novela con el significativo título de *Maria o los infortunios de ser mujer*, en la que narraban una serie de historias sobre el drama de la mujer de su tiempo. En el prefacio del libro que quedó inconcluso, dirá que había querido «describir la miseria y la opresión que padece la mujer y que se derivan de las leyes y costumbres aceptadas por la sociedad». Esta novela, como las otras que escribió, no fueron de gran altura literaria y han sido olvidadas con el tiempo, aunque mantienen el interés de sus tesis y un valor testimonial indiscutible.

En los últimos años de su vida estrechó sus relaciones con su antiguo amigo William Godwin que era tres años mayor que ella y que pasaría a la posteridad como uno de los más grandes antecesores del socialismo libertario. La colaboración entre ambos empezó siendo en un principio intelectual, pero fue tornándose cada vez más afectiva. A finales de 1796, Mary quedó de nuevo embarazada, y a pesar de que tanto él (Godwin compartía teóricamente los ideales feministas de Mary) como ella eran contrarios al matrimonio (que Goldwin definió como «la peor de las leyes.

Es una cuestión de propiedad»), accedieron a casarse como una concesión a una «opinión publica hipócrita» que los hostigaba.

Mary profundiza sus concepciones prosocialistas y su crítica hacia la nueva civilización burguesa, desarrollando ideas que ya había mostrado embrionariamente en su obra más conocida. Entiende que en el fondo de la cuestión de la opresión de la mujer se encuentra la propiedad, de la que se deriva, «como de una fuente emponzoñada, la mayoría de los males que hacen de este mundo un espectáculo lamentable».

Godwin escribió por aquel entonces su *Polytical Justice*, una importante contribución al pensamiento socialista y Mary participó activamente en su elaboración. Muchas de las ideas que se insertan en esta obra, en particular claro está, las que se refieren a la mujer, llevan su marca. Godwin diría más tarde sobre ella: «Se consideraba a sí misma como la defensora de la mitad de la especie humana, cuyas componentes sé habían debatido a lo largo de la historia bajo el yugo que las había degradado desde la situación de seres racionales hasta hundirlas casi al nivel de bestias. Se daba cuenta de que a veces se las intentaba sujetar con grilletes de seda y se las sobornaba inculcándoles el amor por la esclavitud; pero el disfraz y la traición sólo servían para confirmarla en su oposición».

De la unión entre Godwin y Mary nació la que sería más tarde Mary Wollstonecraft Shelley, inmortal autora de Frankestein y compañera del célebre poeta romántico Shelley, con el que pudo casarse a pesar del rotundo obstáculo que le opuso su padre. El nacimiento de Mary agravó su ya débil estado de salud. La placenta, que no había sido totalmente expulsada le provocó una septicemia, una infección generalizada que le causó la muerte el 10 de septiembre de 1797. En su memoria, su hija Mary escribió: «Mary Wollstonecraft era uno de esos seres que aparecen quizás una sola vez en cada generación y que ofrecen a la humanidad un resplandor al que no puede sustraerse ninguna divergencia de opinión. Su genio era innegable. Había sido educada en la escuela de la adversidad y, conociendo los sufrimientos de los pobres y los oprimidos, alimentó en sus almas el ardiente deseo de disminuir tales sufrimientos. Su sólida inteligencia, su carácter intrépido, su sensibilidad y su viva simpatía impregnaron todos sus escritos de una gran fuerza y verdad».

Fanny Wright

DOS años antes de fallecer Mary Wollstonecraft nacía Frances (llamada Fanny) Wright, hija de escoceses, educada en Inglaterra por unos parientes liberales pertenecientes a la aristocracia y que sería la principal discípula del gran protosocialista británico Robert Owen y esposa de su hijo. Cuando era muy joven Fanny estudió con un gran interés la historia de la revolución norteamericana de 1776, y siendo todavía una muchacha —pero poseedora de una notable fortuna personal— se trasladó al Nuevo Mundo.

La joven demócrata hizo amistad con el internacionalista francés Lafayette —que por cierto, también fue amigo de Mary Wollstonecraft— y conoció a Jefferson, Adams y otros líderes de la revolución que tanto admiraba. Esta admiración no le impidió ir más lejos que todos ellos con una cuestión que no habían tenido muy en cuenta: la liberación de los esclavos negros. Después de haber protagonizado algunos actos de carácter antirracistas, regresó junto a Lafayette a Europa, donde entró en contacto con las incipientes ideas socialistas, especialmente con el owenismo cuyo fundador soñaba con crear en Norteamérica una comunidad industrial basada en el comunismo. Prendida por esta idea, Mary vuelve en 1824 a los Estados Unidos, y poco después se decide a vivir junto pero libremente con Robert Dale Owen. Junto con él promueve el periódico *New Harmony Gazette* y participa en la comunidad de Nueva Armonía, que fracasará poco más tarde. En Nueva York, funda el *Free Enquirer* en la misma línea y toma parte de la New York society for Prometing Communities, un grupo

prosocialista en el que militaron los principales componentes del owenismo norteamericano, Cornelius C. Blatchely, William Masclure, Paul Brown y Josiah Warren, que más tarde será un notorio anarcoindividualista. Fanny imprimió al grupo un carácter más activista y sobre todo un cariz más feminista, llegando el grupo a asumir la reivindicación del control de la natalidad.

Individualmente Frances sobresalió sobre todo como una gran agitadora de masas, desplegando sus actividades como conferenciante de punta a punta del Estado haciéndose famosa y con ello, amada y odiada. En sus discursos Frances trataba con vehemencia tres cuestiones centrales: la igualdad racial, las libertades de la mujer y los derechos sindicales de los obreros, estableciendo constantemente una simetría entre ellos. En uno de los actos que protagonizó, afirmó: «Existe una vulgar creencia de que la ignorancia de la mujer, al favorecer su subordinación, asegura su utilidad. Se trata de la misma teoría que escriben en los regímenes aristocráticos los pocos que gobiernan frente a los muchos subordinados, en la democracia, los ricos frente a los pobres; y en todos los países los profesionales cultos frente al pueblo».

Su ideario feminista era en gran medida deudor del de Mary Wollstonecraft, no aporta nada nuevo, pero lo hizo conocer entre las muchedumbres que le escuchaban. En sus discursos se dirige habitualmente a los asistentes llamándoles la atención sobre la escasa presencia de mujeres en la sala y explica que éstas se encuentran maniatadas por las leyes y las costumbres. Se dirige a los hombres, clamando:

«¡Maridos y padres, pero es que no os dais cuenta de este hecho! ¿No comprendéis que la esclavitud de vuestras esposas y bellas mujeres os tiene cautivados a vosotros? ¿Sois capaces de disfrutar de vuestra imaginada libertad sin importaros que vuestras mujeres sean siervas mentales? ¿Sois capaces de disfrutar de los diversos aspectos del saber e imaginar que las mujeres engañadas e incultas son mejores sirvientes y unos juguetes más fáciles?».

El progreso humano, dirá en otra ocasión, no avanzará sino muy despacio con la opresión de la mujer, opresión en la que no cree que el hombre podía estar interesado. El hombre no gana nada manteniendo a la

otra mitad de la humanidad tonta y empobrecida, ganará por el contrario, haciéndola copartícipe en la igualdad más plena.

Con el tiempo, Francesc fue radicalizando sus posiciones que, como en el caso de Mary Wollstonecraft, no logró hacer vivir a través de un movimiento aunque sí sembrar la semilla para que éste surgiera años más tarde. Tomó partido a favor de los primeros sindicatos obreros norteamericanos que eran bastante radicales y en 1830 habló de que la sociedad capitalista se basaba en una «guerra de clases».

Frances murió en 1852 sin haber cejado en su militancia solitaria salvo en los últimos meses de su apasionante existencia. La reacción conservadora la trató muy duramente, siendo calificada despectivamente, entre otras cosas de «ramera roja de infidelidad», pero la que perdurará serán palabras como las que le dedicó otra avanzada y activa feminista y antirracista norteamericana, Ernestine L. Rosse: «Francesc Wright fue la primera mujer que habló de igualdad de los sexos en este país. La tarea que tenía ante sí era ciertamente ardua. El ambiente no estaba en absoluto preparado para ello. Tenía que empezar por romper el muro del conservadurismo, tan endurecido por el tiempo, y su recompensa era previsible —la misma recompensa que se otorga a los que constituyen la vanguardia de cualquier movimiento. Fue objeto del odio, de la calumnia, de la persecución, por partir de la gente. Pero eso no fue lo único que recibió. ¡Ah!, tuvo también el premio —un premio que ningún enemigo podía arrebatarle que ningún calumniador podía desprestigiar—, el eterno premio de saber que había cumplido su deber; el premio que supone el tener la conciencia tranquila; el premio de saber qué había tratado de beneficiar a las generaciones futuras…»

Flora Tristán
Una mujer sola contra el mundo

«Tengo casi todo el mundo en contra mía. A los hombres, porque exijo la emancipación de la mujer, a los propietarios, porque exijo la emancipación de los asalariados».

NUESTRA época, tan escasamente pródiga en revalorizaciones y rescates del olvido, o simplemente del silencio, de personajes «malditos» o poco conocidos de un historial condenado por los Altos Tribunales de la nueva historia oficial neoliberal (con unos «socialistas» como Blair o Felipe González), no podía tardar en fijar su atención en una mujer como Flora Tristán que ha sido tradicionalmente alineada entre los «secundarios» del socialismo premarxista. Ahora, gracias al surgimiento de un importante movimiento feminista francés y de nuevas investigaciones históricas, Flora ha ido recobrando en las últimas décadas su justo lugar en el árbol genealógico del feminismo socialista, como una destacada antecesora de las grandes corrientes obreristas y revolucionarias.

Por ello, después de no haber sido apenas publicadas durante más de un siglo, las obras de y sobre Flora Tristán han sido copiosas en su país natal y en menor grado en otros países. Sobre su ideario se ha escrito muy recientemente: «Difícilmente podía pasar por original; está formado por

apuntes sansimonianos y fourieristas, por trozos de Robert Owen, por préstamos de los teóricos del cartismo, de Louis Blanc, de los reformadores del campognonge (…) El enlace entre el feminismo y el socialismo proviene de los sansimonianos; la descripción del palacio de la Unión Obrera se parece a la descripción del falansterio… Pero hay algo que nadie puede negarle a Flora Tristán: su ardor militante».

Ciertamente, este retrato se puede considerar acertado sí lo enfocamos desde el punto de vista de las influencias, sumamente eclécticas, que tuvo Flora. Pero no menciona un factor que le diferencia de los grandes pioneros y que subrayó en su día el escritor alemán Lorenz von Stein: «Es quizás en ella donde se manifiesta, con mayor fuerza que en los autores reformadores, la conciencia de que la clase obrera es un todo, y que debe darse a conocer como un todo, actuar solidariamente y con voluntad y fuerzas comunes en un fin común sí quiere salir de su condición».

Flora Tristán reúne diversas influencias de los socialistas utópicos, pero va más allá que ningún otro socialista de su tiempo en establecer una interrelación entre la lucha obrera y la emancipación femenina, y se adelanta a una idea que Marx hará inmensamente popular al inscribirla como una de las divisas de la Asociación Internacional de los Trabajadores, a saber que la emancipación de la clase obrera será obra de la clase obrera misma, y en cierto sentido con más precisión quizá que Marx ya que cuando hablaba de clase obrera Flora hablaba de ambos sexos. Su pequeño cuerpo estaba habitado por una mujer que poseía una voluntad de hierro y unas convicciones nada comunes. Su finalidad era pasar de las grandes interpretaciones y de las grandes finalidades sin una praxis concreta, a la acción individual y colectiva, desde abajo, de movimiento obrero real. Por ello trabajó denodadamente por una organización, la Unión Obrera, que debía de ser independiente de la clase dominante y luchar por el socialismo nacional e internacional.

A pesar de su limitada originalidad al lado de los grandes nombres del socialismo utópico, Flora Tristán significó un salto cualitativo respecto a éstos más centrados en sus grandes proyectos que en la acción militante. Recogió de todos, pero terminó dándole otro sentido. Su pensamiento y sobre todo su obra, se sitúa en un eslabón intermedio entre el socialismo

utópico y el marxista, en línea del llamado socialismo de «transición» o del 48, junto con Proudhom, Blanqui, Herzen, Lasalle, Dézamy, Weitling, etc., aunque a diferencia de ellos no pudo conocer la revolución internacional de 1848, aunque muchas de sus ideas cobraron cuerpo en el fulgor de este acontecimiento.

La vida de Flora Tristán es tanto o más apasionante que su obra.

La suya fue una vida romántica y trágica, la de una inquieta viajera y una gran inconformista que, al igual que Mary Wollstonecraft —a la que leyó y estudió sin duda—, murió siendo todavía joven. Estos rasgos, así como su total sinceridad, se manifiestan en sus *Cartas* y en sus diferentes libros de viajes, por lo demás plenamente autobiográficos. Había nacido en 1803 en París en el seno de una pareja bastante bohemia formada por el coronel liberal español don Mariano de Tristán y por la parisina Flora-Celestine-Thérese-Henriette Tristán Moscoso, siendo el padre parte de una acaudalada familia. Eran muy amigos de Simón Bolívar el «Libertador» de América Latina, que frecuentó su casa cuando Flora era muy pequeña. Todo marchaba sobre ruedas hasta que tras la muerte de don Mariano, que no se había preocupado de regularizar ni su vínculo matrimonial ni su disposición testamentaria, llegó la guerra franco-española de 1808 que sirvió de base al Estado napoleónico, para confiscar los bienes del «enemigo» muerto y para dejar a la viuda y a su hija en el más cruel desamparo. Todos los intentos efectuados por la primera para recuperar la fortuna que le pertenecía fueron infructuosos. Una vez desahuciadas de su mansión parisina, madre e hija se fueron a vivir varios años al campo, hasta 1818, fecha en la que regresaron de nuevo a París («su única ciudad» según Flora). La miseria obligó a Flora a buscarse trabajo y lo consiguió cuando tenía dieciséis años en el taller de grabados y litografía de Andre Chazal, un pintor mediocre y hombre bastante vulgar que no tardó en quedarse prendado de su belleza española.

Se casaron en 1820 y durante los primeros años parece ser que ella se avino al papel de fiel esposa y amante, teniendo dos hijos hasta que en 1825, cuando se había quedado en cinta de nuevo, no pudo soportar más las delicias del hogar y lo abandonó, refugiándose en el campo. Allí tuvo a Aline, que significó para ella el inicio de su independencia y que, años más tarde, en 1848 sería a su vez la madre del célebre pintor Paul Gauguin que

recordará a su abuela como «una curiosa mujer» y que haría que durante mucho tiempo Flora fuera recordada sobre todo por este hecho[3].

La historia que le sigue es sencilla y al mismo tiempo terrible. Chazal no tiene la menor duda de que Flora le «pertenece legalmente», y tanto la familia de él como la de ella están completamente de acuerdo en ello; su tío materno, el comandante Laisney dirá rotundamente: «Una esposa que huye del domicilio conyugal y se lleva los frutos del matrimonio, no tiene lugar en la sociedad: es una paria». La misma concepción tienen los tribunales.

Después de algunos años de conflictos, entre los que hay que contar un buen número de golpes, persecuciones callejeras y sobre todo de desprecios del entorno, el 10 de septiembre de 1838, Chazal pierde los estribos y trata de asesinarla por la espalda, disparándole una bala que estuvo a punto de acabar con su vida. El disparo a bocajarro del marido dio pie a un juicio que fue muy sonado en su época y que dividió a la opinión pública; o sea que una gran parte de los enterados dieron por buena la acción de Chazal, entre ellos, el abogado Jules Fevre, conocido «progresista» que había destacado en la defensa de los trabajadores de Lyon juzgados por las luchas obreras de 1833 y que representó al agresor ante los tribunales. La tesis de Favre es que al ser Flora una paria, una mujer de vida disoluta, la actuación del marido no merecía condena y debía ser, por lo tanto, absuelto. El juez, sin embargo, consideró que no existían motivos suficientes para un intento de homicidio y Chazal fue condenado a treinta años, castigo que estuvo lejos de cumplir en su totalidad pero que fue el suficiente para alejarle definitivamente de su cercanía.

Este penoso y largo drama familiar llevó en ocasiones a Flora a pensar muy seriamente en el suicidio siguiendo el ejemplo del Werther, protagonista de la conocida novela de Goethe que era su favorita, pero logró sobreponerse gracias a su férrea voluntad, asumiendo conscientemente su situación de «paria» y adoptando sus primeros posicionamientos feministas escribiendo diversos artículos en la prensa aprovechando la popularidad de su «affaire» conyugal.

Para ganarse la vida en la capital francesa durante estos años, tuvo que trabajar en varios oficios, principalmente como doncella o dama de compañía de algunas familias ricas. Este cargo le permitió realizar un

primer viaje a Londres en 1826, a donde volvió de nuevo en 1831, viaje que le inspiró un reportaje titulado *Cartas a un arquitecto inglés* que sería publicado en 1837 en la «Revue de París».

En 1839, poco después del juicio contra su marido, tiene lugar una nueva estancia de Flora en la capital británica, pero en esta ocasión le acompaña el decidido propósito de escribir su testimonio sobre una Inglaterra que se encontraba en pleno apogeo de la revolución industrial y sacudida por las movilizaciones cartistas. Durante varios meses realiza una paciente y lograda encuesta sobre la situación social y política londinense que será la base de su libro *Paseos en Londres*, obra que ha sido comparada con la de Fredéric Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Uno de sus biógrafos, J. L. Puech dice lo siguiente de él: «… ningún pasaje de los libros de Gorky y de Dostoievski resulta tan impresionante como esta simple observación de los espectáculos contemplados en su atroz realidad»[4].

Anteriormente, ya había realizado un largo viaje al Perú por motivos más particulares. En 1829, Flora conoció en una pensión a un capitán de navío que regresaba de allí y que le facilitó la información sobre sus familiares que eran ricos hacendados en el lugar y al frente de los cuales se encontraba el hermano menor de su padre, don Pío Tristán. Flora creyó encontrar una oportunidad única para conseguir al menos parte de lo que creía que le pertenecía y escribió una larga carta a su tío. Don Pío le respondió con otra carta con un tono afectuoso, pero tajante; no reconocía a su sobrina como hija natural, por lo tanto carecía de derecho al patrimonio familiar. A pesar de esta negativa, cuatro años más tarde Flora embarcó en Burdeos hacia el continente sudamericano a bordo del Mexicain, mandado por el mismo capitán que le había dado las noticias sobre su familia, Zacanas, con el que tendrá un vívido romance que durará cinco meses, o sea el tiempo del trayecto marítimo. Al llegar a su destino, Flora rompió con él por una razón muy simple: no soportaba las actitudes posesivas de su apasionado amante, además no estaba dispuesta a repetir ninguna relación que se parezca a la que había conocido durante su matrimonio.

Flora permanece en Perú cerca de un año. Durante este tiempo trata denodadamente de convencer a don Pío para que le permita coparticipar en

la fortuna de los Tristán, pero todo será inútil: el aristócrata español tratará a su sobrina exquisitamente, le permite que viva en su casa y la mira igual que a una sobrina, menos a la hora de ceder en la cuestión de una posible herencia.

No obstante, Flora no pierde su tiempo. La experiencia pondrá a flote sus dotes de observación y su capacidad analítica. Trabaja durante todo este tiempo tomando notas por doquier y fruto de este trabajo serán dos volúmenes que con el título de *Peregrinaciones de una paria*, publicará en París en 1830. Su testimonio viajero es una crónica de primera mano sobre la situación peruana de la época en la que se pueden encontrar datos etnológicos y antropológicos de gran interés. También tiene un destacado interés novelístico y biográfico.

Producto también de este periplo sudamericano es su novela *Les Couvens d'Aréquipa*, un relato muy en línea de Stendhal. Al volver de Perú, publicó también su novela más ambiciosa, *Méphis* y que viene a ser un ejemplo de «realismo socialista» avant la lettre, aunque con una sinceridad difícil de encontrar en esta escuela. La obra está muy en la honda de las novelas sociales de Eugenio Sue, George Sand y Víctor Hugo. En ella, aparece uno de los primeros «héroes positivos» de la literatura obrerista, se trata de un proletario llamado Jean Labane que deberá enfrentase a un perverso jesuita descrito con gran vigor, hasta el punto que servirá de modelo a Sue cuando escribió su famosa obra *El judío errante*.

Las dotes de novelista de Flora Tristán no alcanzan nunca una gran altura, lo que no quiere decir que careciera de valor como tal. Éste fue un género que no cultivó a fondo, sus obras eran más bien productos circunstanciales y valen como un testimonio importante de su tiempo, para conocer situaciones de países como Inglaterra, Perú y Francia, para comprender las condiciones de vida de la gente trabajadora y sobre todo para seguir el hilo de la evolución de su personalidad que es la de la mujer más avanzada de su tiempo.

En medio de su drama familiar y de sus viajes, Flora va asumiendo paulatinamente las ideas feministas y socialistas más radicales de la época. Tomó parte activa en la revolución de 1830, la llamada de las «Tres Gloriosas». Durante la disputa que lleva sobre el tema de su separación,

despliega una serie de argumentos nada convencionales para el momento.

Había comprendido muy tempranamente que la mujer era un ciudadano de segunda o tercera clase para la que los famosos «Derechos del Hombre y del ciudadano» carecía de apartados y de traducción. Se rebeló contra el matrimonio concebido como una institución en el que la mujer tenía que ser la «posesión» del marido, esclava doméstica cuyo cometido en la vida era la de servir a éste ya sus hijos. También cuestionó a la Iglesia que condenaba a la mujer por el pretendido «pecado original»; a los «científicos» que trataban de mostrar que la mujer era inferior biológicamente que el hombre y a los legisladores que negaban los derechos más elementales a su condición. Su crítica alcanzó justamente hasta a la clase trabajadora, porque: «El hombre más oprimido puede oprimir a otro ser, que es su mujer. La mujer es la proletaria del hombre».

De su conciencia socialista dedujo el argumento de que, lo mismo que el trabajador había sido siempre considerado como una persona sin derechos, lo era ahora la mujer y tanto en un caso como en otro se imponía una acción transformadora. Por eso siempre se dirigía a ambos sectores sociales por un igual: «Trabajadores, en 1791 vuestros padres proclamaron la inmortal Declaración de los Derechos del Hombre, y gracias a aquella solemne Declaración sois hombres libres e iguales ante la ley. Que vuestros padres disfruten de todos los honores por esta gran obra, pero queda para vosotros, hombres de 1843, la realización de una obra no menos importante. Os toca a vosotros ahora liberar a los últimos esclavos que quedan en Francia; proclamad los Derechos de la Mujer, y empleando los mismos términos que emplearon vuestros padres, decid: “Nosotros, el proletariado de Francia, tras cincuenta y tres años de experiencia, declaramos estar completamente convencidos de que la única causa de las penalidades de este mundo ha sido el modo en que se han despreciado los derechos naturales de la mujer, y hemos decidido incluir en nuestra Carta los derechos sagrados e inalienables de la mujer. Deseamos que los hombres den a sus esposas y madres la libertad e igualdad absoluta que ellos mismos gozan”»[5]

De su experiencia concreta, incluso de su propio ejemplo, dedujo la idea de que en determinados casos y en determinadas condiciones, las mujeres

habían alcanzado un nivel intelectual y moral muy superior al de la mayoría de los hombres. Era posible y necesario por lo tanto, la unión entre la causa socialista y la de la emancipación de la mujer para crear las condiciones de un desarrollo equiparado de ambos sexos. Ambas exigencias se encontraban estrechamente interrelacionadas:

«Acabo de demostrar que la ignorancia de las mujeres del pueblo tienen las consecuencias más funestas. Sostengo que la emancipación de los obreros es imposible en tanto que las mujeres permanezcan en este estado de embrutecimiento. Ellas detienen todo progreso. En ocasiones yo he sido testigo de escenas violentas entre el marido y la mujer… Estas pobres criaturas, que no ven más allá de su nariz, como se dice, se enfurecían con el marido y conmigo porque el obrero perdía algunas horas de su tiempo ocupándose de ideas políticas y sociales»:

Aunque Flora no llega a explicar muy coherentemente la opresión de la mujer en relación con el régimen capitalista de propiedad, sí que lo hace con la economía de libre mercado, y sobre todo con el patriarcado. Durante un período estuvo fascinada por los grandes principios del universo feminista de Fourier, y más tarde sintió una atracción parecida por la idea de la Mujer Mesías que le presentó Enfantín, el principal discípulo de Saint Simon y amigo suyo, pero Flora no se sentirá a gusto en la cosmovisión de éstos y se inclina más por las exigencias de la acción inmediata, de la asociación práctica y del programa a realizar y cuyos rasgos principales podemos resumir como sigue:

1. Derecho a la igualdad de educación y a la formación profesional. Reivindicación necesaria para que las mujeres puedan ser independientes económicamente de los hombres, y puedan exigir igualdad de salario por igual trabajo.
2. Derecho a la libre elección del compañero, sin que pueda haber injerencia paterna en las decisiones sobre el matrimonio.
3. Derecho de las madres solteras al respeto e igualdad frente a la ley.
4. Derecho de los hijos ilegítimos a una parte de la herencia paterna.

Naturalmente, sus propias vicisitudes se reflejan en sus propuestas, pero

no por ello dejan de ser representativas de las inquietudes y de las realidades de las mujeres obreras y de clase media del mundo de su tiempo. La «paria» que había empezado comprometiéndose con un pequeño punto personal, había sido capaz de darle una proyección universal y desarrollar un programa cuyos puntos fundamentales movilizarían durante décadas a miles de mujeres y establecería un punto central, la unión de los hombres y las mujeres dentro de un mismo movimiento obrero, que todavía sigue siendo una idea tan justa como incumplida.

En la evolución de su pensamiento, tal como hemos dicho al principio, coexisten diversas influencias socialistas. Pero quizá la más decisiva de entre ellas fue la de la acción práctica de los cartistas británicos, en los que vio: «… la gran lucha, la que habrá de reformar la organización social, en la lucha concertada, de una parte, entre los propietarios y capitalistas, que reúnen todo en sus manos: riqueza y poder político… y, de otra parte, los obreros de las ciudades y de los campos, que no tienen nada, ni tierras, ni capitales, ni poderes políticos»[6].

El marxismo no puede estar más próximo en estas ideas; Flora no ve más camino que la lucha de clases que entiende como una realidad derivada del antagonismo entre dos clases fundamentales. Del cartismo, aprende igualmente la importancia de la autoorganización obrera que en Inglaterra «muestra por doquier sus inmensas ramificaciones: en cada manufactura, fábrica o taller, se encuentran obreros cartistas; en los campos, los habitantes de las chozas forman parte de este movimiento, y esta santa alianza del pueblo, que tiene fe en el porvenir, se consolida y aumenta cada día…». La conclusión a que llega Flora a finales de los años treinta es que hay que crear en Francia la Unión Obrera, o sea la sección francesa de la Unión Obrera internacional en la que quiere imponer dos ejes determinantes:

1. *La constitución orgánica del proletariado como clases en sí*. Para Flora, las asociaciones corporativas artesanales ya resultan anacrónicas, y critica en ellas sus egoísmos particularistas, porque en su opinión «no pueden (y no tienen la menor intención) cambiar para nada, ni mejorar siquiera la posición material y moral de la clase

obrera»; al corporativismo, tan apreciado por Proudhom, a la que trata de «organización bastarda, mezquina, egoísta, absurda, que divide a la clase obrera en una multitud de pequeñas sociedades particulares… sistema de fraccionamiento que diezma a los obreros». Lamenta la división de los trabajadores («causa verdadera de sus males»), y le opone la «unidad compacta, indisoluble de la clase obrera», a la que llama diciéndole: «haced a un lado, pues, todas vuestras pequeñas rivalidades y formad, aparte de vuestras asociaciones particulares» para ingresar en la Unión.

2. *La autoemancipación del proletariado*. Flora había comprendido la indiferencia del poder y de todas las instituciones hacia la clase obrera, y pensaba que había que dejar «de esperar aún la intervención que se ha venido solicitando para vosotros (los obreros) desde hace veinticinco años. La experiencia y los hechos os dicen suficientemente que el gobierno no puede o no quiere ocuparse de vuestra suerte cuando se trata de mejorarla. Sólo de vosotros depende salir, sí lo deseáis firmemente, del dédalo de miserias, de dolores y abatimiento en el que languidecéis».

También compara la revolución obrera con la burguesa y saca la siguiente conclusión:

«Es verdad, si los burgueses fueron la "cabeza", tuvieron como "brazos" el pueblo, al cual supieron utilizar hábilmente. En cuanto a vosotros, proletarios, no hay nadie que os pueda ayudar. Así, pues, es necesario que seáis a la vez la "cabeza" y los "brazos"…».

Totalmente imbuida en el valor de estas concepciones, tan vigentes todavía en muchos de sus aspectos (no hay más que contemplar la división y el sectarismo que impera en el movimiento obrero, cómo se ha renunciado a la independencia y se ha dejado la cabeza para la burocracia y para castas de «especialistas» y políticos profesionales), llevada también por una notable megalomanía —prácticamente inevitable en casos como el suyo de autodidacta y solitaria— y una buena dosis de mesianismo de raíz sansimoniana, animada por el relativo éxito de su libro *La Unión Obrera* escrito y publicado en 1943, emprende su último viaje, un viaje digno de

una Santa Teresa —personaje al que admiraba— socialista, un «tour de France» en el que dejará la vida, una aportación indeleble para la memoria del movimiento obrero y un último libro de viajes que figura entre los clásicos del género y de la historia del socialismo.

Al iniciar este último trayecto, Flora alberga todavía algunas ilusiones sobre la ayuda que le pueden prestar determinadas instituciones y personalidades, pero su decepción no tarda mucho en llegar y en una de sus últimas notas escribe:

«¡Se acabó! Después de esta vuelta a Francia no podré ver a ningún burgués. ¡Qué raza impía, imbécil, nauseabunda!» Estos burgueses se dividen en varias categorías diferenciadas. Entre los que parecían más sensibles se encontraban los «grandes hombres» de la época que permanecen al margen de la situación de explotación que conoce la clase obrera, así: Lacordaire cuyo noble fin es el de restaurar el convento de los Benedictinos; Lamartine y su bienestar público (Flora ve en él: «la nulidad de acción, su falta de inteligencia y energía») que no se concreta en nada; George Sand y su romanticismo que no ve al proletariado más que como materia literaria… Un paso más allá se encuentran los «radicales» del liberalismo, periodistas, charlatanes de café, etc., que dedican su tiempo en jugar a las cartas o al billar y presumen de revolucionarios, pero que para Flora no «lo son para lo que entienden la verdadera revolución»… En otros círculos se encuentra con los francmasones que se niegan a recibirla en Marsella por temor a que la policía les «cierre la logia»…

Otro paso más allá se encuentran los agentes de la burguesía y que quieren tener un pie entre los trabajadores, para guiarlos en función de sus propios intereses, son los poetas obreros en primer término, que se creen literatos de altura y que menosprecian la plebe ignorante aunque ninguno de ellos merecerá la posteridad; después vienen los discípulos indignos de los grandes utópicos (sansimonianos, cabetianos, fourieristas), que forman parte de una aristocracia obrera condenada por el desarrollo de la gran industria y que están imbuidos en las tradiciones jerárquicas y perdidos en discusiones baldías sobre un futuro que no relacionan con su actividad diaria… Unos y otros rechazan tomar postura clara en torno al problema de la autoorganización obrera. Sólo los componentes de la Liga de los Justos

apreciarán seriamente el esfuerzo titánico de Flora.

En las notas nerviosas de su Diario, Flora va describiendo también un detallado cuadro sobre la condición obrera de la Francia de entonces. En este mapa aparecen los aspectos humanos del proceso de formación de la industria capitalista y los rasgos de las ciudades que la protagonizan. Muy escuetamente, podemos decir que Flora las clasifica así: «París, "la ciudad de los alientos generosos" donde los obreros están orgullosos de su contrición traslúcida en sus blusas; Lyon, la ciudad de los "obreros inteligentes", con sus sombreros y sus bigotes que sorprenderán a Flora por su seriedad organizativa, en una ocasión un canut (obrero de la seda) se excusará de no haber asistido a una reunión porque no tenía camisa que ponerse y su mujer que le acompañaba maldecía a los fabricantes, al rey, a los ricos, e imploraba la muerte, preferible a tantos males. El marido no decía nada, parecía acobardado (…) Una sola camisa. Dieciocho horas de trabajo por día. Señora, las cosas no pueden continuar así. Preferimos morir en el combate que morir de hambre…»

Continúa a través de Marsella, Toulón. «A la primera la compara con Babilonia por sus costumbres "orientales depravadas", pero la Unión llega a constituirse y los obreros se reían de la policía». La segunda le deprime porque los obreros «se encuentran bajo el yugo militar», pero la conciencia de los obreros del arsenal «le llenan el corazón de alegría». Prosigue por Auxerre, Dijon, Roanne que son todavía ciudades semirrurales. Flora contempla a los obreros embrutecidos por la miseria y la religión mientras «tienen que trabajar de doce a quince horas para poder comer. No hay más que amargura (en sus corazones), su inteligencia es pobre y son propensos a la irritación y al desaliento»[7].

Su predilección por las mujeres trabajadoras es constante, por lo demás éstas también muestran un gran interés por escucharla. En ocasiones, Flora se maravilla por la inteligencia natural de alguna de sus interlocutores, por su resistencia en el trabajo que luego prolongan en su propio domicilio. Denuncia con vehemencia los bajos salarios con argumentos, todavía toscos, pero que apuntan a la idea de la plusvalía, dando a conocer datos precisos sobre los beneficios patronales. Los patronos que conoce representan una amplia combinación de cínicos, despiadados, o tartufos

clericohumanitarios capaces de cualquier cosa por sacar beneficio.

Uno de ellos le dirá: «El hombre no es más que una bestia sobre el que la propiedad puede hacer todo». Pero éste no es mucho peor que el buen padre de familia, cumplidor con los preceptos eclesiásticos y con las instituciones, y que «deplora este estado de cosas» aunque el nivel de vida de sus obreros es ínfimo. Para ella este estado de cosas no puede durar mucho tiempo porque «la tierra forma el más grande y magnífico jardín para todos, la humanidad llegará a ser una gran y unida familia donde cada miembro vivirá según sus gustos y recibirá según sus deseos», aunque añade, esto tarde todavía trescientos años en llegar.

Su campaña no pasa desapercibida a los poderes públicos. En un primer momento se trata tan sólo de artículos irónicos en la prensa luis-felipista. La tratan de utópica y hurgan en su pasado de hija ilegítima y de «paria». Después vendrán las primeras medidas policiales que tratan de prohibirle que hable a los obreros, luego viene la policía a disolver los actos, y ella llama a la lucha y la resistencia. Durante este tiempo de lucha y agitación, Flora no piensa en sí misma para nada. Su única preocupación es la de constituir núcleos organizativos en las ciudades que visita, núcleos que en más de un caso serán la base de los sindicatos. Como dirá Eugene Pottier en La Internacional, no cree ni en dioses, ni en reyes ni en tribunos, no ofrece más alternativa que la organización, la unión y la lucha. Conforma a su alrededor un pequeño grupo de seguidores y seguidoras entre las que destaca Eleonor Blanc, su discípula favorita, «su hija en espíritu», su «Santa Juana»; pero Eleonor no tendrá capacidad para continuar su obra. Mal nutrida, descuidada con su salud, al borde de su capacidad física, se va rompiendo. Desde hace tiempo teme morir sin haber cumplido sus proyectos:

«Demasiada vida, escribe, mata a la vida». Tras varios momentos verdaderamente angustiosos en Dijon («Estoy muy enferma de la vejiga, de la matriz…»), en Lyon y Montpellier, fallecerá finalmente en Burdeos el 4 de noviembre de 1844. En su funeral los trabajadores cargaron con su ataúd, porque no querían que lo llevaran gente a sueldo, luego abrieron una colecta para colocar un monumento en su tumba. Flora dejó un libro inconcluso, *L'Emancipation de la Femme ou Le Testament de la Paria*. Su influencia se

hizo notar años más tarde cuando el 23 de octubre de 1848 varios miles de personas se reunieron ante su tumba para rendirle un homenaje. Los trabajadores volvieron a sus casas cantando una canción que se cantaría durante años en los talleres y que decía entre otras cosas «Flora Tristán necesita una tumba».

George Sand y otras mujeres de la revolución de 1848

AMANTINE-AURORA-LUCILA Dupin, fue, quizá, con Madame de Stael, la mujer más famosa del siglo XIX en Francia gracias a sus novelas, a sus amoríos, pero también por su papel como una de las mujeres comprometida con el feminismo, el socialismo y la democracia.

George Sand, un seudónimo, eminentemente masculino en principio adoptado a dúo entre Aurora y su amante el también escritor Jules Sandeu, pero tras la ruptura fue ella la que se lo apropió haciéndolo célebre.

Después de permanecer durante mucho tiempo bastante olvidada (era liquidada con unas cuantas líneas en los manuales), su obra conoció una recuperación y hoy es reconocida como una «clásica» de la literatura aunque no figure entre los indiscutibles. Su talla de novelista fue y sigue siendo no obstante, motivo de una continua controversia. Uno de sus denostadores, Charles Baudelaire dijo sobre ella: «Esa mujer Sand es el Proudhome de la inmoralidad. Siempre ha sido una moralista. Sólo que antes hacía la contramoral. Por eso, no ha sido nunca una artista. Tiene el famoso estilo fluido, caro a los burgueses. Es necia, es pesada, es verbosa; en las ideas morales tiene la misma profundidad de juicio y la misma delicadeza de sentimiento que las porteras y las mujeres mantenidas. Lo que dice de su madre… Lo que dice de la poesía… Su amor por los obreros… Que algunos hombres hayan podido encapricharse por esa letrina, es buena prueba del envilecimiento de los hombres de este siglo».

Sin embargo, cosas muy diferentes dijeron, entre otros, Honoré de

Balzac («es generosa, bondadosa… Posee un corazón hermoso y un alma bella, pero ésta es el alma de una mujer, no la de un hombre, como ella trata de creerlo…»), Marcel Proust («… su prosa respira siempre bondad y distinción moral»). Por su parte, Gustavo Flaubert diría: «Perdurará como uno de los esplendores de Francia y su gloria jamás será igualada».

Con más perspectivas y más circunspecto, su biógrafo, el conservador André Maurois, se refiere a algunas de sus novelas escritas «para pagar las cuentas de su panadero» que no valen gran cosa, pero, dice: «abrid la *Histoire de ma vie*, la *Correspondence*, las *Lettres d'un Voyageur*, los *Journaux Intimes*. Allí es igual a los mejores».

En el momento de valorar su aportación al feminismo y al socialismo la discusión no es tan polivalente. Como mujer comprometida, George Sand, fue lo que más tarde se llamaría una «compañera de ruta» en su acepción más noble, mientras que su feminismo fue bastante moderado —si lo comparamos con el de Flora Tristán o el de Fourier a los que se negó rotundamente a ayudar en momentos delicados—, aunque no por eso dejó de tener una influencia muy superior al de otras feministas de su época hasta el punto que llegó a ser algo así como la personificación de la mujer emancipada. Por lo demás, en el terreno político, influyó en los acontecimientos de 1848, donde jugó un importante papel. La fama de George Sand sobrepasó la frontera francesa convirtiéndose en un auténtico mito.

En 1847, la feminista y radical norteamericana Margaret Fuller (1810-1850) fue expresamente a París para conocerla. Margaret intervino en la revolución de 1848 y en el movimiento de liberación de Italia, aunque Margaret fue también influenciada por el sansimonismo y escribió una obra clásica del feminismo, *Women in the Nineteenh Century* y fue mucho más allá que George Sand en esta cuestión, ya que no sólo puso en cuestión el sistema de propiedad sino que lo hizo también con las relaciones sexuales humanas. En el terreno político, trabajó por la independencia de Italia junto con Manzini, y huyó con él después de la toma de Roma por la reacción en 1849. No esperaba nada de los hombres, medio siglo antes de Emma Goldman estaba persuadida de que la emancipación de la mujer dependería fundamentalmente de estas mismas.

George Sand nació el año 1804 en Nohant (Berry), en el seno de una familia que sintetizaba dos clases sociales: la aristocracia y la burguesía. Su padre, era poco menos que nieto del Mariscal de Saxe, uno de los grandes de Francia. Pero a pesar de sus orígenes, el señor Dupin simpatizó con la Gran Revolución. Su madre era una burguesa parisiense que había tomado parte en los acontecimientos revolucionarios. Huérfana de padre a los 4 años, su madre accedió a que fuera educada por su abuela que le legó el título de «castellana de Nohant» cuando tenía trece años. Con esta edad Aurora entraría a estudiar en el Convento de las Agustinas Inglesas de París, de donde salió siendo una cristiana convencida, lo que no fue obstáculo para sus inclinaciones jacobinas. Esto que quizá puede parecer un despropósito no lo era para ella que creía que Cristo había sido «el primer comunista».

En 1820 regresó a Nohant y no tardó en hacerse famosa en el lugar por su comportamiento con su indumentaria masculina, sus aficiones a montar a caballo y a fumar puros habanos, etc. Esta imagen travestida la acompañó durante toda su vida ante la indignación: «de la sociedad bienpensante» y de algunos de sus amigos conservadores como Balzac. Su insolente rebeldía, su capacidad para tutear a los hombres más célebres de su tiempo dio lugar a la creación de un ismo, el "georgedandismo", con el que se tratará durante mucho tiempo a las mujeres de vanguardia, y que, por citar un ejemplo, se adjudicara a Alejandra Kollöntai por los sectores más estrechos y puritanos del bolchevismo cuando ésta presidía la Oposición Obrera.

Esta imagen de mujer mundana ocultaría otras realidades más profundas de George: «… un instinto de poderosa queja y reproche que Dios había puesto en mí». Dios nunca hace nada inútil, ni siquiera los seres más insignificantes y que intervienen tanto en las causas más pequeñas como en las grandes. Pero, ¿es qué la causa que yo defendía era acaso tan pequeña? Es la mitad del género humano, es la del todo el género humano, pues la desgracia de la mujer supone también la del hombre, como la del esclavo etiope la del amo, como yo he tratado de mostrar en Indiana.

Dos años más tarde de su regreso, siendo por lo tanto todavía una muchacha, contrajo nupcias con el barón de Dildevant, coronel retirado del

que se separará en 1831. Aurora no soportaba el dominio de un hombre mediocre, borracho y mujeriego, ni aceptaba los convencionalismos de su época; así no tarda por su cuenta en conquistar un amante propio e iniciar su activa vida de mujer libre y sin prejuicios. No estaba de acuerdo en que tuvieran que existir dos parámetros diferentes, uno para el hombre, el marido, que podía ser impertinente cualquier cosa, y otro para la mujer que debía de soportarlo todo. A ellas, dirá años más tarde: «… se las maltrata; se las reprocha el idiotismo al que se le condena; se desprecia su ignorancia, en la amistad conyugal, como a criadas. No se las ama, se las utiliza, se las explota y se espera así sujetarlas a la ley de la fidelidad».

Contra los que utilizan los preceptos cristianos para criticarla, responde invirtiendo los criterios de la Iglesia: el auténtico pecado estribaba por el contrario en la falta de amor y de sinceridad y ella estaba persuadida de que su corazón no podía equivocarse. Aurore Dupin empezó su copiosa carrera literaria durante los primeros años de su matrimonio, según parece por exigencias temperamentales. En octubre de 1829: escribió *La marraine*, que se publicará después de su muerte. Luego comenzará a escribir en *Le Figaro* y publicará un cuento y una novela en cooperación con Jules Sandeu, uno de sus primeros amantes. Su primera novela famosa será *Indiana* publicada en 1832 que se convertirá en un escándalo ya que presenta a una mujer de «pasiones reprimidas, o, si se prefiere, suprimidas por las leyes». George fue criticada por sus «excesos» y por sus «imprudentes ataques contra la institución del matrimonio» ya que en ella el amor y las normas de la civilización aparecen como elementos contradictorios.

Diez años más tarde de su edición, en un prólogo que intenta quitar hierro al asunto, dirá que ha escrito la novela diciendo: «… Los que han leído sin perversión comprenden que he escrito *Indiana* con el sentimiento no razonado, es verdad, pero profundo y legítimo de la injusticia y de la barbarie de las leyes que todavía rigen la existencia de la mujer en el matrimonio, en la familia y en la sociedad. Yo no pretendí hacer un tratado de jurisprudencia, sino luchar contra la opinión, pues ella es la que retrasa o prepara las mejoras sociales. La guerra será larga y dura; pero yo no soy la primera ni la última campeona de una bella causa, y la defenderé mientras

me quede un soplo de vida».

Producto de este poderoso aliento feminista será su siguiente obra, *Lelia*, considerada unánimemente por la crítica como una de las mejores entre las suyas. Sobre ella diría Saint Beuve: «… El grueso público que pide una novela cualquiera al gabinete de lectura se desarrollará con ésta. Pero la clasificará a usted muy alto entre todos aquellos que sólo ven en la novela una forma más viva de los pensamientos eternos y humanos… Ser mujer, tener menos de treinta años y que en la apariencia exterior no se vea que se han sondeado tales abismos; llevar esa ciencia que, no se vea a nosotros, nos desbarataría las sienes y nos blanquearía los cabellos —llevarla con ligereza, holgura y sobriedad de discurso—, he ahí lo que ante todo admiro… En verdad, señora, es usted una naturaleza muy extraña y fuerte…»

También fue una de las más sinceras desde el punto de vista autobiográfico «Yo soy *Lelia*», dirá en una carta: «Llegarás por medio de este libro al fondo de mi alma», (en otra). La escabrosidad de la historia la obligará a claudicar ante la «opinión pública» y años más tarde la rehacerá quitándole no poco de su fuerza original. La historia de *Lelia* es la de una mujer siempre insatisfecha, a la que ningún amante logra complacer. Al principio del libro la protagonista se interroga: «¿Quién eres tú? ¿y por qué tu amor hace tanto daño? Debe de haber en ti algún misterio desconocido de los hombres» Se trata de que el «amor del alma lo puedo inspirar y compartir, pero el otro (el de los sentidos) no ha sido hecho para mí; o más bien, yo no he sido hecha para experimentarlo». Se compara con una piedra y sufre por una condición con la que no logra disfrutar. Algunos historiadores —obsérvese que Mourois utiliza el nombre de *Lelia* como equivalente de la vida de George Sandhan— visto en esta obra la clave de la prodigalidad amorosa de su autora, aunque las opiniones de sus amantes al respecto resultan contradictorias: para unos era una mujer fría, para otros era fogosa. No han faltado especialistas que han visto detrás de esta situación de George Sand un sentimiento latente de homosexualidad.

Mientras que en sus concepciones socialistas, George Sand fue bastante influenciada por los diversos hombres y por las corrientes de izquierda de su tiempo que trató, su feminismo aparece como mucho más personal,

como una actitud más derivada de su experiencia particular, aunque no hay duda que no fue ajena a las ideas feministas de fourieristas y sansimonianos, en particular de estos últimos con los que estuvo muy ligada a través de Pierre Leroux. Aunque fue intransigente con el punto de los derechos individuales —los que más le competían—, su moderación es evidente cuando afirma que las funciones públicas eran incompatibles con los deberes de la maternidad. Creía que las mujeres deberían de tener una educación similar a la de los hombres, pero confiaba en que el «corazón femenino seguirá siendo el refugio del amor, de la abnegación, de la paciencia y la misericordia». Su tradicionalismo cristiano le lleva a decir en cierta ocasión que es la mujer «quien debe salvar, en medio de pasiones groseras, el espíritu cristiano de caridad. Muy desventurado sería un mundo en el que la mujer no continuase desempeñando ese papel». Mary Wollstonecraft pensaba ya en su tiempo que se trataba de justicia y no de caridad.

Sus concepciones cobran un brillo mucho más reluciente cuando se trata del amor y del matrimonio, a los que no les ve salida «sin echar abajo la sociedad para volverla a moldear enteramente». Esta sociedad que quiere transformar, está repleta de iniquidades y la principal de todas es, a su modo de ver, la servidumbre de la mujer: «… yo no puedo aconsejar a nadie, escribe, que contraiga un matrimonio sancionado por la ley civil, la cual continúa apoyando la dependencia, inferioridad y nulidad social de la mujer. He estado diez años reflexionando sobre este asunto y después de preguntarme por qué todos los amores de este mundo, tanto sí estaban legitimados por la sociedad como si no lo estaban, eran más o menos desgraciados cualesquiera que fueran las cualidades y virtudes de las almas unidas de esta forma, me convenció de que eran la felicidad perfecta o el amor ideal en condiciones de desigualdad, inferioridad y dependencia de un sexo del otro. Tanto si es por ley, como si es por la moralidad generalmente reconocida, como si es a causa de la opinión o de los prejuicios, el hecho es que la mujer que se ha entregado a un hombre, o bien es condenada, o bien se la considera culpable».

A su manera y desde las posibilidades que le ofrece su fama creciente, George Sand llevará individualmente una continua batalla por el fin de

todas las leyes que castigan unilateralmente a la mujer como adúltera y aboga por una entera libertad en las relaciones entre los sexos. Libertad que ella pondrá en la práctica con una valentía absolutamente inusual en su época. «Utiliza a sus amantes como si fuesen pedazos de tiza, (…) garabatea en el pizarrón de sus vidas y, cuando se cansa de ellos, hace polvo la tiza bajo sus pies», dijo en cierta ocasión con encono su deslenguada amiga, la condesa de Marie d'Agoillt que también fue amante de Liszt y Chopin. Amantes de George Sand fueron, aparte de estos dos, Alfred de Musset, Prosper Marimée y otros menos conocidos.

Louise Michel, santa y comunera

«… durante los últimos días, todas estas marimachos belicosas aguantaron más que sus hombres detrás de las barricadas. Muchas fueron detenidas, con las manos ennegrecidas por la pólvora y los hombros morados de los culatazos de sus rifles; aún palpitantes por la sobreexcitación de la batalla».

Máxime du Camp

AUNQUE Louise no pudo figurar en la curiosa lista de «santos laicos» que estableció el padre de la sociología positivista, Auguste Comte, por su agresividad revolucionaria —aunque sí figuró su compañero en el movimiento libertario, Eliseo Reclús—, no debe de haber dudas de que mereció un puesto en ella porque en toda su vida hay un profundo «olor a santidad» (si es posible ser santo sin Dios), aunque obviamente la derecha creó sobre ella una auténtica «leyenda negra» en la que es descrita como un monstruo sediento de sangre, imagen que el tiempo se ha encargado de ridiculizar debidamente.

Desde luego, su «santidad» fue la de la revolución, y por lo tanto muy distinta a la tradicional y desde este punto de vista, Louise no delegó la salvación de los oprimidos y explotados en ninguna utopía post-morten; no cree en ningún Ser todopoderoso sino en el pueblo trabajador; no confía en la plegaria o en las rogativas sino en la acción consciente de las masas; no

predica la subordinación a los poderes establecidos sino el libre ejercicio de la crítica, la autonomía personal… Por estos ideales entregó su vida desde muy joven y sufrió toda clase de calamidades, la calumnia, la persecución, la cárcel y el destierro, así como un atentado que estuvo a punto de costarle la vida. Este Blanqui femenino que pasó gran parte de su vida encarcelada fue llamada la «Virgen roja» por la gente llana y humilde.

Louise Michel pasó, siempre fiel a sí misma, distintos períodos históricos, aunque su fama está ligada, principalmente, a su actuación durante la Comuna de París. Poeta quizás menor, su gesta de mujer rebelde fue cantada por Víctor Hugo y Paul Verlaine.

El poema de Víctor Hugo dedicado a Louise fue escrito en diciembre de 1871, cuando éste se encontraba en manos de los «versalleses» y fue publicado en una recopilación de poemas sueltos suyos, *Toute la Lyre*. Dice así:

«Los que saben de tus versos misteriosos y dulces,
de tus días, de tus noches, de tu solicitud,
de tus lágrimas derramadas por todos,
de tu olvido de ti misma por socorrer a los demás,
de tu palabra semejante a la llama de los apóstoles;
los que saben del techo sin fuego, sin aire, sin pan,
del catre y la mesa de pino,
de tu bondad, tu dignidad altiva de mujer del pueblo,
de tu ternura austera que duerme bajo tu cólera,
de tu fija mirada de odio a todos los inhumanos,
y de los pies de los niños calentados en tus manos;
y ésos, mujer, ante tu majestad bravía,
meditaban, y, a pesar del pliegue amargo de tu boca,
a pesar del maldiciente que, encarnizándose contra ti,
te lanzaban todos los dicterios indignados de la ley,
a pesar de la voz fatal y alta que te acusa,
veían resplandecer el ángel a través de la Medusa…»

El de Verlaine fue escrito en 1886 y forma parte de su *Ballade en*

l'honneur. Su traducción es:

«Ella amaba al Pobre áspero y franco,
o tímido, ella es la hoz
en el trigo que madura para el pan blanco
del Pobre, y la Santa Cecilia
y la Musa ronca y grácil
del pobre y su ángel de la guarda
de ese simple, de ese indócil.
Louise Michel está muy bien».

Louise no fue una intelectual sino una militante cuyo ejemplo, su sinceridad y su capacidad como oradora hicieron época en el movimiento obrero francés posterior a la Comuna. Tampoco fue una feminista en el sentido estricto del término, pero inscribió la emancipación de la mujer en el conjunto de su lucha. Como tantas otras mujeres revolucionarias, la figura de Louise permaneció oscurecida durante muchos años —aunque un grupo anarquista galo que llevaba su nombre duró varias décadas—, hasta que en el ambiente que siguió después de los acontecimientos de mayo del 68 en Francia sería ampliamente recuperada, recobrando un lugar preeminente en la historia del socialismo.

El origen familiar de Louise tiene cierto parecido con el de George Sand, aunque nunca llegó a ser rica; más bien todo lo contrario. Nació un 29 de mayo de 1830 en Vroncourt, una pequeña aldea en los confines de Champaña y Lorena («¿Quién, diría luego en uno de sus poemas, no se convierte en poeta en este país de Champaña y Lorena, donde los vientos soplan cantos guerreros de rebelión y amor?»), su padre fue el señor del lugar mientras que su madre fue una de las sirvientas, aunque también existe otra versión según la cual su verdadero padre fue el que pasó por ser su abuelo. Este detalle fue empleado contra ella durante el juicio por su actuación durante la Comuna. Huérfana pues desde muy pequeña quedó al cuidado de su abuelo, Etienne Demaris, un gentilhombre, epicúreo, volteriano, jacobino, y simpatizante de los «carbonarios». Su ídolo era Saint-Just, un símbolo de la intransigencia revolucionaria. Fue educada

cabalmente en estos principios. En sus *Memorias* escribirá al respecto: «¡Qué extraña impresión siento todavía! Escuchaba a la vez a mi fe católica y a mis abuelos volterianos. Yo buscaba, turbada por sueños extraños, como una aguja busca su norte, enloquecida en medio de ciclones. Mi norte era la Revolución»[8].

Louise fue según todas las indicaciones una niña alegre y abierta, rotundamente altruista hasta el punto que ofrecía sus dineros a los pobres del lugar. Desde muy joven escribirá poesía, una actividad que no abandonará nunca, parte de la cual la desarrollará a través de una intensa relación epistolar con Víctor Hugo. Comenzará cantando la naturaleza, el amor, el paisaje de su tierra natal hasta desembocar en una poesía militante que condena violentamente el régimen bonapartista, que canta la Comuna, que se estremece en la prisión y el exilio y que exalta las nuevas hornadas revolucionarias encarnadas en el anarcosindicalismo.

Desde muy niña fue también una gran amante de la literatura, en especial de la revolucionaria. Más tarde, pudo estudiar en Chaumont y consiguió las competencias de lo que hoy sería una maestra, un oficio eminentemente feminista. Cuando iba a empezar a ejercer como maestra se le exigió un juramento al Emperador, ante lo que Louise se negó rotundamente y sin medios propios abrió una escuela laica y libre en Audeloncourt (Hautte-Marne). En 1855, tres años más tarde, abrió otra escuela en la región donde sus métodos y el sentido oposicionista de sus enseñanzas la fueron creando cada vez mayores problemas con las autoridades. Su nombre empieza entonces a ser conocido. A finales de la década de los cincuenta comienza a publicar artículos y folletos en los periódicos de Chaumont en los que logra burlar la censura gubernamental a través de alusiones semejantes a ésta: «Reinaba Domiciano, había expulsado de Roma a los filósofos y a los sabios, aumentado la paga de los pretorianos, restablecido los juegos capitolinos y la gente adoraba al clemente emperador, en espera de que alguien lo apuñalase…».

Durante todo este período se impone una forma de vida bastante austera y algunos de sus actos conmueven a la opinión pública, por ejemplo, en una ocasión reparte su dote de cuarenta mil francos entre los pobres. Ahogada en la estrechez provinciana se traslada a la capital francesa donde

inmediatamente obtuvo un empleo en una institución para señoritas, allí hasta se hace amiga íntima de su directora, la señora VolIier, una mujer noble y progresista con la que le unirá durante mucho tiempo unos lazos casi filiales. No tarda en encontrarse envuelta en la oposición republicana, y frecuenta los clubes de la izquierda y las reuniones públicas haciéndose notar por su fervor militante. Conoce y hace amistad con gente como Jules VaIlés, Eugene Varlin, Emile Eudes, Théophile Ferré, etc., que luego formarán parte del grupo dirigente comunero.

Un informe policial de la época detalla que Louise «comenzó a tomar parte en el movimiento político en los primeros días del año 1869» y la tacha de «muy peligrosa». Pronto comienza a distinguirse en la prensa democrática, en particular en *La Marselleise* que anima Henri Rochefort. Su nombre aparece también en la «Sociedad democrática de moralización», que tiene por objeto ayudar a las obreras a vivir por el trabajo en el deber de reintegrarse a él. Se ignora si llegó a pertenecer a la Internacional, aunque no hay duda de que simpatizó vivamente con ella. Sí perteneció, hasta el final de sus días, a una logia masónica llamada *El derecho humano*. Poco más se sabe de sus actividades clandestinas de aquella época[9].

El 12 de enero de 1870, Louise toma parte, vestida de hombre para camuflarse y armada con un puñal para defenderse, en los funerales del periodista demócrata Víctor Noir que había sido asesinado por Pierre Bonaparte, el hermano del Emperador.

Durante el largo periodo de la resistencia antibonapartista, la oposición de izquierda formaba un bloque bastante compacto, pero luego se irán notando las notables diferencias existentes entre las distintas fracciones republicanas. Louise se hará eco de esta diferenciación con cierta nostalgia escribiendo: «¡Ah, qué hermosa era la República bajo el Imperio!»

La hora de la caída del Imperio comenzó a sonar con la guerra franco-prusiana. Durante el sitio de París en 1870, Louise sobresale como una de las agitadoras más conocidas y anima la «Unión de mujeres» cuya misión para la defensa es subalterna, ayudar a los heridos, organizar las ambulancias, crear cantinas populares, etc. Pero su trasfondo es más amplio, organiza a las mujeres trabajadoras por unos ideales socialistas. Estas mujeres, con Louise siempre al frente, participarán en las jornadas

insurgentes que procuran derrocar al «gobierno de Defección Nacional». Durante la duración de la Comuna, Louise desplegó toda su voluntad militante presidiendo el «Club de la Justicia de paz» en Montmatre, el «Club de la Revolución» de la Iglesia Bernard y será además miembro del «comité de vigilancia» del distrito XVIII. Durante el tiempo de desarrollo más normal de la ciudad, Louise estuvo además ocupada en los problemas de la enseñanza, preconizando una pedagogía viva y la creación de escuelas profesionales y orfanatos laicos. Se encontraba en uno de los «centros nerviosos» de la Comuna, en el «comité de vigilancia» de Montmatre que ella misma describía como sigue: «Los comités de vigilancia de Montmatre no dejaban a nadie sin asilo, a nadie sin pan. Para cenar nos repartíamos un arenque entre cuatro o cinco personas, pero no escatimábamos nada a quienes tenían necesidad de los recursos del Ayuntamiento, incluidas las requisas revolucionarias. El distrito XVIII era el terror de los acaparadores y demás gentes de esta especie. Cuando se gritaba, ¡Montmatre va a bajar!, los reaccionarios se metían en sus agujeros, abandonando los escondites donde los víveres se pudrían, ¡mientras París se moría de hambre!»[10]

Al igual que ya había ocurrido durante la Gran Revolución, las mujeres añadieron a sus preocupaciones cotidianas una firme voluntad por acabar con la guerra y por crear una sociedad nueva, y en este cometido volvieron a ocupar un lugar de vanguardia. Una muestra de sus actitudes decididas fue un manifiesto que escrito por Louise fue firmado entre otras por Louise Noel, portera; Jeanne Laymet, fabricante de sombrillas; Eugenie Lilly, cocinera; Eulalie Papavoine, costurera; Elizabeth Retíffe, artesana; Marie Wolff, tapicera. En él se critica duramente otra proclama en la que «se incita a las mujeres de París a apelar a la generosidad de Versalles y a que pidan la paz a toda costa». En esta línea es justo destacar otras comuneras como Madame Lamel y Agustine Chiffon que, en palabras de Louise, «mostraron a los versalleses qué mujeres tan terribles eran las parisinas, incluso encadenadas». También habla de una anciana, Madame Deletras que «había combatido ya en Lyon, en la época en que los tejedores de la seda escribían en sus banderas *vivir trabajando o morir combatiendo*. Ella había combatido, con todas sus fuerzas, por la Comuna…». El primer apéndice de las Memorias de Louise está ocupado por un relato de otra comunera

destacada, Beatriz Excoffons, que estuvo con ella deportada en Nueva Caledonia.

En este momento Louise y sus compañeras reclaman, no la paz, «sino la guerra a muerte», porque: «Hoy, una conciliación sería una traición. Sería renegar de todas las aspiraciones obreras a la renovación social absoluta, a la supresión de todas las relaciones jurídicas y sociales que exigen actualmente, a la supresión de todos los privilegios, de todas las explotaciones, a la sustitución del reinado del capital por el trabajo, en una palabra, a la liberación del trabajador por él mismo». En otro párrafo efectúan la siguiente llamada de intenso componente numantino: «¡Todas unidas y decididas, engrandecidas e iluminadas por los sufrimientos que las crisis sociales arrastran tras de sí, profundamente convencidas de que la Comuna, que representa los principios internacionales y revolucionarios de los pueblos, lleva en sí los gérmenes de la revolución social, las mujeres de París demostrarán a Francia y al mundo que ellas también sabrán, en el momento del peligro supremo, en las barricadas, sobre las murallas de París, y si la reacción forzara las puertas, dar, como sus hermanos, su sangre y su vida por la defensa y el triunfo de la Comuna, es decir del Pueblo! Victoriosos entonces, en condiciones de unirse, de… entenderse sobre sus intereses comunes, trabajadores y trabajadoras, todos solidarios por un último esfuerzo… (Esta última frase ha quedado incompleta). ¡Viva la República Universal!. ¡Viva la Comuna!».

Louise será plenamente consecuente con estas palabras cuyos ecos se harán notar en sus artículos publicados en el periódico de Jules Vallés, *Le cri du peuple*. Una biógrafa suya, la comunista Edith Thomas, dirá que había «combatido tan valerosamente en los Moulinex» que se mantuvo hasta el último minuto, trasladándose luego al fuerte de Issy donde fue herida. Más tarde, se distinguió en las barricadas de Chausée Glinancourt. Perseguida como una de las más peligrosas comuneras pudo escapar de los versalleses que fusilaban a ancianos, mujeres y niños. Cuando la represión comenzó a aminorar tuvo que entregarse para poder liberar así a su madre que había sido detenida como rehén y a la que le profesaba una profunda estimación. Louise fue sin duda la más sobresaliente de aquellas mujeres que entregaron su vida a la Comuna y en defensa de la República, como un

ideal presentido de una existencia que merecía ser mejor vivida y que la opresión política y social les negaba a ella y a los suyos, y que acudieron a las barricadas para compartir la suerte de sus hombres, y que por ello fueron todavía más denigradas que éstos.

En el VI Consejo de Guerra que la juzgó en diciembre de 1871, Louise Michel fue pintada como una auténtica *béte noire*. En el informe oficial se la distingue como una de las principales inductoras de la revolución y se dice que «no cesó de mostrar una fidelidad sin límites al gobierno de la insurrección». Más adelante se le hace el siguiente retrato: «mente con la nariz y la parte inferior del rostro muy prominentes, sus facciones revelan dureza. Va completamente vestida de negro. Su exaltación es la misma que en los primeros días de su cautividad, y cuando la llevan ante el consejo, se levanta bruscamente el velo y mira a sus jueces».

La acusación dirá que tanto ella como sus compañeras «tenían una única ambición, elevarse por encima del nivel del hombre mediante la exageración de sus vicios». En el caso de Louise se trata de un «miembro podrido de la sociedad» que en el transcurso de la acción comunera no le bastó «con sublevar al populacho, con aplaudir el asesinato, con corromper la infancia, con predicar la lucha fratricida, en una palabra, con incitar a todos los crímenes… Tuvo que ir aún más lejos, dando ejemplo y arriesgando su propia persona». El acusador Máxime du Camp, oculta toda la situación heredada del bonapartismo, los proyectos y las realizaciones de la Comuna, su actuación ingenua frente a un adversario que no se detuvo ante nada, sólo trata de denigrar al máximo a las acusadas sabiendo como dice un refrán inglés que el noventa por ciento de la justicia es la fuerza, sobre todo cuando el adversario ha sido en buena parte pasado por las armas. El acusador no puede por menos que ignorar las razones profundas que movía a las comuneras, el porqué de su odio al orden social, su ira contra sus responsables concretos que le condenaban, a pesar de conocer duras y larguísimas jornadas de trabajo, a la miseria total…

Aparte de su responsabilidad como revolucionaria, los cargos que pesaban sobre Louise eran múltiples: intentos de derrocar al gobierno, incitación a la guerra civil, tenencia y uso de armas y uniforme militar, falsificación de documentos, complicidad con la ejecución de rehenes… Su

actitud delante del tribunal es de desafío: «No quiero defenderme, declara con orgullo, no quiero que me defiendan; pertenezco por entero a la revolución social y declaro aceptar con la responsabilidad de todos mis actos… Puesto que al parecer todo corazón que late por la libertad sólo tiene derecho a un poco de plomo. ¡Yo reclamo mi parte! Si me dejáis que viva, no cesaré de gritar venganza Y para vengar a mis hermanos denunciaré a los asesinos de la Comisión del Interior…» (Y como el presidente quiso interrumpirla, desafió al tribunal: «Ya he terminado… ¡Si no sois cobardes, matadme!»).

Fue condenada a la deportación, en un recinto fortificado, siendo trasladada a la prisión central de Auberive en Hautte-Marne, cerca de su pueblo natal. El 24 de agosto de 1873 fue embarcada al penal de Nueva Caledonia donde llegó después de cuatro meses de viaje en barco. En el trayecto le impresionarán Canarias y el mar del Cabo. Como siempre pensó en los demás y se negó a beneficiarse de otro régimen distinto al de los hombres con los que compartió un trabajo y una vida bastante terrible. También se convirtió en la portavoz de sus compañeros y compañeras más débiles, y se sintió atraída hacia los nativos que llevaban una vida sencilla y comunitaria y se rebelaban contra Francia. En una de estas rebeliones, mientras que parte de los presos colaboraron en la represión con las tropas que los vigilaban, ella tomó partido por los nativos. Cuando iba a abandonar la isla tras cumplir su condena, éstos la despidieron en olor a multitud y ella tuvo que prometer que volvería para poder marcharse.

El feminismo de Louise Michel es, como tantos otros de sus principios políticos, heredero de una larga tradición democrático-socialista francesa. En su esquema no establece la cuestión de la mujer como un hecho específico, sino como un eslabón más en una cadena de opresiones en la que la cuestión social entre patronos y obreros es la parte más importante. Entendía que la distinción entre los diferentes sexos derivaba de este antagonismo. Una de sus preocupaciones sobre este tema se centra en la educación burguesa que atrofia la inteligencia femenina: «Las jóvenes, escribe, educadas en la necedad, son deformadas adrede, para mejor poder engañarlas: ¡eso es lo que se persigue! Es como echar a alguien al agua después de haberle prohibido aprender a nadar, o incluso, de haberle atado

las extremidades».

También denuncia la doble prostitución, la de la calle y la del matrimonio: «A una la toma el que quiere; la otra es entregada a quien la quiere. La prostitución es la misma. Entre nosotros se practica ampliamente la moral oceánica». Igualmente, arremete contra los que se extrañan por su singularidad personal:

«Parece que en este hermoso país de Francia se ha establecido sólidamente la moda de calificar de caso patológico a toda mujer que muestre un carácter un poco viril. Sería deseable que casos patológicos así proliferasen entre los hombrecillos pusilánimes y otras categorías del sexo fuete».

Louise se muestra muy dura contra sus amigos «caballerosos» con ella y requiere siempre un trato de igual a igual entre los hombres. En sus análisis escritos retoma la concepción de Flora Tristán según la cual: «esclavo es el proletario, esclava entre todos los esclavos es la mujer del proletario». Sin embargo, no desarrolla con la misma fuerza que Flora o Jeanne Deroin la idea de incorporar a la mujer al movimiento social. Para ella, la mujer debe de conquistar su sitio en la sociedad sin mendigarlo, objetivo que conseguirá junto al hombre, porque: «Tenemos nuestros derechos. ¿No estamos combatiendo junto a vosotros en el gran combate, en la lucha suprema? ¿Os atreveréis, acaso, a hacer un capítulo aparte para lo derechos de las mujeres cuando hombres y mujeres hayan conquistado los derechos de la humanidad?».

Louise regresó a Francia en noviembre de 1880 después de la amnistía completa y definitiva ya que había rechazado toda medida de indulto particular que no comprendiera también la libertad de sus compañeros. Esta actitud volverá a ponerla en práctica en otras ocasiones. Convertida en una anarquista sentimental y sin mayores matizaciones —Louise no tomó parte de las diferentes disputas en el propio campo libertario, carecía de sectarismo como prueba el hecho de que participara sin problemas en diversos actos organizados por los marxistas— durante el viaje a Nueva Caledonia, cuando observa cómo hasta los mejores tendían hacia el autoritarismo y convencida de que «el poder está maldito», pasará a ser durante un cuarto de siglo la «Virgen Roja», «Louise la buena», que llevará

de parte a parte de Francia —siempre con la Surete siguiéndole los pasos— la buena nueva de la revolución social.

Su nobleza se hará leyenda y hasta la propia policía tiene que reconocerla en sus informes internos (públicamente no lo podía hacer ya que de esta manera podía desmentir las campañas que la prensa reaccionaria llevaba contra ella). Una demostración de su bondad la encontramos en su perdón al responsable de un intento de asesinato del que fue víctima en 1888. Herida gravemente y convaleciente, escribirá una carta a la esposa de éste en la que se dice: «Enterada de su desesperación, desearía tranquilizarla. No se inquiete. Como no se puede admitir que su marido obrara con discernimiento, es imposible por consiguiente, que no le sea devuelto. Ni mis amigos, ni los médicos, ni la prensa de París, sin olvidar la del Havre, cesarán hasta entonces de reclamar su libertad, y si esto se retrasara demasiado, yo regresaría al Havre, y esta vez mi conferencia no tendría otro objeto que el de obtener tal medida de justicia. Toda la ciudad acudiría».

Como militante anarquista participó en innumerables campañas políticas, y tomó parte en diversos congresos de.; la Internacional libertaria, entre ellos el de julio de 1881 que tuvo lugar en Londres y en donde consagró la línea de la «propaganda por el hecho», método que no estaba en absoluto en consonancia con los criterios de Louise más afines con el sindicalismo revolucionario que puse en práctica la Confederación General del Trabajo en la que militó desde su fundación hasta el momento de su muerte. Entre 1890 y 1895, vivió en Londres exiliada ya que la policía tenía la tendencia de inculparla de todos los acontecimientos sociales donde Louise se encontraba cerca.

Murió en Marsella el 10 de enero de 1905, cuando formaba parte junto con Jules Guesde, Paul Lafargue y Eduard Vaillant —tres de los principales líderes históricos de la socialdemocracia clásica francesa— de un equipo que estaba dando una serie de conferencias en la región. Su ataúd fue acompañado por una comitiva de cerca de cien mil personas entre las que se encontraban socialistas de todas las tendencias.

Rosa Luxemburgo, reforma o revolución.

ENTRE otras muchas cosas, Rosa Luxemburgo reivindicó la unión de la ciencia con el proletariado, una subjetividad positiva compatible con la pasión militante, la organización sin dejar nunca atrás la crítica, una revolución contra la barbarie… Entre otras cosas defendió: «Ser humano —escribió— significa arrojar alegremente toda nuestra vida en las escalas del destino, cuando es necesario, pero al mismo tiempo, regocijarse de cada día soleado, de cada bella nube».

Después de ser una de las figuras más controvertidas del socialismo de su tiempo, Rosa Luxemburgo forma en la actualidad parte de esa categoría de «clásicos» revolucionarios que son en parte venerados e iconoficados, y en parte abandonados u olvidados, quizá por las dificultades que conlleva seguir su ejemplo, o sea defender consecuentemente, con pasión e inteligencia las ideas básicas del socialismo como lo son la revolución desde abajo, animada por una incorruptible conciencia ética y rigor científico, a sabiendas de que el dilema de nuestro tiempo se encuentra —cada vez con mayor vigencia— entre el socialismo, entendido como la democracia ilimitada, y la barbarie. Dicho con palabras de la propia Rosa:

«Hoy nos podemos proponer la destrucción del capitalismo de una vez por todas. Más aun; no sólo estamos en situación de cumplir esa tarea, no sólo cumplimos con lo nuestro, sino que nuestra solución es el único medio para salvar a la humanidad de la destrucción»[11].

Puede afirmarse que su obra escrita significa uno de los intentos más

vigorosos del «segundo marxismo» en actualizar en la época imperialista el legado de sus fundadores[12] comprende un amplio abanico temático (desarrollo del capitalismo en Polonia, crítica al revisionismo y al reformismo, carácter del nuevo auge capitalista, papel de las masas, los sindicatos y los partidos en la revolución, cuestión nacional, etc.), así como un extenso cuadro geográfico (Polonia, Rusia, Austria, Alemania, Francia, etc.), y está animada por un poderoso aliento militante que se inicia en su más tierna juventud y concluye abruptamente con su asesinato. Fue en la última década del siglo pasado, la figura clave del socialismo polaco, junto con su compañero sentimental, Leo Jogiches (cuyos métodos organizativos no diferían empíricamente mucho de los de Lenin, con el que Hannah Arendt lo compara en este aspecto), y en los veinte años que precedieron su muerte sobresalió singularmente tanto en el Partido socialdemócrata alemán (SPD) como en la Internacional Socialista… Su vida, que transcurrió con una pasión y una intensidad muy poco común, es la de una mujer que atendía la acción política como un servicio a la clase obrera y a los oprimidos, a la humanidad, y lo hizo desde un nivel cultural y una amplitud de conocimientos absolutamente excepcionales.

Empero, no es correcto hablar de Rosa Luxemburgo sin tener en cuenta cómo ha sido utilizada y presentada desde las dos corrientes dominantes del movimiento obrero en las últimas décadas: la socialdemocracia y el estalinismo. Ni unos ni otros han podido coger con sus manos desnudas el hierro candente del legado de Rosa, y de ahí que durante este tiempo han intentado negarle un lugar de honor entre los grandes socialistas o en el caso de los primeros utilizar sus ideas en contra del… comunismo.

La socialdemocracia de derechas tiene la responsabilidad de su asesinato y en los escritos de Rosa se encuentra una de las críticas más duras sobre su evolución política. La socialdemocracia de izquierda por su parte, al tiempo que escamoteaba su dimensión revolucionaria, la empleaba contra el leninismo y la revolución rusa, de la que fue ciertamente crítica, pero siempre desde la admiración y el apoyo entusiasta[13]. El estalinismo la «excomulgó» sin contemplaciones desde 1925, como una enfermedad («bacilo sifilítico», según Ruth Fischer a la sazón principal dirigente del Partido Comunista alemán, y posteriormente furiosa anticomunista) a medio

camino entre el trotskismo[14] y el menchevismo[15]. Ulteriormente pasaría a ser uno de los santos del comunismo oficial, pero esta «rehabilitación, ha sido tan cuidadosa que ni siquiera se ha atrevido una exigencia hecha por Lenin en 1920: publicar sus obras completas»[16].

A más de los sesenta años de su muerte Rosa Luxemburgo sigue siendo un «clásico» del socialismo muy incómodo. No lo sería si su pensamiento careciera de vigencia.

Rosa Luxemburgo nació en 1871, pocos días antes de la instauración de la Comuna de París, en Zamosc, una de las comunidades judeos-polacas más fuertes y cultas en el sudeste de Polonia. Fue la más joven de cinco hermanos (tres hombres y dos hembras), en una familia bastante acomodada en la que brillaba por su cultura y sensibilidad su madre. Con ellos se trasladó a Varsovia cuando tenía poco más de dos años ya los cinco contrajo una grave enfermedad en las caderas y tuvo que pasarse un año en la cama durante el cual aprendió a leer sola. Un error de diagnóstico hizo que la enfermedad fuera mal tratada; jamás se recuperó totalmente y ranqueó en las piernas toda su vida. Este defecto que no fue obstáculo para que llevara una agitada vida sentimental (aunque sí pudo neutralizar su notable belleza), sirvió de pasto para bromas y caricaturas en la prensa reaccionaria.

Tenía trece años cuando ingresó en la escuela secundaria para mujeres en la capital polaca, lo que era casi una hazaña para alguien de su origen judío[17] ya que esto sólo era posible para los hijos de los funcionarios zaristas. Se graduó en 1887, pero a pesar de sus notas excelentes se le negó la medalla de oro por su actitud rebelde contra las autoridades académicas. En esta fecha ya había entrado en contacto con el pequeño grupo llamado Partido Proletario, relacionado con los populistas rusos. También ya era conocida en los medios policíacos…

En 1889, cuando estaba a punto de ser detenida, abandonó su país natal para continuar sus estudios y su lucha política fuera. Pasó la frontera oculta en el heno de una carreta llevada por un campesino al que había convencido a su vez un clérigo al que se presentó Rosa diciéndole que tenía que pasar la frontera para llevar a cabo una boda que sus padres le prohibían. A finales del mismo año llegó a Zurich donde iba a permanecer los nueve años siguientes. La Universidad de esta ciudad era una de las pocas de su tiempo

que permitían a las mujeres en pie de igualdad con los varones, y Rosa estudió en ella matemáticas y ciencias naturales (una de sus grandes pasiones que no pudo cultivar como quiso). Luego estudió en la Facultad de Derecho y en 1897 consiguió el doctorado en ciencias políticas con una tesis sobre El desarrollo económico de Polonia (publicada en Leipzig en 1898), que ha sido comparada por su valor con el trabajo de Lenin sobre El desarrollo del capitalismo en Rusia, y que supuso con éste uno de los escasos intentos del período de investigar desde una óptica marxista las peculiaridades de la evolución capitalista en un país atrasado[18].

Durante este tiempo de universitaria, Rosa no cesó en sus actividades políticas. Mantuvo un estrecho contacto con el grupo de Plejanov que tenía su centro en la misma ciudad y se inició en la teoría del marxismo para revelarse en 1898 como una de sus principales «autoridades». En 1892 se encontraba entre los fundadores del Partido Socialista Polaco que significó un primer intento serio de reunificar a las diferentes corrientes socialistas de su país. No tardó en entrar en contradicción con parte de sus compatriotas y con las opiniones marxistas tradicionales sobre la cuestión nacional.

Desde Marx y Engels hasta Bebel y Liebknecht, los marxistas creían que la lucha por la independencia polaca era una de las claves de las reivindicaciones democráticas en Europa ya que atentaba contra el imperialismo zarista. Una de las corrientes socialistas polaca, la encabezada por Pilsudski, llegaba más lejos y planteaba que esta independencia era prioritaria a la cuestión social. Rosa invirtió estos términos y defendió el internacionalismo obrero y la revolución como la antesala de la libre unión entre las naciones[19].

Otro de los fundadores y dirigentes de la socialdemocracia polaca fue Leo Jogiches, que sería su «alter ego»; la amó y además la complementó en el terreno político. Jogiches llegó a Zurich poco después que Rosa, proveniente de Vilma. Pronto se conocieron e iniciaron sus relaciones de amantes que duraron hasta 1907, pero que de hecho se prolongaron irregularmente hasta la muerte de ambos.

Los dos eran del mismo acero, aunque a él le correspondieron las tareas más ingratas como fueron el trabajo clandestino en Polonia y las tareas organizativas, dejando —aunque no abandonando ya que Jogiches tenía sus

propios criterios y una notable capacidad analítica— en manos de Rosa los problemas de la teoría. Esto no quiere decir que ella fuera «más débil» pues a pesar de su aguda sensibilidad, Rosa demostró su gran integridad en una lucha que nunca fue fácil. Se enfrentó sin resuello contra las tendencias oportunistas del aparato socialdemócrata, sufrió persecuciones constantes, procesos políticos —que tendía a invertir convirtiéndose en acusadora—, encarcelamientos, y finalmente la muerte a sabiendas de que le podía llegar en cualquier momento.

Entre sus dotes militantes, se puede decir que Rosa Luxemburgo fue sobre todo una escritora y una agitadora, aunque no resultó sin embargo una gran organizadora. No le interesaba el funcionamiento del partido, ni sus detalles complejos y farragosos, y este fue un terreno donde crecieron los pequeños estalines embrionarios de la socialdemocracia alemana.

Rosa había llegado a Alemania en 1897 cuando concluyó sus estudios académicos e inmediatamente se adhiere a la socialdemocracia y se hace cargo de la redacción del Siichsische Arbeiterzeitung. Participa en el congreso donde tiene lugar la primera controversia contra el revisionismo, contra el que escribe su obra más brillante, *Reforma o revolución*.

En ésta, logra demostrar cómo Bernstein se equivocaba al considerar como instrumentos «adaptación del capitalismo el crédito, las organizaciones patronales, las comunicaciones, etc., y la supuesta estabilidad de las empresas medianas y de las clases medias, como la muestra de la inexactitud de las leyes del capitalismo según Marx. Demuestra también que, por el contrario, parecen ser un instrumento de la más grande anarquía, fomentan el desarrollo ulterior de las contradicciones internas del sistema, aceleran su descomposición. El punto de vista de Bernstein es el del “capitalista aislado” de la vulgar teoría económica burguesa».

Señala también cómo es imposible la perspectiva bernsteniana de unos sindicatos arrancando poco a poco a los capitalistas el beneficio industrial y unas cooperativas que le arrancan el beneficio comercial, porque los «sindicatos no son más que la defensa organizada de la fuerza de trabajo contra los ataques del beneficio», defensa cada vez más difícil. Las cooperativas de producción solamente pueden sobrevivir con un mercado

asegurado y aislado, es decir sobre la base de las cooperativas de consumo, y éstas sólo son viables a muy pequeña escala. La pretensión de demostrar que las sociedades por acciones significan una redistribución de la propiedad es errónea y, además, desplaza la problemática hacia un espacio amarxista, de las relaciones de producción a las relaciones de propiedad. En vez de plantear la lucha en el terreno de la producción, esfera determinante de todo el sistema capitalista, Bernstein lo hace en el terreno de la distribución.

Ella no niega la posibilidad ni la necesidad de las reformas, ni las opone a la revolución, pero se niega a considerar la vía reformista como una revolución distendida en el tiempo y la vía revolucionaria como una serie de reformas concentradas. Reforma y revolución no son dos métodos opuestos, sino dos factores distintos: «Esta es la razón por la que la gente que se pronuncia en favor de un método de reforma legislativa en lugar de la conquista del poder político y la revolución social y en contradicción con ellas, realmente no elige un camino más tranquilo, calmado y lento para el logro de una misma finalidad, sino que lo que elige es una finalidad distinta. En lugar de apoyar el establecimiento de una nueva sociedad apoya las modificaciones superficiales de la vieja»[20].

Para Rosa, los utópicos no eran los revolucionarios, sino los gradualistas o evolucionistas que de forma mucho más descabellada que los más ingenuos protosocialistas del pasado, querían vaciar con una cuchara el mar salado capitalista y llenarlo de agua dulce socialista.

Aunque pasó la mitad de su existencia en Alemania, nunca se sintió a gusto en este país y con el tiempo llegó Rosa a desesperar de la zafiedad de los burócratas sindicales, de los notables parlamentarios y de los cuadros que estaban haciendo su carrera en el aparato del partido. Al llegar por primera vez a Berlín descubrió «un lugar repugnante, frío, feo, macizo, una verdadera barraca; y los encantadores prusianos con sus arrogancias, como si se les hubiera obligado a tragarse el palo con el que se les azota diariamente». Esta actitud se extiende a algunos socialdemócratas. Así cuando uno de ellos le mostró una posición despectiva hacia León Tolstoi, escribió: «… en cualquier aldea Servia hay más humanidad que en toda la socialdemocracia alemana junta».

Sin embargo, este juicio no es enteramente representativo. Rosa fue la cabeza visible de una fracción muy importante del partido en la que había personalidades de la talla de Clara Zetkin, Karl Liebknecht, Frank Merhing, Paul Levi, etcétera. Fue muy amiga de los Kautsky, en particular con la compañera de éste, Louise[21]. y mantenía unas relaciones muy entrañables con los representantes de la vieja guardia como Bebel, Singer y otros. Hay que tener en cuenta que en aquella época el SPD era «el partido» de la Internacional Socialista, contaba con un porcentaje tal de votos que parecía posible conseguir una mayoría parlamentaria y estaba implantado en toda la sociedad. Su poderío se extendía a través de numerosos diarios, cooperativas, casas del pueblo, etc. A su lado, los rusos y lo polacos eran unos auténticos «grupúsculos».

A pesar de la hostilidad de la derecha del partido, Rosa logró tener en éste una carrera meteórica. En un principio, algunos trataron de marginarla en la organización femenina, pensando que con esta ocupación no tendría tiempo de levantar la bandera de la izquierda. Ella, aunque colaboró muy estrechamente y en la sombra con Clara Zetkin, se negó a ello. De hecho su dimensión feminista la delegó en Clara y lo que escribió sobre el tema son artículos coyunturales por lo general, para la revista de las mujeres con seudónimos u oculta bajo el colectivo de redacción. Estaba convencida de que era con su ejemplo concreto como mejor podía contribuir a una lucha con la que estaba identificada.

Sus actividades son incesantes: participa en los congresos del partido y de la Internacional, dirige y colabora en múltiples periódicos y revistas, es la responsable de la política de formación del partido, colabora con polacos y rusos en tareas políticas, toma parte en todas las polémicas que sacuden al partido y a la Internacional… En enero de 1904 es condenada a tres años de prisión por su intervención en el Congreso de Dresde. Sus ataques al militarismo prusiano y a la monarquía hace temblar a muchos dirigentes y notables socialdemócratas. Cumple parcialmente su encarcelamiento y en diciembre de 1905 marcha a Polonia para batirse durante unos días en las barricadas de Varsovia que vive la misma fiebre de la revolución rusa. Entre marzo y agosto estará de nuevo en la cárcel, esta vez en su país natal. Por su discurso en el Congreso socialista de Manhheim de 1906 se ve de nuevo

detrás de los barrotes durante dos meses. Desde hace tiempo la prensa burguesa la describe como una sanguinaria[22].

Entre 1903 y 1904 toma parte en la controversia que conmueve a los marxistas rusos. Nunca fue menchevique —en los temas rusos estuvo «siempre muy cerca de las posiciones de Trotsky»—, pero se mostró totalmente discrepante con los planteamientos "ultracentralistas" de Lenin que le parecen: «… impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu del vigilante nocturno. Toda su preocupación está dirigida a controlar la actividad del partido y no fecundarla, a restringir el movimiento antes que a desarrollarlo, a destrozarlo, antes que a unificarlo»[23].

En esta polémica, Rosa miraba desde sus parámetros alemanes, un problema político que entiende como organizativo. Ella confiaba más en la espontaneidad natural de las masas —sobre todo después de la revolución rusa de 1905— que en los aparatos y creía, junto con Marx, que era la praxis revolucionaria lo que fortalecía la conciencia obrera. El partido no debía de ser la fracción distinta del movimiento, una fracción delimitada por el programa revolucionario y la lucha contra el oportunismo, tenía que ser el movimiento propio de la clase obrera, del que tenía que derivarse una organización capaz de «adentrarse a la evolución de las cosas y tratar de precipitarlas»[24]. No obstante, esta concepción espontaneista de Rosa sufrió diversas modificaciones ulteriormente, por ejemplo, en sus últimos artículos insiste en el hecho de que «las masas tienen necesidad de una dirección clara y de dirigentes despiadadamente resueltos»[25].

Otra polémica importante que llevó entonces —desde 1905— fue sobre la huelga de masas. La huelga general estaba considerada como la llave de la revolución por anarquistas y anarcosindicalistas y como «el disparate general» por los funcionarios reformistas; otra interpretación era la del «centro ortodoxo»[26] encarnado en este punto por Kautsky e Hilferding que la consideraban como un medio que podía ser necesario pero acondicionado a la actividad parlamentaria.

Rosa ve en ella una explosión espontánea de las masas «no porque el proletariado esté insuficientemente educado, sino porque las revoluciones no se aprenden en la escuela». Por ello, en «el momento en que comienza un período de huelgas de masas de gran envergadura, todas las previsiones

y cálculos de gastos son tan vanos como la pretensión de variar el océano con un vaso», pero esta imagen no le impide ver que la socialdemocracia tiene «el deber de adelantarse al curso de los acontecimientos e intentar precipitarlos». No concibe la huelga como «un esquema teórico» sino como un: «… fenómeno tan fluido que refleja en sí todas las fases de la lucha política y económica… Huelgas económicas y políticas, huelgas de masas y huelgas parciales, huelgas de demostración y huelgas de combate, huelgas que afectan a sectores parciales o a ciudades enteras, luchas reivindicativas pacíficas o batallas callejeras, combates de barricadas… la ley del movimiento de estos fenómenos aparece claramente: no reside en la huelga de masas en sí misma, en sus peculiaridades técnicas, sino en la relación de las fuerzas políticas y sociales de la revolución… representa el movimiento mismo de la masa proletaria, la forma de manifestación de la lucha proletaria en el curso de la revolución»[27].

Con este cuadro, Rosa Luxemburgo les dice a unos ya otros: es inútil que pretendáis frenar o desencadenar la huelga de masas a vuestro antojo, porque ésta forma necesariamente parte del proceso revolucionario; vuestra tarea es prever, estimular, aprender, dirigir.

En el Congreso de la Internacional que tuvo lugar en París el año 1900, Rosa Luxemburgo inauguró su militancia internacionalista impulsando una resolución que condenaba el militarismo y que fue aceptada por unanimidad, aunque muy pocos serían tan consecuentes como ella. Años más tarde, en el Congreso de Stuttgart, Rosa en representación de los polacos y que formaba junto con Lenin y Martov la delegación rusa, llevó la iniciativa para impulsar una nueva resolución que complementaba una presentada ya por Bebel que repetía la acostumbrada promesa de votar contra los presupuestos de guerra. La enmienda luxemburgista subrayaba que los socialdemócratas no sólo tenían que utilizar todos los medios a su alcance para evitar la guerra, sino que, suponiendo que ésta estallara, deberían de hacer todo lo posible para «aprovechar la crisis económica y política causada por la guerra» con la finalidad de provocar el hundimiento del sistema capitalista, o sea hacer la guerra a la guerra. Esta tesis era una premonición de la que defenderán los espartaquistas y los bolcheviques desde 1914.

En 1914, ante los preparativos de guerra de los gobiernos europeos, la Internacional Socialista se hace pedazos. Unos se alinean claramente junto con sus respectivas burguesías (ahora la culpa la tenían las burguesías extranjeras), otros declaran defender «la patria de la Gran Revolución Francesa», contra el «militarismo prusiano» o los «logros del movimiento obrero alemán» contra la «barbarie zarista», y finalmente, otros como Kautsky, vienen a decir que si bien la Internacional ha mostrado su utilidad en tiempos de paz, pero que ya no lo era en tiempos de guerra.

Contra unos y otros Rosa Luxemburgo escribe: «En tiempos de paz son válidas en el interior del país, la lucha de clases y, en el exterior, la solidaridad internacional; en tiempos de guerra, por el contrario, en el interior del país la solidaridad de clase y, en el exterior, la lucha entre los trabajadores de diferentes países. El llamamiento histórico del Manifiesto Comunista experimenta así una adición esencial y, después de la corrección introducida por Kautsky, reza: ¡Proletarios de todos los países, uníos en tiempos de paz y degollaros mutuamente en tiempo de guerra! Es decir, que hoy: Cada tiro un ruso, cada bayoneta un francés, y mañana, después de firmada la paz: Os abrazo, multitud, beso a toda la humanidad. Porque la Internacional es fundamentalmente un instrumento de paz, pero no es una herramienta eficaz en la guerra»[28].

En 1915, Rosa, con Karl Liebknecht —el único diputado que con Otto Rühle ha votado en contra de los créditos de guerra— y un grupo de amigos, comenzaron a publicar una serie de panfletos contra la guerra firmados como «cartas de Espartaco», por lo que no tardarían en ser llamados Spartakusbund. En 1916, ya con un peso social detrás, el grupo se integra en el partido socialdemócrata independiente, una fracción pacifista de la socialdemocracia. Durante la guerra las diferencias entre espartaquistas e independientes fueron más bien secundarias, pero los primeros querían además de la paz la revolución social, los segundos sólo la paz y las diferencias estallaron con el armisticio. Entre febrero de 1915 y febrero de 1916, Rosa purga un año de cárcel y escribe la Junius Brochure, aquí conocida como *La crisis de la socialdemocracia.*[29] El 1 de mayo de 1916 encabeza una manifestación antiguerra y dos meses después será de nuevo detenida y encarcelada. Será liberada con el armisticio[30].

Después de la guerra imperialista (y en el último año de ésta), la Revolución de Octubre es el acontecimiento que va a escindir definitivamente a reformistas y revolucionarios en la socialdemocracia internacional. Rosa la recibe con una gran satisfacción, aunque hay que decir que no es demasiado optimista: «¿No te alegras de lo de los rusos?, escribe a Louise Kautsky. A mí me parece que no van a poder sostenerse en ese aquelarre, no porque las estadísticas arrojen un desarrollo económico excesivamente atrasado en Rusia, como afirma tu inteligente esposo, sino porque la socialdemocracia de los países desarrollados occidentales están compuestas por miserables cobardes que observan tranquilamente cómo los rusos se desangran. Pero morir así vale más que morir por la patria, es una hazaña histórica cuya huella no se borrará con los siglos» (24-XI-1917).

Este apoyo entusiasta a la revolución no es obstáculo para que al mismo tiempo se convierta en uno de los críticos más severos, dentro del campo revolucionario, de la política bolchevique. Critica la disolución de la Asamblea Constituyente, el reparto de la tierra entre los campesinos y la firma del tratado de paz de Brest Litovsk. En opinión de los dirigentes bolcheviques se equivoca en las tres cosas, no comprende que es imposible la coexistencia de la Asamblea Constituyente —cuya representatividad era muy parcial— y de los consejos obreros, y su posición cambiará cuando ella misma se ve enfrentada al mismo problema; Subestima la importancia de un pacto con el campesinado, en un país donde éste constituye la inmensa mayoría de la población, a la que no puede contraponerse una débil clase obrera, tras el argumento de que con ello se dificulta la posterior socialización de la tierra, y muestra de paso que ella y Trotsky entendían cosas distintas cuando ambos defendían la fórmula de la dictadura del proletariado apoyada en el campesinado (frente a la después abandonada fórmula leninista de «dictadura democrática del proletariado y el campesinado»): Trotsky hablaba de dirección, y ella de dominación. Finalmente continúa oponiéndose al derecho de autodeterminación como consigna del poder soviético[31].

Tiene indiscutiblemente razón, en cambio, cuando clama por las libertades políticas dentro del nuevo régimen («La libertad es siempre, cuando menos, la libertad de pensar del que piensa de otra manera») y

critica las medidas represivas tomadas, muchas veces necesarias, se elevan a categoría de regla. Esto no quiere decir que tuviera alguna confusión sobre la violencia de los oprimidos y la del opresor, así escribe el 24 de noviembre de 1918 en Rote Fahne: «(Aquellos) que enviaron a 1,5 millones de jóvenes alemanes a la masacre sin pestañear, que durante cuatro años apoyaron con todos los medios disponibles el derramamiento de sangre más grande que conozca la humanidad, se enrojezca gritando sobre "el terror" y las supuestas "monstruosidades" de la dictadura del proletariado. Pero estos caballeros deberían contemplar su propia historia».

Su trabajo sobre la revolución rusa fue escrito en la cárcel el verano de 1918 y enviado a Paul Levi que lo publicará en 1922[32] cuando ostentaba el cargo de secretario general del PC alemán que era entonces el partido de las tres L. La de Lenin, Luxemburgo y Liebknecht. La voluntad de Levi era desprestigiar el bolchevismo y recortó algunas partes que no dejan lugar a dudas sobre su posición: «Todo lo que un partido podía dar en cuanto a coraje, clarividencia revolucionaria y coherencia, Lenin, Trotsky y sus camaradas lo han brindado en buena medida. El honor y la capacidad revolucionaria que le falta a la socialdemocracia occidental, lo tienen los bolcheviques. Su insurrección de Octubre no fue sólo la salvación de la Revolución Rusa; fue también la salvación del honor del socialismo internacional».

La revolución rusa, según Rosa, tenía la virtud de plantear la cuestión de la actualidad de la revolución socialista internacional (actualidad que ella explicitó claramente cuando al escribir el programa del PC alemán afirmó que el programa mínimo era ahora el programa máximo), pero que le competía fundamentalmente a Alemania de consolidar la perspectiva de una revolución internacional.

En 1918 Alemania se hallaba en pleno auge revolucionario, de todas partes surgieron consejos obreros, y establecieron una coordinación, el Consejo de Comisarios del pueblo, compuesto por tres socialdemócratas y tres socialistas independientes que, desde distintos niveles de responsabilidad, trataron desde el primer momento de contener la revolución en el cuadro republicano constitucionalista. Rosa Luxemburgo fue entonces una de las principales fundadoras del comunismo alemán,

cuyo objetivo era la revolución inmediata aunque carecía de la influencia y la capacidad que habían mostrado los bolcheviques. En opinión de Liebknecht no había que esperar a conseguir la mayoría, pero Rosa dudaba de que se dieran todas las condiciones para dar un paso tan decisivo.

A finales de 1918, la socialdemocracia estaba demostrando que era capaz de hacerse cargo con la situación[33]. Durante la crisis que siguió al armisticio, la derecha y la izquierda socialista llegaron en varias ocasiones al enfrentamiento, librando en ocasiones batallas de gran calibre en las calles de Berlín. Los dirigentes socialdemócratas, con el apoyo más o menos explícito de los mandos militares, fueron consolidando gradualmente su autoridad, y en su programa los consejos obreros jugaban un papel transitorio y subordinado a la restauración de una democracia burguesa. A finales de año habían conseguido que los independientes salieran del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Por estas fechas comenzaba a dudarse quién ejercía la autoridad real, si los generales o los comisarios. Las luchas callejeras fueron haciéndose cada vez más duras, y con el apoyo de los socialdemócratas el ejército y la policía fueron recobrando su terreno. Para éstos no se trataba sólo de restablecer el orden sino de acabar de paso con sus enemigos. Entre éstos, los comunistas serían las primeras víctimas, aunque no las únicas.

El 15 de enero de 1919, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht eran arrestados por un grupo militarista encabezado por el socialdemócrata Gustav Noscke que más tarde sería condecorado por el régimen nazi. Su asesinato fue extremadamente brutal y significó un hito sin antecedentes en la historia del movimiento obrero. Kautsky y Bernstein comentaron que ambos se lo habían buscado por ser consecuentes con las ideas que habían hecho nacer y crecer a la joven socialdemocracia alemana surgida al calor de la Primera Internacional e inspirada en el Manifiesto Comunista. Dos semanas después de que el cuerpo de Rosa fuera destrozado, el PC alemán adoptaba en su programa algunas de sus concepciones básicas, como estas que tratan del socialismo:

«El fundamento de la sociedad socialista reside en el hecho de que la

gran masa trabajadora cesa de ser una masa regimentada, llevando y regulando ella misma toda la vida política y económica, de acuerdo con una libre y consciente autonomía (…) La revolución proletaria no necesita para sus fines recurrir al terror, odia y abomina el asesinato… No es el desesperado intento de una minoría por amoldar el mundo a su propio ideal, sino la acción de la gran masa de millones de personas que está llamada a realizar su misión en la historia, a transformar la necesidad histórica en realidad»[34].

Clara Zetkin,
feminismo socialista, feminismo comunista

… El primer enfrentamiento de clase que se produce en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en el matrimonio monógamo, y la primera opresión de clase coincide con la del sexo femenino por el masculino. «Históricamente el matrimonio monógamo constituye un gran paso hacia adelante, pero, sin embargo, junto con la esclavitud y la propiedad privada, abre un periodo, que ha durado hasta nuestros días… que cada paso hacia delante es también, en términos relativos un paso hacia atrás, en el que la prosperidad y el desarrollo de unos se ha ganado a costa de la miseria y frustración de otros (el matrimonio monógamo) es la forma celular de la sociedad civilizada en la que puede verse ya la naturaleza de los enfrentamientos y contradicciones que actúan de lleno en dicha sociedad».

F. Engels

ORGANIZADORA del movimiento feminista socialista alemán e internacional, una de las cabezas en la lucha antirreformista, internacionalista durante la Primera Guerra Mundial, cofundadora y dirigente del Partido Comunista alemán, miembro destacado de la Internacional Comunista y amiga de Lenin[35], diputada y propagandista, Clara Zetkin, aunque cuenta con todos los atributos biográficos para figurar entre las grandes personalidades de la historia del movimiento obrero mundial suele aparecer como un personaje característico pero secundario en todas las historias generales del socialismo.

Mucho más justo fue Andreu Nin cuando escribió: «Clara Zetkin era un magnífico ejemplar de caudillo revolucionario; pero de caudillo auténtico, no de esos que se fabrican en el laboratorio de la burocracia estalinista y atraviesan como una cometa el cielo del movimiento obrero y su divorcio con la masa, cuyos intereses y aspiraciones pretenden representar. El caudillaje de Clara Zetkin estaba cimentado por más de medio siglo de actividad militante, por el prestigio de una vida entera de abnegación y sacrificios consagrados a la causa proletaria. Los obreros alemanes que habían visto a esa magnífica combatiente se cuentan por millones; sería difícil, por no decir imposible encontrar a uno solo que no conociera su nombre, unido indisolublemente al movimiento obrero desde los primeros pasos del proletariado alemán en el camino de la reorganización política hasta los últimos tiempos»[36].

Aunque Clara no fue una militante muy versada en el terreno teórico, ni una innovadora, no por ello dejó de ser una notable divulgadora de diversos gigantes, como lo fueron Engels y de August Bebel de cara a la cuestión de la mujer; Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en la lucha política dentro de la socialdemocracia alemana y de la IIª Internacional, así como de Lenin y Trotsky en los primeros años del Komintern, del luxemburgista Paul Levi en los albores del comunismo alemán y, en su decadencia, de Stalín, aunque —en este extremo conviene hacer importantes matizaciones—. El «motor» de su militancia fue primordialmente su odio a las injusticias que había podido ver desde muy joven. El socialismo no era para ella solamente una

finalidad histórica, era ante todo una exigencia inmediata.

Sus actividades políticas militantes se extienden desde los inicios de la socialdemocracia alemana hasta 1932, un año antes de su muerte. A su parecer, durante este tiempo:

«El desarrollo del imperialismo y el paso del capitalismo preferentemente concurrencial a capitalismo en el que prevalece el monopolio, con la creación de los monopolios nacionales y la agudización de las contradicciones imperialistas (que) provocaron tensiones tan violentas en las relaciones ente el proletariado y la burguesía y en el mismo seno del proletariado y sus organizaciones tradicionales —creación de la Segunda Internacional (1889), la aparición del revisionismo y fundación de la Tercera Internacional (1919), revolución en Rusia y derrota de las revoluciones en Europa occidental— que la experiencia de la dirigente alemana se nos presenta muy compleja y fragmentaria, difícil de sintetizar en una sola valoración»[37].

Por todo ello, y sobre todo por su lucha al frente del feminismo socialista —que alcanzó con ella unos niveles de organización y desarrollo intelectual que no sobrepasará jamás después—, Clara Zetkin puede hacerse excusar su adaptación al estalinismo que era un fenómeno muy difícil de comprender para alguien como ella que había interiorizado la derrota del proletariado alemán entre 1918 y 1923 y que ya se encontraba al margen del movimiento real, convertida como ocurría con Nadezha Krupskaya, la viuda de Lenin, en una figura simbólica que se utilizaba para dar brillo a una burocracia cuyos objetivos eran contrapuestos a los que ella había defendido toda su vida.

Clara Zetkin, nacida Clara Eissner, era hija de un maestro rural de Sajonia y nació el año 1857. Aún no se ha publicado ninguna biografía rigurosa sobre ella —a pesar que en la República democrática alemana pasa por ser uno de sus santos iconofinados y que en la URSS está enterrada con los máximos honores—, pero sabemos que entre los diecisiete y los veinte años estudió magisterio en un instituto privado de Leipzig, donde conoció a un grupo de estudiantes rusos exiliados y vinculados al populismo. Entre ellos se encontraba Ossip Zetkin que militaba en el incipiente socialismo marxista alemán hasta que fue expulsado por sus actividades políticas.

Clara se trasladó entonces a Zurich para poder visitarlo en Francia. En esta ciudad alemana conoció a George Plejanov y también a Vera Zasùlich. Por entonces comienza su vida militante colaborando con Julius Mottelert que pasaba clandestinamente el órgano del partido socialista de Francia a Alemania. Sus primeras clases de marxismo las recibe de Eduard Bernstein, a la sazón el discípulo predilecto de Engels.

En noviembre de 1882 es perseguida por la policía y se traslada a París donde contraerá matrimonio con Ossip y permanecerá durante ocho años sin dejar de cooperar con su partido. Durante este tiempo, Clara conoce y hace amistad con algunas de las figuras más notables del socialismo de entonces: Eugene Pottier, autor de la letra de *La Internacional*; Louise Michel, las hijas de Marx, Jenny y Laura; los dirigentes marxistas franceses Paul Lafargue y Jules Guesde, etc. Al final de la década es nombrada delegada de las mujeres socialistas de Berlín y toma parte en los preparativos del Congreso Constituyente de la Internacional Socialista opuesta a la Internacional posibilista que también quiso crearse en París. Al año siguiente, en 1890, tras la derogación de la «leyes antisocialistas», vuelve a Alemania para convertirse en uno de los cuadros más significados del socialismo alemán que sería hasta 1914 el espejo donde se miraría el socialismo internacional.

En 1891 funda y dirige «Die Gleichheit» (La campana), órgano para las mujeres socialdemócratas y que llegará quizás a ser el periódico feminista de mayor tirada y de mayor influencia de todos los tiempos. El grupo femenino del SPD se crea sobre la base de una plataforma de reivindicaciones democráticas. Se trata de conseguir no sólo el derecho de voto de las mujeres sino también el más simple de poder organizarse sindical y políticamente, derechos que están explícitamente prohibidos aunque ellas saltaron por encima de la legalidad protegidas por la importante fuerza del partido. Sus concepciones teóricas sobre la cuestión femenina están fundamentadas en dos obras clásicas del socialismo: *El origen de la propiedad privada, la familia y el Estado*[38] y *La mujer y el socialismo*, de August Bebel[39], y avanzan nuevas ideas sobre nuevos problemas en el orden organizativo y sindical aunque encuentran una dura oposición por parte de la burocracia sindical y de algunos notables del

partido en proceso de instalación en el *status quo*.

Stuttgart será el principal centro ciudadano de su intervención —que en períodos de campañas políticas se extienden por todo el Estado— que pase a ser uno de los «feudos» de la izquierda revolucionaria y la ciudad donde las mujeres socialistas gozan de una mayor implantación. En 1893 participa en el tercer Congreso del partido socialdemócrata que tiene lugar en Zurich y donde entabla amistad con Engels que morirá dos año más tarde. Desde este Congreso la presencia de Clara será indisociable de todos los Congresos nacionales e internacionales del socialismo, lo mismo que lo será de todas las conferencias de mujeres. En 1896 en el Congreso del SPD que se celebra en Gotha, Clara presenta el primer informe partidario importante sobre la cuestión de la mujer y las tareas de la socialdemocracia en donde se adelantan la exigencia al voto feminista, punto en el que muchos partidos socialitas no se mostrarán tan avanzados.

En 1899 Clara, que había quedado viuda, se casará por segunda vez, en esta ocasión con el pintor George Friedrich Zundel, del que se separará no mucho después; pocos años más tarde, quedando ella sola al cuidado de los dos hijos que había tenido con Ossip[40].

Durante varios años su potente voz («Los discursos de Clara, escribirá Nin, electrizan a la multitud. En su oratoria, por decirlo así, una oratoria pirotécnica, unos fuegos artificiales de imágenes brillantes y vigorosas, que deslumbran y enardecen. Los que hemos visto a Clara Zetkin en la tribuna, en el ocaso de su vida, nos imaginamos fácilmente lo que debía de ser en su juventud. ¡Qué entusiasmo, qué energía, qué pasión animaba a aquella mujer septuagenaria! ¡Cómo se transformaba, iluminada por el fuego interior que ardía en aquel cuerpo minado por los años y la enfermedad!»), será la de la izquierda revolucionaria y será en los debates, el martillo contra los oportunistas en el partido y en la Internacional.

En el famoso Congreso de Sttutgart de 1907, en el que el trío Lenin-Rosa Luxemburgo-Martov, planteó una dura batalla sobre la cuestión de la guerra, Clara llevaría por su parte una violenta requisitoria en la comisión para tratar el derecho al voto de las mujeres contra los austromarxistas, a los que acusó de haber interrumpido la propaganda por este derecho. En otra ocasión, ella escribirá lo siguiente sobre este tema: «La Segunda

Internacional toleró que las organizaciones inglesas afiliadas lucharan durante años contra la introducción de un derecho de voto femenino restringido… permitió también que el partido socialdemócrata belga y, más tarde, el austriaco, se negaban a incluir, en las grandes luchas por el derecho del voto, la reivindicación del sufragio universal femenino… que el partido de los socialistas unificados de Francia se contentasen con platónicas propuestas parlamentarias para la introducción del voto de la mujer»[41].

En el Congreso de Copenhague (1910) fue ella la que propuso la puesta en marcha de un «primero de mayo femenino», que tendría lugar cada ocho marzo en memoria militante de las mártires de la fábrica de algodón Cotton de Nueva York que mientras hacían huelga fueron quemadas vivas en un número de 129 mujeres por responsabilidad directa de su patrón que anteponía el beneficio a unas condiciones mínimas de seguridad. En los años que preceden al estallido de la Gran Guerra, Clara dedica su mayor esfuerzo a la lucha antimilitarista, así en el Congreso de Basilea (1912) presentó un extenso y apasionado informe sobre la amenaza de guerra y la necesidad consiguiente de que la Internacional respondiera con la huelga general y si era posible con la revolución.

Dentro de la larga y apasionante biografía de Clara Zetkin es la cuestión de la mujer trabajadora la que ocupa un lugar más intenso y prolongado. Es un tema que la acompaña desde que empezó su intervención en este terreno «bajo la guía de Friedrich Engels» del que aprendió «los principios de la lucha de clases y no sólo de la administración de importantes organizaciones»[42] hasta el final de su vida cuando en sus llamadas a la lucha contra el fascismo subrayaba la importancia que en este combate tenían las mujeres. Aunque no escribió ningún estudio destacado, Clara demostró con el ejemplo indiscutible de la práctica que se podían organizar a miles de mujeres trabajadoras que engrosarían los rangos proletarios dándole una amplitud extraordinaria. La organización femenina de los socialistas alemanes sirvió como ejemplo para el movimiento socialista internacional. Su horizonte no fue solamente europeísta, extendió también su mirada por el mundo colonial. En uno de sus informes escritos para el Komintern dice:

«Lo que merece una atención particular es el hecho de que en los países

del Próximo y Extremo Oriente, las mujeres vinculadas a las tradiciones, a las costumbres y a la servidumbre religiosa milenarias se están moviendo. No me estoy refiriendo, ahora, al pequeño estrato de mujeres orientales poseedoras, pioneras de su sexo, que han conquistado erudición, saber y cultura moderna en las universidades europeas y americanas. Pienso más bien en los muchos miles de campesinas pobres y obreras de los campos de arroz y de las plantaciones de algodón, de los campos de petróleo, etc., que en Turquía, en Turquestán, en Corea, en Japón, Mongolia, en la India, etc, han comenzado a rebelarse contra el doble yugo del hombre y del capital».

Esta idea del «doble yugo» que plantea el problema de una opresión específica de la mujer como tal por el hombre, planea sobre su pensamiento, pero no acaba de sacar de ella todas sus consecuencias. A veces la utilizaba partiendo de una frase de Engels según la cual en el matrimonio monógamo, el burgués era el hombre y la proletaria la mujer… Pero su conclusión prácticaes diferente, no ve contradicciones en la pareja obrera como la vio Flora Tristán, y cree que cuando el proletario dice: «Mi mujer», y entiende: «La compañera de mis ideales, de mis luchas, la educadora de mis hijos para la batalla del futuro»; dicho de otra manera, la cuestión de la mujer forma una parte indiferenciada de la lucha de clases, por lo tanto:

—No tiene por qué haber una organización autónoma de las mujeres, porque: «… No hay más que un sólo movimiento, una sola organización de mujeres comunistas —antes socialistas— en el seno del partido comunista junto a los hombres comunistas. Los fines de los hombres comunistas son nuestros fines, nuestras tareas» y esto se extiende a los otros niveles organizativos tradicionales.

—No hay tampoco unas reivindicaciones específicas en temas como la sexualidad y el matrimonio y aunque no dejaría a su manera de plantear algunas de sus dudas, afirma junto con Lenin: «La preocupación de las mujeres comunistas, de las mujeres trabajadoras, debería centrarse en torno de la revolución proletaria que pondrá las bases, entre otras cosas, para la modificación de las relaciones materiales y sexuales»[43].

—No existen posibilidades de atraer a las filas socialistas a las mujeres provenientes de las clases explotadoras ya que para ellas se trata de una

cuestión «moral y espiritual… del desarrollo de la propia personalidad», mientras que para las trabajadoras se trata de algo más elemental, derivado «de la necesidad de explotación del capital», y le preocupa «su tarea de esposa, de madre» y el hecho de que «sólo le quedan las migajas que la producción capitalista deja de caer en el suelo».

Bajo este prisma reduccionista, el objetivo primordial de Clara Zetkin era ampliar el movimiento obrero hacia su otra mitad más sometida que la masculina. Exigía para las mujeres trabajadoras reivindicaciones fundamentales que aunque pueden parecer moderadas eran sumamente radicales incluso para unos sindicalistas que temían la competencia laboral de la mujer y querían que sus esposas se quedaran en casa para zurcirles los calcetines.

No dudaba tampoco en levantar la bandera sufragista ya que se trataba «no sólo de un derecho natural, sino también de un derecho social», y claro está le daba un contenido social a este derecho, pero se negó a reivindicaciones específicas como la de la protección maternal.

Cuando Clara tomó partido por la opción comunista arrastró tras de sí a un número importante de las mujeres socialistas, pero en la Internacional Comunista encontró un clima tan preocupado por la revolución inmediata que se rechazó la idea de reproducir desde esta opción una organización similar a la socialista. En una de sus intervenciones en el Komintern propone la adopción de «remedios concretos y de órganos especiales que se encarguen de la agitación, organización y adiestramiento de las mujeres… considerando la especificidad cultural y moral de las mujeres», así como también, «la agitación programada y constante entre las mujeres todavía alejadas del partido, mediante asambleas públicas, debates y asambleas de fábricas, asambleas de amas de casa, conferencias de delegadas sin partido y apolíticas, agitaciones en las casas…». Pero a pesar de contar con el apoyo de Lenin y Trotsky sus planteamientos quedan en minoría, incluso entre las propias mujeres delegadas.

Estas ideas que se inscriben perfectamente en el esquema de frente único desarrollado desde el tercer congreso de la Internacional, insisten también en la necesidad de un Congreso internacional de mujeres de todas las tendencias socialistas, sin pretensiones de hegemonía partidista y en el

que la fracción comunista debía de luchar lealmente. Este Congreso: «… debería tratar en primer lugar el derecho de la mujer al trabajo profesional. En este punto se hubieran debido de incluir las cuestiones de desocupación, de igual salario a igual trabajo, de la jornada legal de ocho horas, de la legislación protectora de la mujer, del sindicato y de las organizaciones profesionales, de las previsiones sociales para la madre y el niño, de las instituciones sociales para ayudar al ama de casa y a la madre, etc… El orden del día hubiera debido de incluir el siguiente tema: La situación de la mujer en el derecho matrimonial y familiar y en el derecho público político»[44].

Este texto demuestra la maduración de Clara que deberá de abandonar el grueso de sus tareas en el terreno de la organización de la mujer para centrarse en las de la dirección del partido y de la Internacional Comunista. Luego, después de las sucesivas derrotas del proletariado europeo y alemán sobre todo, el ascenso del estalinismo y de las normas burocráticas, el tema de la organización de la mujer se iría perdiendo para reaparecer en el período del Frente Popular pero con un sentido muy distinto, por no decir opuesto, al que ella protagonizó.

Cuando en 1914 la socialdemocracia alemana e internacional realizan su extraordinario giro hacia el socialpatriotismo, Clara Zetkin tiene ya 53 años, pero no le faltaron las fuerzas para alinearse desde el primer momento con la fracción llamada «espartaquista» en la defensa de los ideales internacionalistas y revolucionarios del socialismo. Un año más tarde encabeza la Conferencia Internacional de mujeres socialistas, uno de los actos antiguerra más importante del período bélico y en la que se exige el fin de las hostilidades así como una paz sin anexiones ni conquistas que reconociera a los pueblos el derecho a disponer de sí libremente.

Una vez bajo estos principios democráticos elementales, solamente podía, en su opinión: «… conducir a los proletarios a liberarse del nacionalismo y a los partidos socialistas a recuperar su entera libertad para la lucha de clases. El fin de la guerra no puede ser alcanzado más que por la voluntad clara e inquebrantable de las masas populares de los países beligerantes. En favor de una acción, la Conferencia hace un llamamiento a las mujeres socialistas ya los partidos socialistas de todos los países:

¡Guerra a la guerra!»[45].

«Las consecuencias de este acto las purgó, en palabras de Bujarín, con una condena de cárcel. Pero no se ciñó la cabeza con una corona de espinas; vio en ello un episodio natural de la lucha, un cautiverio pasajero, al término del cual hay que empuñar nuevamente las armas y marchar otra vez al combate…»[46]. A pesar de la represión continua que las autoridades y sus antiguos compañeros ejercen sobre los «espartaquistas», Clara sigue al frente del bando internacionalista y dirigiendo el periódico de las mujeres socialistas hasta que en 1917 lo deberá abandonar por no seguir «la línea política del partido».

La revolución de Octubre de 1917 la entusiasma de pies a cabeza, y así lo manifiesta al escribir:

«La Rusia socialista y soviética, escribe, será para nosotros un símbolo, una esperanza y una garantía del advenimiento de los tiempos nuevos que surgirán del caos de la sociedad burguesa. El proletariado combatiente de la Alemania revolucionaria debe construir un puente a través del cual el fuego purificador de la revolución, destructor del capitalismo, se extenderá de Oriente a Occidente. ¡Preparémonos! ¡Pongamos en tensión nuestros músculos, el trabajo y en la lucha, a fin de que la obra se convierta en espíritu y el espíritu en obra! ¡Espartaco, levanta más alto la bandera! ¡Esclavos, adelante! ¡Todo por la revolución! ¡Todos por la revolución!».

Durante este agitado período que se abre, participará a pesar de su precario estado de salud, en los acontecimientos de noviembre de 1918 que se inician como un cambio constitucional pero que abren también las puertas a otra opción que ella establece de la siguiente manera: «Reforma burguesa o revolución proletaria, he aquí la cuestión. En otros términos: nueva forma de gobierno o régimen nuevo, desarrollo completo del reino de la burguesía por medio de la democracia burguesa y, por consiguiente, existencia ulterior de la sociedad capitalista, o dictadura de clase proletaria, realizable por el régimen soviético, e instauración del socialismo»[47].

En noviembre de 1917 había fundado el suplemento femenino del periódico «espartakista» *Leipziger Volkezeitung*, y en 1920 fue elegida presidenta del Movimiento internacional de mujeres socialistas, aunque lentamente una fracción mayoritaria se ha ido decantando hacia el viejo

hogar de la socialdemocracia que ya no estaba ocupado por los mismos dirigentes ni se orientaba con la misma brújula política. Dirigente de primer plano en el recién creado Partido Comunista alemán, Clara toma parte en las jornadas revolucionarias de enero de 1919 que concluirán con el asesinato de sus mejores amigos, Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Leo Jogiches y el fallecimiento natural —pero adelantado por los hechos— del veterano historiador y militante revolucionario Frank Merhing. El temple de Clara se hace ostensible cuando responde a este drama diciendo: «No lloraremos a nuestros muertos, hay que luchar».

Desde la fundación de la Internacional Comunista, Clara pasa a ocupar un cargo dirigente en ésta, combinando siempre sus actividades internacionales con las alemanas. Su militancia durante estos primeros años será particularmente intensa: escribe en varios periódicos, interviene en numerosas campañas de agitación, participa en los debates de los Congresos y Conferencias, habla en el parlamento… Entre sus numerosos viajes de entonces hay que destacar el que le llevó al Congreso de Tours en el que tenía que decidirse la actitud a tomar ante la Internacional Comunista.

Su intervención en el Congreso fue, según todos los testimonios, decisiva para decantar la mayoría hacia el comunismo. Había llegado a Francia viajando clandestinamente y su dominio de la lengua y sobre todo de la historia y la situación francesa causó una honda impresión entre los congresistas.

En 1920 visitó por primera vez la Rusia soviética con motivo del II Congreso de la Internacional. Desde este entonces sus visitas se harán cada vez más continuadas.

En marzo de 1921, el partido comunista alemán, dirigido por la fracción izquierdista —que partía del supuesto de que la hora de la revolución ya había llegado y que sólo era necesario que la vanguardia llevara adelante una ofensiva ejemplar que galvanizara a los obreros— protagoniza un *putch* que termina en el desastre. Clara Zetkin, que junto con Paul Levi se había opuesto a la aventura, formó con éste una fracción alternativa que planteaba ya algunos de los elementos —conquista de las masas, trabajo en el seno de los sindicatos, unidad y crítica con la socialdemocracia, etc., de lo que más tarde será la política de frente único. Las diferencias internas en el partido

se saldará con una grave crisis que concluirá con la expulsión de Paul Levi que, al contrario que ella, había planteado sus posiciones de una manera extrapartidaria.

La política de frente único abrirá un nuevo período de recuperación de fuerzas en el seno de los comunistas alemanes en cuyo frente se encuentra Heinrich Brandler apoyado por Clara. Sin embargo, entre el esquema de frente único de Lenin, Trotsky y Radeck y el de la dirección alemana existirá una diferencia que se hará notar durante los acontecimientos revolucionarios de 1923. Para los primeros la acumulación de fuerzas no puede desarrollarse sin un techo, en un momento dado hay que plantearse la cuestión de la insurrección; para los segundos, la hora de la insurrección queda muy lejana y cuando la revolución se pone al orden del día se ven sobrepasados por los acontecimientos. Este fracaso será decisivo, y cerrará toda una época —que podíamos llamar leninista—, el comunismo alemán e internacional, causando un repliegue que será determinante para la emergencia del estalinismo. La dirección «zinovievista» de la Internacional que había de hecho dirigido la política del Partido Comunista alemán, hace de Heinrich Brandler el «chivo expiatorio» de la derrota. Este hecho lleva a Clara a simpatizar con la primera Oposición de izquierda dentro de un partido bolchevique cada vez más estatalizado[48].

En los años siguientes, Clara se convertirá (como ya he dicho) en una figura decorativa en un partido que ha perdido por la muerte o la disidencia a sus más cualificados dirigentes y en una Internacional cuyo rumbo empieza a cambiar hasta dar un giro de ciento ochenta grados: la revolución mundial pasará a ser un señuelo propagandístico y lo realmente importante llegará a ser la construcción del «socialismo» (en versión estalinista) en un sólo país. En 1924 asume la presidencia del Socorro Rojo Internacional que llevará adelante algunas campañas célebres como la defensa de Sacco y Vanzetti. Su última actuación que recordará sus mejores tiempos tiene lugar el 30 de agosto de 1932, cuando estaba enferma y medio ciega, el día de la apertura del Reichstag. Por su edad ella preside la sesión y en su intervención exige la creación de un frente proletario entre comunistas y socialdemócratas contra el nazi-fascismo.

Por esta idea su viejo amigo León Trotsky era considerado como el peor

de los enemigos del comunismo ya que Stalin había impuesto una idea opuesta: el principal adversario de los comunistas alemanes eran los socialdemócratas. Clara Zetkin falleció el año siguiente en el sanatorio de Archangelskoje, en las proximidades de Moscú y sus restos mortales fueron depositados en las murallas del Kremlin con grandes honores.

La leyenda de mother «Mamma» Jones

«ES bastante posible que entre nosotros el nombre de “*Mother” Jones*» (Cork, Irlanda, 1830-USA, 1930), no diga nada, aunque alguien lo asociará con una revista de izquierda, posiblemente de las más prestigiosas de los Estados Unidos. Incluso el personal más enterado, sobre todo el que conoce y valora a la cantante Lila Downs, habrán escuchado la canción que lleva este nombre, una canción con aires de *blues* en la que se percibe el latido de una vida intensa y luchadora, la de la legendaria Mary Harris que en cierta ocasión declaró «no soy una humanista, soy una provocadora».

No obstante, conviene recordar que existe una edición de las memorias de «Mother» o *«Mamma» Jones* que todavía se puede encontrar reseñada en algunos viejos catálogos de la editorial barcelonesa *Hacer*, especializada en historia social. No creo exagerar al afirmar que en su momento me resultó difícil abandonar la lectura de este libro una vez comenzado, cuando vencidas las reticencias propias del desconocimiento, pero sus páginas se suceden con plenitud y densidad. Uno sabe obviamente quién se dice que fueron Búffalo Bill o el general Custer, como todo el mundo, pero he tenido muchos problemas para saber algo sobre esta especie de Madre Coraje que fue tanto más representativa —y desde luego infinitamente más rica humanamente— de los Estados Unidos de su tiempo como lo fueron estos señores, y esto se debe a que permanece completamente ausente de los libros de historia y no digamos de las películas norteamericanas.

Sin embargo, su lectura emocionó a un anciano León Trotsky que anotó en uno de sus cuadernos del exilio: «He acabado de leer la autobiografía de Mamá Jones. Hace mucho tiempo que una lectura no me había interesado y emocionado tanto. ¡Un libro épico!»

¡Qué indefectible devoción hacia los trabajadores, y qué elemental desprecio hacia los traidores y arribistas que se encuentran entre los jefes obreros! (…) En su descripción de las luchas obreras, condensadas y desprovistas de toda pretensión literaria, Jones desvela paso a paso un espantoso cuadro de los desafueros del capitalismo americano y de su democracia. No se puede leer esta narración sin estremecerse y maldecir, en particular cuando se trata de las mutilaciones de los niños en las fábricas[49].

Descubrimos que «Mother» Jones es un caso fuera de serie, una mujer de la estirpe de Flora Tristán, Louise Michel, Teresa Claramunt, Eugenia Bosch, Bernardette Devlin, Domitila, etc. La pequeña y frágil figura de «Mother» Jones se engrandece hasta niveles increíbles por la enorme amplitud del campo de batalla por el que camina sin más armas que su integridad física y moral.

Mamá Jones recorre los EE.UU. de norte a sur y de este a oeste, donde le llama una lucha que muchas veces parece más bien una guerra civil. No la detiene la extrema violencia de los enfrentamientos provocados por la gente de orden, un escenario sobre el que nos puede dar una idea estas líneas con las que John Reed comienza su veraz reportaje sobre *La huelga de Paterson*:

Hay una guerra en Peterson, Nueva Jersey. Pero es un curioso tipo de guerra. Toda la violencia es obra de un bando: los dueños de las fábricas. Su servidumbre, la policía, golpea a hombres y mujeres que no ofrecen resistencia y atropella a multitudes respetuosas de la ley. Sus mercenarios a sueldo, los detectives armados, tirotean y matan a personas inocentes. Sus periódicos, el *Paterson Press* y el *Paterson Call*, incitan al crimen publicando incendiarias llamadas a la violencia masiva contra los líderes de la huelga. Su herramienta, el juez penal Carroll, impone penosas sentencias a los pacíficos obreros capturados por la red policíaca. Controlan de modo absoluto la policía, la prensa, los juzgados[50].

Las influencias morales e ideológicas de «Mother Jones» son muy

diversas, y es evidente que pesa cierto cristianismo irlandés. Pero su actitud no es la de una sentimental y su mentalidad no tenía nada de misionera, aunque como hija de Irlanda es cristiana, su cristianismo es un arma de liberación, se pone al servicio de la lucha social. Aunque ardía de amor y de sensibilidad, estos sentimientos no le llevaban a la pasividad; por el contrario, se convierten en elementos de denuncia. Consolaba no con las palabras, sino con los actos, no creaba entre sus «hijos» ninguna vana esperanza en un «más allá» de gloria eterna. Les decía que tenían que liberarse mediante la organización, la razón y la lucha. Aunque se puede decir que su comportamiento puede ser básicamente caracterizado como sindicalista revolucionario, pero poco importa dicha catalogación, lo que importa es que todos los que se identifican con la lucha de los trabajadores y de los oprimidos pueden encontrar en ella una «madre» extraordinaria, a la manera que apuntaba Máximo Gorky en su célebre novela que tanto entusiasmo ha causado en varias generaciones militantes.

Tenía cinco años cuando sus padres emigraron a los Estados Unidos como parte de los cuatro millones de irlandeses que lo hicieron en la década de 1830-1840. Su verdadero nombre era Mary Harris, pero adoptó el de Jones, apellido del hombre con el que se casó en 1861, un obrero fundidor que destacó como sindicalista. En 1867 se trasladó con su familia a Memphis, Tennesse, y al poco tiempo se declaró la «fiebre amarilla» que acabó con él y con los cuatro hijos del matrimonio. Tras enterrar a los suyos, Mary se marchó a Chicago donde montó un próspero taller de modista hasta que un incendio acabó con todo.

Esta mujer no se ahogó en ningún mar de lágrimas, sino que se convirtió en cierta medida en la «madre» de todos aquellos que sufrían las calamidades de un régimen social muy concreto: el capitalista, que en aquel entonces se imponía con todo su poderío en una gran nación y que empezaba a concentrarse en unos grandes monopolios, los Pullman (industria ferroviaria), los Westtinghouse (sector eléctrico) los McCormick (maquinaria agrícola), los Hearts (prensa), los Carnaggie (Steel Corporation), los Morgan (metalurgia), etc. Su poderío era tal que todas las instituciones se inclinan ante su paso y cuando alguien se resiste a su afán depredador, debe de ir contra una poderosa corriente. Utilizan entre otras

cosas la «libertad» de prensa y con ésta voluntad llega a una movilización «militante» impresionante, por ejemplo, se dice en sus periódicos que los obreros odian la jornada de ocho horas y que los que están en contra sólo son una minoría de vagabundos y revoltosos.

Con su sencillez demostraba a los trabajadores que era posible avanzar siempre que la conciencia se afirma a través de una poderosa voluntad. Nadie la conoció por lo que dijo, sino por lo que hizo; trabajó despreciando la fatiga, el peligro de cualquier actuación violenta, la prisión —con cuyas estancias conmovía a la opinión pública de izquierdas—, o la muerte. Los patronos tratan de denigrarla, de ponerle toda clase de barreras, de impedir su llegada a cualquier zona de conflicto y ella se desliza por medio de toda clase de mallas a través de la fuerza de su debilidad. Es difícil contener a una anciana que se parece a la abuela o a la madre de uno, que pretexta inocentemente cualquier ardid y que emerge entre la muchedumbre esgrimiendo la tremenda demagogia de los hechos, el certero puño de una verdad que condena a la miseria a hombres, mujeres y niños que trabajan hasta la extenuación para enriquecer a una minoría.

Con el tiempo, se convirtió en la «Mamma» de los explotados y oprimidos desde que inició su larga marcha de militante en los rangos de los «Caballeros del Trabajo». Pronto su nombre comenzó a ser leyenda, en particular en medio de la batalla por las ocho horas, que ella misma describe así:

«De toda la agitación obrera surgieron campañas para obtener las ocho horas. Los sindicatos de los Caballeros del Trabajo la sostenían. Con esta organización colaboraron muchos elementos extranjeros, entre ellos varios anarquistas. A partir de ese momento los patronos de Chicago y la gente en general comenzaron a ver por todas partes el fantasma de la anarquía. Las pasiones se encendieron. La ciudad se dividió en dos campos: de un lado los obreros oprimidos, hambrientos, sin trabajo y por otro los patronos al abrigo del hambre y del frío, protegidos por la Policía, por la prensa y por todas las fuerzas del Estado soberano».

En 1895, cuando tres sindicalistas, Putham (ferroviario), Palmer (empleado de correos) y Wayland, publicaron el periódico *La llamada de la razón*, Mary se encargó de su difusión recorriendo para ello numerosas

poblaciones y pronto consiguió una amplia implantación. En sus recorridos llevaba siempre consigo carnés del sindicato. Recorrió el país de extremo a extremo. En no pocas ocasiones lo hizo a pie y siempre tuvo que superar los numerosos obstáculos que le ponían las fuerzas del orden. Conoció como poca gente las cárceles. Descansaba y pernoctaba en casa de los obreros y hablaba en las fábricas, en el campo, en los ayuntamientos, allí donde le era posible. Sus concentraciones concluían en ocasiones a golpes o a tiros. En una ocasión, Mary evitó el desencadenamiento de una masacre poniendo su dedo en el cañón de la escopeta de un guardia.

En otra, respondió a un juez que le preguntó en nombre de quien hablaba, respondió:

«Me han autorizado Thomas Jefferson, John Adams, Abraham Lincoln y Patrick Henry».

Su vida es la historia de una plena dedicación a la causa obrera. Cuando un diputado (el mismísimo Woodrow Wilson) le interrogó sobre donde habitaba, Mary contestó: «Habito en los Estados Unidos, pero exactamente no sé dónde. Vivo en todas partes donde se lucha contra la opresión, por la justicia y el derecho; a veces en Washington, otras en Arizona. Texas, Minnesota o Colorado. Mi casa está en la suela de mis zapatos y la llevo siempre conmigo».

En 1903 las suelas de sus zapatos se encontraban en Kesigton, Pennsylvania, donde en las fábricas de hilados trabajaban 75.000 obreros y entre ellos, 10.000 niños de 9 y 10 años. Todos los días acudían al sindicato niños lesionados, amputados de una mano o de algún dedo. La miseria obligaba a los padres a falsificar el acta de nacimiento de sus hijos. Mary descubrió todo esto participando en otra lucha y comenzó a remover cielo y tierra y armó un tremendo escándalo a pesar del boicot deliberado de la prensa. Con los niños detrás fue de ciudad en ciudad hasta llegar a Nueva York, donde el alcalde se negó a recibirlos. Pero sus «columnas» de niños eran imparables y las autoridades se vieron obligadas a arbitrar medidas protectoras.

Esta mujer que ya tenía los cabellos emblanquecidos por el esfuerzo y la pena, conoció las cárceles del país de la «libertad» mejor que cualquier clase delincuente, incluidos los que ocultan con sus pequeñas fechorías una

justicia que protege las grandes. Pero al mismo tiempo, forzaba el respeto de sus adversarios, que preferían a los héroes y los santos para colocarlos en las estatuas y homenajearlos una vez muertos. Se imponía solamente por la fuerza tranquila (nunca mejor dicha la expresión) de su convicción moral y militante. Convencía con su coraje, pero también con su verbo simple, concreto, ceñido a objetivos muy moderados: *more pay and less hours* (mejores salarios y menos horas de trabajo).

Detrás de este pequeño programa había un aliento de gran alcance: la organización, la movilización y la independencia de la clase obrera. Empleaba con toda naturalidad y sinceridad los conceptos de la democracia norteamericana y del cristianismo y se los tomaba al pie de la letra. Conceptos como amar al prójimo, el derecho a la felicidad, a la rebelión, etc., que se encontraban en la Biblia y en la Constitución de su país adoptivo, cobraban una dimensión muy diferente a la dominante entre los diversos fariseos al servicio de los *trusts*. Cuando los evocaba en virtud de los hechos que conocía, avergonzaba a todos aquellos que los violaban y no sabían qué responderle. Su único argumento entonces era el de siempre: la fuerza, el monopolio estatal y burgués de la violencia legal. Sheriffs, gobernadores, senadores, clérigos, temblaban delante de ella y trataban de esquivar su mirada.

Tal como ya hemos indicado, Mary no tuvo ninguna preocupación doctrinal ni teórica, como tampoco tuvo ninguna inclinación feminista. Desconfiaba del sectarismo de cualquier signo que pudiera dividir a los trabajadores, y aunque siempre actuó como una mujer no pensó como tal, incluso creía que el lugar de ésta no estaba en la empresa sino educando a sus hijos y cuidando del hogar doméstico. Su grandeza radica en primer lugar en su colosal capacidad de lucha y en segundo lugar, en su inteligencia táctica. Su programa era muy sencillo (el habitual programa mínimo), pero no lo empleaba como un fin sino como un medio para movilizar y organizar a los trabajadores para una futura revolución social.

Según el gran Eugene V. Debs fue la personificación de la revolución norteamericana. Actuó sin prejuicio al lado de marxistas y anarquistas y trabajó con todos los sindicatos, aunque su manera de hacer coincidía sobre todo con los «wobblies». Amiga de las minorías raciales e internacionalista

activa, Mother Jones estuvo al lado de la revolución mexicana y fue una buena amiga de Ricardo Flores Magón.

Todo esto lo cuenta Mamma Jones en su modesto pero vibrante libro de memorias que fue escrito cuando Mary Jones era lo que se llama una anciana, pero se encontraba muy lejos de la jubilación militante. Se trata de un breve —demasiado, a nuestro juicio— libro de historia de los trabajadores y en el que la lucha de clases se manifiesta de forma impecable, y en el que la realidad de un país de capitalismo floreciente no se expresa por esas estampitas coloreadas con que nos la presentan sus servidores. Su filosofía es la de muchos socialistas primitivos, pero en este caso su pensamiento queda superado por el compacto y el elevado nivel de su acción. Son muchos los que se han elevado por encima de ella en el campo del intelecto, pero son muy pocos los que han llegado a enriquecer con tanto brío lo que pensaba su cabeza con el corazón y las manos.

«Mother Jones» fue primordialmente una sindicalista revolucionaria. Se había educado como una adversaria radical de la política de concertación y de negocios de la Federación Americana del Trabajo, que dirigía el negociador Samuel Gompers, opuso a este sindicalismo un internacionalismo y un antirracismo vivo y ardiente que sé tradujo con acciones solidarias con revoluciones como la mexicana y la rusa, y con luchas en las que los chicanos y los negros fueron los principales destinatarios.

Su posición ante la corrupción de ciertos sindicalistas fue rotunda. Famoso fue su enfrentamiento con John Mitchell, al que Mary había ayudado a organizar los mineros de la antracita de Pennsylvania. Se había entregado con su habitual devoción a la empresa: había dirigido las milicias de mujeres que, a la manera como se representa en la película *La sal de la tierra*, se armaron con escobones y se trasladaban de una localidad a otra para impedir la actividad de los esquiroles. John Mitchell estuvo entonces en primera línea, pero después dio un *voltaface* y, aunque era uno de los jefes de la Federación, ella la denunció vivamente. Lo acusó de haber aceptado el arbitraje del presidente «Teddy» Roosevelt y de haber caído en la colaboración de clases.

No obstante, a pesar de esta denuncia, no dudó en apoyar la unidad de

las dos federaciones mineras existentes, por que creía que los trabajadores eran capaces de dar la espalda a burócratas como Mitchell y acercarse a revolucionarios como William Haywood. También fue una entusiasta defensora de la revolución rusa tal como ella la contempló en sus inicios. Ya los 93 años se adhirió al «partido obrero y granjero», de Suzanne la Follette. Convertida en leyenda, los trabajadores que asistieron a su entierro cantaron en su honor una balada dedicada a su nombre que alcanzaría celebridad. Ulteriormente, sus memorias han servido de base para una obra de teatro, para una importante revista de izquierdas y para un serial televisivo que aquí no hemos tenido ocasión de disfrutar.

Aunque «Mother» Jones se comportó siempre como una mujer, nunca la hizo como una feminista. Quizá fuera éste el punto más débil de su trayectoria, y esto tiene una explicación. Su empirismo le llevó a menos preciar a aquellas «damas» de la burguesía o de la clase media que se preocupaban del sufragio femenino y se mostraban indiferentes a la condición obrera ya las injusticias sociales. Al tiempo que llama a las mujeres obreras a la militancia, sobre todo secundando la acción de sus maridos en lucha, piensa que ésta debe de ser una actuación excepcional, ya que el «auténtico» destino de la mujer es estar en la casa y preocuparse de la educación de sus hijos. Cuando clama ante las condiciones de trabajo de las mujeres en las fábricas, convertidas en verdaderas bestias de carga, viene a decir el lugar «natural» de su sexo. Esta grave deficiencia no era particular de Mamá Jones, sino que resultaba predominante dentro de todas las tendencias del movimiento obrero y sólo era contestada por algunas personalidades femeninas; tampoco resultan de recibo sus comentarios sobre los «indios salvajes», fruto de una oscura ignorancia muy compartida entre las almas más libres como las de Walt Whitman o Jack London. Esto debe de ser algo a explicar de cara a las compañeras y compañeros que lean su vida.

Dejando aparte estos aspectos, se puede decir que se trata de un libro que —insistimos— deberían de leer con devoción los jóvenes militantes, sobre todo aquellas y aquellos que saben la que es la esclavitud asalariada y la lucha social. No deberán de buscar en él ninguna clase de floritura literaria ni un análisis exhaustivo de una realidad mucho más compleja. Sí

encontraran algo no menos difícil que la buena literatura: autenticidad. No hay una sola línea de este libro que no haya sido vivida y sentida por su autora. No existen tampoco muchos ejemplos en la literatura de su tiempo que se le pueda comparar y cuya validez como testimonio sea tan elevada, ciertamente a la altura de las grandes aportaciones del socialismo norteamericano, a la par de *La Jungla*, de Upton Sinclair, *El talón de hierro*, de Jack London, o el ya citado de John Reed. De ahí que su nombre haya seguido siendo ampliamente utilizado a través del tiempo por toda clase de publicaciones. No en vano esta mujer, que en palabras de Eugene V. Debs «personificó la revolución» norteamericana y el socialismo concreto, es un ejemplo que merece ser conocido y divulgado.

Que yo sepa, estas memorias no se han vuelto a editar. Lástima porque se trata de una verdadera «clásica» del socialismo que fue también una mujer fuera de lo común, un personaje reconocido por toda la izquierda norteamericana cuya grandeza habría que rescatar del olvido al que ha sido sometida, al menos por estos lares.

Emma Goldman:
la mujer más peligrosa del mundo

La historia nos muestra que toda clase oprimida ha conseguido la verdadera liberación frente a sus amos gracias a sus propios esfuerzos. Es necesario que la mujer aprenda esta lección y que se dé cuenta de que su libertad llegará tan lejos como llegue su fuerza de conseguir.

(Emma Goldman)

CUANDO Emma Goldman, que había sido llamada por la prensa norteamericana «la mujer más peligrosa del mundo», murió oscuramente en un lugar de Canadá, un periodista llamado William Marion Reedy escribió que aquella pequeña pero formidable judía había estado «ocho mil años adelantada a de su época». Sin duda, hay que considerar ésta como una opinión bastante exaltada, pero no sería injusto decir que estuvo (en muchos aspectos) muy por delante de su tiempo. Esta brillante discípula de Bakunin y de Nietzsche, no destacó siempre a igual altura, pero durante unos años llegó a convertirse en una auténtica pesadilla para el orden establecido norteamericano y en el terreno de la liberación de la mujer su voz resulta plenamente actual.

En su larga trayectoria vital, Emma recorre distintos momentos de la historia moderna; momentos que para esquematizar podemos dividir en dos partes y cuyo punto de separación tendría que ser la Primera Guerra Mundial. Durante la etapa de preguerra, Emma fue una de las cabezas más visibles del radicalismo norteamericano, portavoz y símbolo de innumerables luchas desarrolladas contra los abusos y arbitrariedades del Estado liberal más represivo de su tiempo y sus posiciones anarcoindividualistas se confunden a veces con las de la izquierda radical liberal o socialista. Posteriormente, su actuación al frente de la Liga Antiguerra sobrepasó los límites de libertad que podía conceder un Estado agresivo dispuesto a no perder la posibilidad abierta con la Gran Guerra de convertirse en una especie de tutor dominante del imperialismo británico todavía primer eslabón de la cadena imperialista. Desde entonces ya nada fue igual. Ningún gobierno, ningún otro Estado permitiría nunca más los márgenes de libertad que Emma había conocido en la preguerra; el mundo había cambiado de base y el liberalismo de la época del capitalismo concurrencial entró en el Museo de la Historia. Su vida y su época, concluyen abruptamente con la derrota de la República española atenazada entre el fascismo, el estalinismo y el liberalismo decadente, y el significado de todos estos fenómenos político-sociales la sobrepasaron. Ni siquiera consiguió sentirse de acuerdo con los dirigentes anarcosindicalistas españoles.

Esta «anarquista de ambos mundos», como la ha llamado José Peirats, nunca fue una militante organizada aunque tuvo parcialmente el mérito de sacar el anarquismo estadounidense del pantano individualista, germanista y terrorista en que lo había encerrado la poderosa personalidad de Johann Most[51]. Tampoco fue una pensadora original. Su pensamiento es una peculiar síntesis de diversas escuelas anarquistas junto con unas buenas dosis de Nietszche y en sus reflexiones no trata de penetrar en los vericuetos de las contradicciones sociales. Sin embargo, sí fue una activista en el sentido más pleno de la palabra y en sus escritos se hizo eco de algunas de las concepciones más osadas y avanzadas de su época y les dio una proyección militante. A pesar de su individualismo tuvo la capacidad de identificarse con todas las causas —incluso las que causaban pavor entre

sus compañeros—, y no tuvo miedo en nadar contra la corriente. Sólo que las olas que encontró desde que salió de Norteamérica eran más altas y más complejas que las que había combatido hasta entonces.

La rebeldía de Emma Goldman se gestó originalmente en la Rusia zarista donde había nacido el año 1869. En sus *Memorias*[52] recuerda a su padre, un trabajador que vivía en el ghetto judío, como «la pesadilla de mi infancia». Su madre, continuamente brutalizada por su marido —lo que era perfectamente legal en la legislación zarista—, tenía totalmente asumido el papel de mujer sumisa y atada a las tradiciones y costumbres, como lo demuestra el hecho de que cuando Emma empezó a menstruar a los once años, le dio una sonora bofetada y un rudo consejo: «Es lo que necesita una joven cuando se convierte en mujer, como protección contra la desgracia».

El padre se quejaba constantemente de que Emma no hubiera sido el niño que él esperaba y preparaba para ella un destino idéntico al que conocía su madre. No tenía por qué saber nada: «Las jóvenes no tienen por qué saber demasiado, le gritó en una ocasión, sólo deben saber preparar un buen plato de pescado, cortar bien los tallarines, y dar al hombre muchos hijos».

Desde luego, esto no era precisamente lo que soñaba Emma que era una niña muy imaginativa. Desde muy temprana edad se planteó dedicarse a la medicina, pero no tardó en comprobar que esto era prácticamente imposible. Su paso por la escuela primaria resultó brillante por su inteligencia natural, pero fue también tan conflictiva que vio denegado su permiso para acceder a la enseñanza secundaria. Tenía trece años cuando su familia se trasladó a San Petersburgo que era entonces el centro industrial e intelectual de todas las Rusias. Inmediatamente comenzó a ganarse la vida trabajando como obrera y al poco tiempo tuvo relaciones con miembros del movimiento nihilista que conocía por aquella época su apogeo, destacando en su interior una impresionante hornada de mujeres antizaristas como Vera Figner, Vera Sazsulith, Praskovia Ivanóvskaya, OIga Liubatóvicht y Elizabeth Noválskaya.[53] No obstante, debido a su extrema juventud, su intervención en el movimiento oposicionista fue ínfima, aunque estas relaciones tensaron su vocación de rebelde.

En 1884, su padre arregló a muy «buen precio» su boda y creyó con ello

poder domesticar al fin a su indómita hija, pero no fue así, Emma no consintió y amenazó con lanzarse al helado Volga sí la obligaban y en un momento determinado se puso de pie en el borde de uno de sus puentes. Su padre tuvo entonces que ceder, pero las tensiones con él fueron agravándose hasta que un año después Emma pudo huir a América, la «tierra prometida» para tantos rusos y sé estableció en Rochester junto con su hermana mayor. Ésta vivía en unas condiciones terribles y durante un tiempo Emma se vio sola y derrotada. Encontró trabajo en una fábrica y al poco tiempo después cometió la flaqueza de casarse con Jacob Kershher, un compañero suyo de trabajo, amable y cariñoso, pero a la postre un marido convencional que acabó haciéndosele insoportable.

Fue durante este tiempo de recién casada cuando Emma comenzó a frecuentar indistintamente los medios anarquistas y marxistas, pero tras un breve espacio de tiempo de indecisión tomó partido por los primeros fuertemente influenciada por el caso de los «mártires de Chicago»[54]. Desde entonces siguió el proceso en todos sus detalles, hizo campaña a favor de los inculpados y leyó todo lo que sobre la anarquía le cayó entre las manos. Cuando los acusados fueron condenados a muerte, Emma dice que se sintió como si naciera de nuevo: había que cambiarlo todo. Se juramentó dedicar desde aquel momento a la actividad revolucionaria y lo primero que hizo fue divorciarse de su primer marido.

En Nueva York conoció a Johann Most, un exmarxista alemán que había sido expulsado del Partido Socialdemócrata alemán por su «extremismo» y que se había convertido en el anarquista más afín con la teoría de la «propaganda por el hecho» o sea de la acción terrorista contra la injusticia y sus representantes llegando a escribir un tratado sobre diversas maneras de emplear esta clase de violencia minoritaria. Su personalidad atrajo fuertemente a Emma durante cierto tiempo y pasó a ser además de su discípula, su amante. Esto no duró mucho y Emma empezó a cuestionar ambos roles. Los métodos dominantes de Johann la rebelaron y su actuación le pareció sectaria ya que se restringía a los medios germanos y carecía de perspectiva de futuro ya que no iba en función de las exigencias de las luchas de masas. Emma no estaba persuadida de la bondad de un movimiento organizado (aunque cooperó con entusiasmo al lado de los

sindicalistas revolucionarios), pero pensaba que la violencia podía aparecer como gratuita y no como una acción justiciera clara, al servicio de los trabajadores. La ruptura entre Johann y Emma fue al mismo tiempo una crisis de un sector importante del anarquismo norteamericano y la parte que siguió el ejemplo de ella se abrió al movimiento real y rehuyó el ghetto de los diversos sectores de inmigrantes.

El lugar que había dejado vacío Johann no tardó en ser ocupado y esta vez por dos hombres a la vez. Se trataba de Alexander Berkman, que desde entonces pasó a ser su compañero casi inseparable, y un pintor también de origen ruso como Berkman y con los que estableció un menage a trois que transcurrió sin incidentes internos dignos de mención, pero que al puritanismo norteamericano le pareció el colmo de la perversidad.

Todo terminó sin embargo cuando Alexander, profundamente indignado por la masacre que la patronal había ocasionado entre los obreros con motivo de la huelga de Hamestead Steel, decidió ejecutar por su propia cuenta a Henry Clay Frick, un «tiburón de la industria» y responsable de la actuación de los pistoleros de la Pirkenton que habían disparado. El asunto no era fácil, con muchas dificultades consiguieron dinero para viajar a Pensylvania, el lugar de los hechos, pero carecían de armas. Siempre al lado de Alexander, Emma llegó hasta el punto de intentar (sin éxito) ejercer la prostitución para conseguir el dinero, para comprarlas. Cuando lo consiguieron, el 12 de julio de 1892, Alexander se trasladó a Pittsburg y cumplió parcialmente su propósito ya que el gran magnate sólo resultó herido y no tardó en recuperarse. La naturaleza de clase de la justicia norteamericana se puso de manifiesto cuando el atentado de Berkman que no daba judicialmente para más de siete años por «homicidio frustrado» es condenado a veintidós años de cárcel mientras que Henry Clay Frick, responsable del asesinato de diez obreros no tuvo ni que pasar por la comisaría.

Después de este acontecimiento Emma consiguió la celebridad como incendiaria y roja. Protagonista de una gran campaña en defensa de su compañero y amante, demostró ser una soberbia oradora con una gran fuerza y convicción, aunque a pesar de todo no pudo evitar la suerte de Berkman que descendió literalmente a los infiernos del sistema

penitenciario yanqui. Del «caso Berkman» Emma pasó a defender otras causas de la libertad y del movimiento obrero, ocasionando cada vez mayor escándalo y miedo entre los bien pensantes. El colmo de su actuación, que asombró a propios y extraños, tuvo lugar cuando asumió la defensa de León Czolgosz, un obrero de origen polaco que había causado la muerte del presidente McKinley en un atentado con una bomba. La prensa desarrollará entonces una gran campaña presentándola como la instigadora del crimen, aunque en realidad no había tenido nada que ver con éste[55]. Ciertamente, Emma estaba muy lejos de aprobar la actuación de Czolgosz, pero estaba convencida que éste había actuado por indignación justiciera.

Por otro lado, ¿qué era un atentado individual? Poco, si se le comparaba con la represión y la muerte de decenas de sindicalistas y trabajadores. Así, si Czolgosz era culpable, ¿qué no sería el primer representante de la patronal? En otra ocasión, cuando en plena guerra mundial, cuando un policía le habló de un atentado terrorista le respondió que en comparación con el terrorismo que se estaba desarrollando en Europa, aquel atentado «era pura bagatela». En este punto la posición de Emma estuvo lejos de alcanzar el rigor y el repudio que tuvo en otros anarquistas conocidos y sobre todo en los marxistas.

Con actuaciones como ésta no tardó en hacerse sumamente impopular para los poderes públicos. La policía la vigilaba constantemente, obstaculizaba siempre que podía sus actividades, y la detuvo en tantísimas ocasiones que siempre llevaba consigo un libro para no perder demasiado el tiempo en prisión. La prensa sensacionalista la atacó continuamente. Se la culpó de ser la instigadora de numerosas luchas obreras promovidas, a veces espontáneamente y, a veces, por los «wobbies» (militantes del IWW), de conspirar para derrocar el gobierno constitucional, de revelar información sobre el control de la natalidad… de antipatriota y, por supuesto, de prostituta. Al margen de diversas detenciones menores, purgó durante dos años en una prisión federal donde en poco tiempo se situó a la cabeza de la lucha por la dignidad humana. Por ello desafió duramente a celadoras, policías, autoridades y tenebrosas celdas de castigo. Su actuación se dejó sentir y logró modificar bastantes cosas, y sobre todo ganó para esta causa a otra reclusa, Kate O’Hara, que con el tiempo se haría famosa

cuando tras salir de libertad se trasladó a California e inició desde allí una campaña de protesta contra los métodos carcelarios imperantes y con el tiempo llegó a ser directora de penales llevando a cabo notables reformas en el sistema.

En la cuestión del feminismo se puede decir, con palabras de Nietszche, que la Goldman fue una mujer contra su tiempo: el carácter vanguardista de sus concepciones llegó a soliviantar al mismísimo Kropotkin, el «príncipe anarquista» que la consideró excesivamente avanzadas. Fue llamada no sin motivo, la «Reina de los anarquistas» y simbolizó durante su época las posiciones de autonomía femenina, de amor libre, de una total falta de prejuicios… Emma llegó hasta asumir la defensa de los homosexuales, algo que casi ningún revolucionario notorio de su tiempo se atrevió a hacer.

En su formación revolucionaria, Emma fue antes feminista radical que anarquista. Como dice muy bien Alix Shulman, Emma: «Utilizó la doctrina anarquista para explicar la opresión que padecían las mujeres, pues sabía muy bien que la raíz de semejante opresión era más profunda que las instituciones. Cuando su anarquismo entraba en conflicto con su feminismo, reaccionaba siempre como feminista. A semejanza de muchas mujeres de la izquierda actual, se rebeló cuando los hombres radicales le menospreciaban por el sólo hecho de ser mujer…»[56]

El ideario personal de Emma era bastante distinto del de las corrientes feministas entonces predominantes, entre las cuales el anarquismo no se contaba. No podía estar de acuerdo de ninguna manera, con las sufragistas, ni en los medios ni en los fines; Emma no consideraba el sufragio una conquista importante y menos para formar parte de una democracia burguesa. Estaba un poco más de acuerdo con las socialistas que ponían un notable énfasis en la emancipación económica de la mujer, pero consideraba los partidos como una cadena y desconfiaba de cualquier programa político. Para Emma era mucho más importante el factor ideológico y creía que el centro del problema radicaba en el machismo, en el hecho de que los hombres eran «tiranos inconscientes» y la sumisión actuaba sobre las mujeres como un «tirano interno».

La mujer estaba educada para ejercer como tal («Casi desde la infancia, escribió, las jóvenes aprenden que el más alto objetivo en la vida es el

matrimonio»), eran incapacitadas para el goce sexual, por lo cual «la vida de estas muchachas se destruye por la frustración». En el momento en que la mujer contempla la sexualidad de igual a igual que el hombre, sistemáticamente es tratada como alguien monstruoso o enfermizo. Hasta los hombres más avanzados se sienten incómodos ante mujeres así y actúan sin excepción en plan dominante. Por eso, Emma tiene claro que la emancipación de la mujer será obra de la mujer misma: «El desarrollo (de la mujer), su libertad, su independencia, deben de surgir de ella misma, y es ella quien deberá llevarlos a cabo. Primero, afirmándose como personalidad y no como mercancía sexual. Segundo, rechazando el derecho de cualquiera que pretenda ejercer sobre su cuerpo; negándose a engendrar hijos, a menos que sea ella quien los desee; negándose a ser la sierva de Dios, del Estado, de la sociedad, de la familia, etc., haciendo que su vida sea más simple, pero también más profunda y más rica. Es decir, tratando de aprender el sentido y la sustancia de la vida en todos sus complejos aspectos, liberándose del temor a la opinión ya la condena pública. Sólo eso, y no el voto, hará a la mujer libre»[57].

Sin embargo, aunque en lo fundamental, será difícil encontrar hoy alguna feminista que no esté de acuerdo con lo que aquí se dice, en el último aspecto la posición de Emma careció de cualquier proyección al margen de las huestes ácratas, entre las cuales destacó también otra gran personalidad femenina llamada Voltairine de Cleyre[58]. La mayoría del feminismo militante nunca subestimó la importancia de la lucha por un derecho que le permitió conocer, como diría Emmeline Pankhurst, «la alegría de la lucha», y sentar las bases de movimientos ulteriores. La mujer no habría llegado a hacer las conquistas que ha hecho sin el sufragismo y sin la labor de las socialistas en los partidos y sindicatos obreros. El punto más débil de Emma fue su vanguardismo que sólo conectó con las masas precisamente en aquellos momentos en que las luchas concretas cobraban alas a partir de una pequeña reivindicación…

Fueron muy pocas las mujeres de su época las que llegaron a repudiar el puritanismo como ella. Emma estaba convencida de que el sexo era «tan vital como la comida y el aire», y subrayó la contradicción que existía en el hecho de que las mujeres fueran obligadas por una parte a ser asexuadas y

por otra, a vender su cuerpo a través del matrimonio o la prostitución pública. Llegó a estas conclusiones no a través de una sistematización teórica —aunque fue muy influida por Havelock Ellis y por Margaret Sangers—, sino a través de una ardua experiencia conseguida cuando trabajó en diferentes ocasiones como obrera y, sobre todo, cuando ejerció durante algún tiempo como asistente sanitaria. En su inquieta vida, también trató en múltiples ocasiones con «mujeres de vida fácil» en las que encontró no pocas amigas que la apoyaron y la escondieron en momentos verdaderamente difíciles cuando huía de la policía o de los pistoleros de la patronal preocupados por sus denuncias de las injusticias laborales o de otros problemas. Emma llegó a ver en estas mujeres una paradójica síntesis del problema femenino:

No existe un sólo lugar donde la mujer sea tratada sobre la base de su capacidad de trabajo, sino a su sexo. Por tanto, es casi inevitable que deba pagar con favores sexuales su derecho a existir, a conservar una posición en cualquier aspecto. En consecuencia, es sólo una cuestión de grado el que se venda a un sólo hombre, dentro o fuera del matrimonio o a muchos. Aunque nuestros reformadores no quieran admitirlo, la inferioridad económica y social de las mujeres es la responsable de la prostitución[59].

Con opiniones como ésta, no era de extrañar que Emma pareciera una auténtica bestia negra a unas autoridades puritanas e hipócritas. Un periodista diría que «fue enviada a prisión por sostener que las mujeres no siempre deben mantener la boca cerrada y su útero abierto». El caso es que en cada conferencia o mitin que daba sobre la cuestión de la mujer, las autoridades dudaban si encerrarla ya antes y si no lo hacían es porque temían que podía ser peor por la campaña que se desataría en su defensa. Mientras que llamó a las mujeres a no tener como objetivo el matrimonio y a conseguir mejoras en las fábricas, o su propia determinación, la cosa no pasó de unos días entre rejas, pero cuando el 23 de marzo de 1915, delante de una amplia audiencia en el «Sunrise Club» de Nueva York, explicó quizá por primera vez en la historia, cómo tenían que ser utilizados los anticonceptivos, la paciencia policíaca alcanzó un techo.

Fue entonces arrestada *ipso facto* y llevada a un juicio que se convirtió en un acto espectacular durante el cual —no sin una contradicción por su

parte— aprovechó magistralmente las tradiciones democráticas revolucionarias de los «padres de la patria» norteamericana para denunciar un poder que traicionaba sus propios Dioses democráticos cuando les convenía. Gracias a su brillante autodefensa el juez le dio a elegir entre pasar quince días en un taller penitenciario o pagar una multa de quince dólares. Como la ayuda en estos casos siempre era generosa, Emma optó por lo segundo.

En Nueva York, Emma vivía habitualmente en el bohemio «Greenwich Village», tal como la muestra la famosa película de Warren Beatty, Reds[60]. Puede decirse que en la atmósfera de este barrio se hallaba como un pez en el agua, y volvía a él siempre después de una campaña política. Allí se encontraban amalgamadas las vanguardias estéticas, morales y políticas, y Emma representaba junto con Berkman y el italonorteamericano Carlos Tresca, el sector ácrata. El barrio era en ocasiones la caja de resonancia de las campañas políticas de los radicales como en la que, bajo la inspiración de John Reed y con el apoyo del dirigente de los IWW, Dan Heywood, montaron una impresionante obra teatral en la calle que representaba la terrible huelga de Patterson. Económicamente la obra fue un fracaso, pero emocionalmente conmovió los cimientos del lugar.

Cuando estalló la Gran Guerra en agosto de 1914, Emma empezó a trabajar con todas sus fuerzas contra la intervención norteamericana en el conflicto y fundó junto con Reed, Berkman, Tresca y otros amigos la Liga Antialistamiento que llegó a ser el centro neurálgico de toda la agitación pacifista y antipatriotera. No pasó mucho sin que fuera de nuevo detenida y juzgada al tiempo que las revistas que dirigía con Berkman fueron cerradas e invadidas por la policía. Situada delante de los jueces no tuvo inconveniente en declarar: «Ninguna guerra se justifica si no es con el propósito de derrocar el sistema capitalista y establecer el control industrial de la clase trabajadora»[61].

Por esta razón, insistió en otra intervención, habían sido consecuentes haciendo propaganda antimilitarista desde el inicio de sus vidas militantes, aunque, al contrario que el gobierno, la Liga que representaban jamás había hecho nada contra la conciencia de nadie, sólo desertaban los que no querían participar en una carnicería motivada por intereses financieros. Esta

vez, a pesar de todo el genio polémico de Emma, el veredicto del tribunal fue más allá de la multa o la cárcel, y siguiendo los dictados del gobierno de Wilson fueron obligados al destierro fuera del país. Para Emma aquello era pura y simplemente un robo de su ciudadanía, pero significaba más; era el fin de un período de una mayor flexibilidad democrática. Cuando se enteró de la noticia un fiscal de Washington pudo comentar con ironía: «Con la prohibición que se avecina y Emma Goldman que se va, este país será muy monótono».

El nuevo país al que iban a encaminarse había sido el suyo de la infancia y ahora se encontraba bajo el signo de una revolución que les llenaba de esperanzas. Seis días antes de la Navidad de 1919 salían hacia su nuevo destino en el «Buford», un desvencijado navío militar. Emma y Alexander no compartían el estrecho criterio de muchos anarquistas que reducían la revolución de Octubre a un golpe de Estado dado por la izquierda. Para ellos, Octubre había sido la culminación de la revolución rusa y miraban a los bolcheviques con ojos de buenos amigos y estaban en buena medida convencidos de que éstos se habían apropiado de ciertas premisas libertarias para proclamar que todo el poder debía de ser para los soviets, o sea para los consejos obreros de obreros, campesinos y soldados.

Durante los primeros tiempos, que coincidieron con una indescriptible guerra civil que destruiría radicalmente las bases materiales de la revolución, ambos trabajaron junto con los bolcheviques que se habían convertido en un Ejército Rojo disciplinado para vencer. Durante este tiempo polemizaron con los anarquistas que se negaban a colaborar y se establecieron un poco como un puente entre ellos y el poder revolucionario. Esta actitud, fundamentalmente positiva, comenzó a cambiar al final de la guerra cuando los bolcheviques fueron prohibiendo las diferentes tendencias socialistas disconformes con su programa y sus métodos y fueron enfrentándose a las revueltas campesinas y obreras con las armas. «El punto definitivo de su ruptura ocurrió en medio de los acontecimientos de Kronstadt en marzo de 1921, en los que un grupo insurreccionado levantó la bandera de una tercera revolución y los bolcheviques los reprimieron por medio de la fuerza»[62].

Entre enero de 1920 y marzo de 1921, Emma y Berkman trataron de

mediar contra las actuaciones represivas de la Cheka, constituida según expresión de su máximo jefe Félix Dzherjinski, por santos y canallas. Se entrevistaron sucesivamente con Lenin y Trotsky que prometieron revisar algunos casos; con Máximo Gorky al que encontraron apesadumbrado por su mala conciencia —se había opuesto inicialmente a la revolución— y por el terrible analfabetismo del pueblo incapaz de asumir las responsabilidades del poder con sus propias manos; con Alejandra Kollöntai que les argumentó que en toda gran obra tenían que existir pequeños errores; con los delegados de origen libertario del II Congreso de la Internacional Comunista como Víctor Serge, Alfred Rosmer, Joaquín Maurín, etc., pero todo fue prácticamente inútil. El caso de Maknó se sumó al de Kronstadt y la ruptura fue tan radical que los dos se convirtieron en la principal fuente de las acusaciones anarquistas contra el comunismo ruso.

En contra de los bolcheviques, Emma vuelve su mirada hacia Kropotkin al que había conocido antes en un Congreso anarquista. El «príncipe anarquista» que durante la Gran Guerra y en la primera etapa de la revolución rusa había indignado a Emma por su actuación pro-Entente y de apoyo al Gobierno provisional —Kerensky quiso hacerlo ministro—, se encontraba ya agonizante y soñaba con una nueva Rusia estructurada por comunas que organizarían la pequeña industria artesanal, industrial y campesina que se federarían entre sí… Durante cierto tiempo y por miedo de hacerle el juego al imperialismo que tenía cercado el «país de los soviets», ninguno de los dos escribió nada para el gran público, pero en 1922 decidieron hacerlo. En uno de sus trabajos, Emma escribe: «Quizá la revolución de Rusia nació ya sentenciada. Llegando arrastrada por los cuatro años de guerra, que habían aniquilado sus mejores valores y devastado sus mejores y más ricas comarcas, es posible que la revolución no hubiese tenido suficientes fuerzas para resistir los locos arrebatos del resto del mundo. Los bolcheviques afirman que fue culpa del pueblo ruso que no tuvo suficiente perseverancia para resistir el lento y doloroso proceso de cambio operado por la revolución. Yo no creo eso y aceptando que esto fuese cierto, yo insisto, sin embargo en que no fueron tanto los ataques del exterior como los insensatos y crueles métodos que en el interior estrangularon la revolución y la convirtieron en un yugo odioso

puesto sobre el cuello del pueblo ruso. La política marxista de los bolcheviques, alabada en un principio como indispensable a la revolución para ser abandonada después de haber introducido el descontento, el antagonismo y la miseria, fueron los verdaderos factores que destruyeron el gran movimiento e hicieron perder la fe del pueblo»[63].

Su profunda aversión al bolchevismo llevó a Emma a no distinguir en su interior el más mínimo matiz. De esta manera, cuando tenían lugar los llamados «procesos de Moscú», no dudó en escribir un panfleto contra Trotsky que tenían un título bastante explícito: Trotsky habla demasiado. Para ella, éste no había hecho otra cosa que preparar el camino de Stalin y calificó —junto con la CNT— a los «procesos» como un mero ajuste de cuentas entre «autoritarios». Durante la guerra civil española llegó a hablar de «contrarrevolución marxista» para definir la política estalinista, y solamente cuando la represión se abatió contra el POUM trató (paradójicamente) a Andreu Nin y a sus compañeros de «verdaderos bolcheviques».

El nuevo exilio de Emma Goldman estuvo lejos de ser dorado.

No pudo volver a los Estados Unidos hasta después de muerta y las cancillerías europeas, temerosas de su fama de agitadora, le negaban sistemáticamente un visado. No obstante, aún pudo palpar por última vez la miel de la fama y de la simpatía de las masas cuando un mitin suyo en Canadá congregó a veinticinco mil personas. Después de muchas tentativas consiguió un albergue en Inglaterra gracias a los esfuerzos de la izquierda laborista, en particular a Harold Laski, teórico de la «revolución consentida» con el que tuvo amistad aunque no llegara obviamente a comulgar con sus ideas.

En 1931 escribió su autobiografía *Living my life* (Vivir mi vida) que será un gran éxito editorial internacional y que representa su mayor esfuerzo literario.

Pero a pesar de este triunfo personal, aquella fue una mala época para Emma. En Inglaterra no podía intervenir en la política y se encontraba por primera vez desarraigada, sin un campo de acción donde proyectarse. Se encontraba profundamente deprimida cuando le llegó la terrible noticia de que su compañero incondicional Alexander Berkman se había suicidado en

París. Berkman estaba al parecer muy enfermo y muy desalentado por graves problemas con su nueva compañera, además el clima de tensiones y desavenencias entre los anarquistas rusos en el que la tensión resultaba insoportable. Cuando llegaron las noticias de la guerra y la revolución española, Emma comentó que igual que ella Berkman hubiera renacido con entusiasmo.

A pesar de toda las clases de obstáculos que le ponían las autoridades británicas, Emma no pudo permanecer totalmente alejada de unos acontecimientos que parecían con firmar sus convicciones de que una revolución anarquista era posible. Aunque no pudo instalarse en España como era su deseo logró arreglar las cosas para poder efectuar tres largas visitas. En una de ellas visitó con entusiasmo el frente de Aragón, conoció las experiencias comuneras y departió animadamente con figuras del anarquismo como Durruti que la causó una honda impresión.

Aunque el idioma era una barrera difícilmente franqueable para actuar en el escenario español, se esforzó a pesar de las prohibiciones del gobierno inglés en fomentar la solidaridad con los combatientes. Su admiración por la valentía y el entusiasmo de sus compañeros españoles no le llevó como a otros ilustres anarquistas extranjeros a plegarse ante la orientación política de la CNT-FAI. No comprendía ni admitía que los anarquistas pudieran colaborar con los republicanos y con los comunistas en unas tareas gubernamentales que iban en contra de la revolución que sus bases militantes estaban llevando a cabo. Se encontraba ante este problema bastante sola y se sintió internamente dividida entre sus convicciones y sus simpatías. Por un lado estaba persuadida de que en un mundo que se derrumbaba a su alrededor no había más salida que la anarquía, pero por otro intentaba comprender y veía que los dirigentes anarcosindicalistas aunque no actuaban en «provecho propio» y «eran demasiado humanos». No por ello podía dejar de denunciar una política «rayana con el oportunismo» y planteó sin éxito sus desavenencias en la Internacional Libertaria, aunque nunca hizo una crítica sistemática y rigurosa.

La derrota de la revolución y de la República española cerraron el tiempo que se había dado por delante de su compañero y el 17 de enero de 1940 una hemorragia cerebral le causó la muerte. Con ella moría en cierta

medida, toda una época; moría una mujer que sería la más alta expresión del feminismo libertario cuyos frutos sobrepasarían el campo de la anarquía y extendería su influencia entre todas las ramas del feminismo radical.

Margaret Sanger, socialismo y contracepción

ENTRE las grandes individualidades femeninas que enriquecieron el ideario socialista, no se puede olvidar a Margaret Sanger. Fue la fundadora del movimiento en pro del control de la natalidad en Norteamérica. Sus escritos y discursos difundieron la necesidad de un control de la natalidad —fue ella quien acuñó este término— y abrieron un camino para discutir este tema que hasta entonces había sido tabú. A diferencia de su contrapartida inglesa, Marie Stopes, quien al principio buscó una satisfacción dentro de unos matrimonios convencionales y más bien acomodados, la prolongada campaña de Margaret Sanger en favor del control de la natalidad surgió de una experiencia directa en las necesidades de las familias pobres y de las madres obreras. Nació Margaret, de soltera Higgins, en Corning, Nueva York, en 1883, en una familia de once hermanos.

En 1900, Margaret se casó con el arquitecto William Sanger. (Más tarde se divorció de él y en 1922 volvió a casarse, pero, como Maríe Stopes, conservó el nombre de su primer esposo por razones profesionales). Después de nacer su segundo hijo, trabajó como enfermera de maternidad en la parte baja del East Side de Manhattan, donde presenció los resultados de unos índices de natalidad sin control alguno; elevada mortalidad infantil y materna, y tremendas presiones psicológicas. Después de morir una joven entre sus brazos a causa de los efectos de un aborto que se había infligido a sí misma, Margaret Sanger decidió emancipar a las mujeres del embarazo

no deseado. Fundó su revista *The Woman Rebel* (más tarde llamada Birth Control Review) en 1914, y empezó a dar publicidad a la anticoncepción a través de esta publicación y también de su folleto *Family Limitalion*. Acusada de obscenidad bajo la ley Comstock de 1873, se vio constantemente acosada por las autoridades (y por el propio Comstock, mientras éste vivió) y, tras inaugurar en 1916 la primera clínica de control de natalidad en Estados Unidos, pasó 30 días en la prisión.

Al cabo del tiempo, la publicidad que su mismo acoso le concedió le valió también el obtener numerosos apoyos. Fundó la *American Birth Control League* en 1921, en cuya fecha contaba ya con la ayuda de personas muy destacadas, entre ellas su amigo, el librepensador Havelock Ellis. Organizó la primera Conferencia de Población Mundial en Ginebra en 1927, y fue elegida primera presidente de la International Planned Parenthood Federation (1953). En 1936, la ley Comstock fue modificada para permitir a los médicos la prescripción de anticonceptivos. Su visión sobre el control de la natalidad se había difundido ampliamente y, al igual que Marie Stopes, se dedicó a trabajar por esta causa en los países de población excesiva. Margaret murió ya longeva en 1966 en Tucson, Arizona, y su historia ha dado lugar a diversos telefilmes[64] en los que se tiende a ocultar sus ideales socialistas iniciales.

Recordemos que el movimiento de liberación femenina comenzó en realidad —en serio, como movimiento de masas— en la segunda mitad del siglo XIX, y tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña estuvo estrechamente asociado con la pugna por el sufragio femenino. Éste fue conseguido en EUA en 1919 y en Gran Bretaña en 1928, gracias sobre todo a los esfuerzos de feministas como Elizabeth Cady Stanton, Susan B. Anthony y Emmeline Pankhurst, que además se preocuparon por otros derechos fundamentales, tales como la igualdad de salarios, la coeducación y la enseñanza superior para las chicas, los derechos de las mujeres sobre los hijos, así como sobre la propiedad y los salarios. A partir de estos comienzos, la lucha se amplió para incluir el control de natalidad y la igualdad en la vida profesional. En la década de 1960, apareció una nueva dimensión: la igualdad sexual. El movimiento feminista trata de cambiar ideas arraigadas hasta hoy y pregona lo que las mujeres son capaces de

hacer, y cómo deben comportarse para emplear todo su potencial como seres individuales provistos de talentos propios y de unas particulares necesidades sexuales.

Se trata de un movimiento que tiene unos negadores fanatizados; personas de uno y otro sexo temerosas de que la liberación signifique negligencia en la crianza de los hijos y unos matrimonios inestables (o incluso la no existencia del matrimonio), y hombres que no desean competir con mujeres en lo tocante a dinero, empleos o poder, gente a las que nunca les ha importado la miseria ni la opresión social, legiones como la Iglesia católica que ha bendecido guerras y santificados conquistas coloniales como es público y notorio en Portugal donde durante a lo largo de casi todo el siglo XX (1911-1974), fue el principal soporte de la dictadura de Salazar, uno de los principales aliados del bando militar-fascista español, una ayuda clave al menos en los inicios de la guerra española…

Muchos de estos oponentes no comprenden (o no quieren comprender) que el movimiento presenta dos vertientes, pues si las mujeres tienen libertad para elegir su propio papel, ya sea éste el de madre y ama de casa o el de ganarse el pan (o una combinación de ambos), lo mismo les ocurre a los hombres. Aquellos hombres que están cansados de cargar con la responsabilidad, de ganar el dinero, de no ver nunca a sus hijos, de actuar agresivamente y, en general, invitar a la úlcera de estómago y al infarto, se beneficiarán de esta distribución de la carga entre los dos sexos. Como nos decía Percy B. Shelley, el hombre no puede ser libre mientras oprima a la mujer.

Si existe una cuestión primordial en el tema de la liberación femenina es que los hombres asuman el feminismo con todas las consecuencias y con todas las de la ley… Una batalla social tan importante como la primera, y en la que nuestra izquierda institucional, en el mejor de los casos, no va más allá del discurso moralizante, en tanto que para buena parte de la izquierda insumisa sigue siendo una asignatura pendiente. Por eso resulta importante la labor de explicación, la agitación y la propaganda.

El sufragismo militante

Él sabía que nosotras no queríamos que se pagasen nuestras multas, y sentía bastante simpatía por la campaña militante, pero los hombres no son tan decididos como las mujeres. Tienden a hablar en exceso de sus ideas, antes que a trabajar por ellas. Aun como socialista, muy raramente traducen su fe en acciones, ya que en el fondo siguen siendo conservadores, especialmente en lo que se refiere a las mujeres. «La mayor parte de las mujeres que estábamos casadas advertimos que los "votos para las mujeres" les interesaban menos a nuestros maridos que sus propias cenas. Simplemente, no podían comprender por qué el tema nos preocupaba tanto».

Hannah Mitchell

LA larga marcha de las sufragistas británicas se desarrolló durante tres reinados, los de Victoria I. Eduardo VII y Jorge V, y durante este tiempo que va desde 1867 hasta la Primera Guerra Mundial encontraron la radical hostilidad de las altas esferas que sentían ante la

cuestión de los derechos de la mujer una opinión muy parecida a la que según un portavoz de la corona tenía la primera dama que dio nombre a toda una época:

«La reina desea que se unan a ella todos los que sepan hablar o escribir para contener esta loca y perversa tontería de los "derechos de la mujer", con todas sus horrorosas secuelas ante lo cual el sexo débil se inclina olvidando todo el sentido del decoro y la feminidad. Este tema enfurece a la reina hasta el punto que no sabe contenerse».

Tanto conservadores como liberales compartían con mayor o menor fiereza esta convicción. De igual manera que cuando en ocasiones anteriores se habían opuesto a conceder el voto a los esclavos y a los trabajadores, pensaban ahora que este derecho no era en absoluto necesario: ellos se bastaban para representarlas a través de sus maridos electores. No deja de ser sumamente curioso que a pesar de las actitudes intransigentes y represivas de los gobiernos conservadores y liberales que no tuvieron ningún reparo en aplicar «la ley» a quienes carecían de derecho para opinar sobre ellas, y en meterlas en lóbregas cárceles, en humillarlas, calumniarlas y vejarlas, y en ocasiones, causándoles la muerte, nadie repare en el grado de civilización de estos gobiernos mientras que las sufragistas por su aplicación de una acción directa violenta pero que no causó daños físicos a nadie, sean todavía consideradas como «terroristas» y sean maltratadas y satirizadas en novelas y películas, no hay más que ver los arquetipos de «sufragistas» que describió Hollywood[65].

La monarquía constitucional inglesa se basaba en un sistema de votos en que sólo podían participar los cabezas de familia que eran propietarios, pero hasta 1832 algunas mujeres pudieron hacerlo reuniendo ambas condiciones. En esta fecha se firmó la «Reform Act» que será el primer texto legislativo que excluía a las mujeres de este derecho público aunque pagaran impuestos altos. La primera petición parlamentaria en defensa del sufragio femenino la efectuó en 1866 el radical John Stuart Mill[66], que hizo suya una reclamación formulada por el Comité para el Sufragio femenino suscrito por mil quinientas mujeres. La propuesta fue acogida con sorna por los demás diputados, pero Mili volvió a insistir al año siguiente tratando ahora de hacer una enmienda a la «Reform Act» de manera que

donde ponía «hombre» tenía que poner «persona»… Sólo consiguió el voto del diputado Fawcet cuya mujer fundó aquel mismo año la «National Society for Women Suffrage» de cuyos esfuerzos derivaron ciertas conquistas parciales: en 1869 consiguió el derecho al sufragio municipal y un año más tarde lo mismo para los consejos escolares.

Con el tiempo, esta organización se fue haciendo cada vez más moderada, y se centraba en su actuación en las mujeres casadas y burguesas. En 1889 tiene lugar una ruptura en su interior y se crea un nuevo grupo, el «Women's Franchise League» y entre los animadores se encontraban Emmeline y su marido Richard Pankhurst. Esta nueva Asociación promovía la organización tanto Rara casadas como para solteras y exigía para todas las mujeres la igualdad de derechos en temas como el voto, el divorcio, la herencia y la custodia de los hijos. Comenzaba la saga feminista de la familia Pankhurst…

El primer eslabón de esta familia que iba a contribuir a cambiar el mundo fue el propio Richard Pankhurst que procedía de una familia burguesa de vocación sufragista. Richard fue un hombre bastante notable, amigo de personalidades de la época tan sugestivas como Walt Whitman y David Carpenter, y fue él quien introdujo a Emmeline en sus convicciones. Su carácter de pionero voluntarioso queda bien retratado en la serie televisiva de la BBC, *Hombro con hombro*, basada en las memorias de su hija Sylvia y en la que aparece propagando en solitario y bajo la lluvia la igualdad de la mujer sin que nadie le preste la menor atención[67].

Ambos formaban parte de la clase media liberal y habían evolucionado en la década de los ochenta hacia el socialismo, precisamente sobre la base de cuestiones como la emancipación de la mujer. Ello comenzó su larga vida política colaborando con la «School Board» y manifestándose activamente junto con los desocupados que exigían el derecho al trabajo. Formaron parte de la generación que luchó con los sindicatos obreros contra el Talf Vale —una ley que hacía a éstos responsables de las huelgas— y que dieron expresión a la inquietud obrera de construir un partido de signo socialdemócrata, el «Independent Labour Party» (ILP), que tenía una ideología confusa pero una clara voluntad democrática radical y revolucionaria.

El nacimiento y auge del ILP parecía ser una garantía de que al fin habría un partido que lucharía por las causas más nobles y por supuesto la del sufragio femenino, pero el ala más derechista del laborismo, atada a la ideología dominante, se mostró muy poco entusiasta con esta idea y se resistió a que figurase abiertamente en el programa. El pretexto era que los obreros no iban a comprender esta exigencia (como así fue)[68], y se trataba, antes que educarlos, de conseguir votos… El feminismo laborista quedó restringido a su ala izquierda representada fundamentalmente por el cristiano revolucionario Keir Hardie, una de las figuras más notables de la historia del movimiento obrero inglés y que dio un apoyo incondicional desde el parlamento y desde la calle a las sufragistas.

Esta actitud del grupo parlamentario laborista —hegemónico en su dirección— dio lugar a que Emmeline Pankhurst y sus hijas Christabel y Sylvie iniciaran un paulatino distanciamiento del laborismo que les llevaría, personalmente, a las dos primeras hacia el conservadurismo ya la tercera hacia el comunismo. En 1903 un grupo de mujeres laboristas se reunieron en el hogar de las Pankhurst y fundaron el «Women Social and Political Union». Todavía estaban dentro del partido y en éste se mantenían unas tradiciones de democracia interna que les permitía trabajar por sus ideas. En la Conferencia del ILP de 1904 se dio un apoyo formal a las propuestas de Emmeline, pero luego en la práctica la realidad demostró a las mujeres laboristas que poco podían esperar. En 1907, Keir Hardie advertía que si el partido obligaba a sus militantes sufragistas a elegir entre el partido y sus convicciones éste perdería a sus «más valiosos miembros femeninos». Emmeline, después de proclamar que había sido «leal al socialismo en todos los aspectos», volvió a insistir que del partido dependía la solución del dilema. Cuando el partido volvió a probar su conservadurismo, el grupo de Emmeline se separó de él e inició un camino independiente.

Está claro que éste no era un dilema entre «socialistas» y unas mujeres «pequeñoburguesas». La principal responsabilidad de esta ruptura recae sobre unos laboristas que nunca demostraron ser unos auténticos socialistas y sobre todo en esta cuestión tan determinante. Cierto es que la composición social del movimiento sufragista era pequeñoburguesa, aunque también gozó de una notable influencia entre las obreras[69], pero esto no

modifica lo dicho, más bien lo confirma, porque una actuación democrática consecuente por parte de los laboristas hubiera inclinado mucho más fuertemente hacia el socialismo y el movimiento obrero una corriente de masas que durante algunos años se enfrentó decididamente contra los dos partidos burgueses.

Esta división creó un largo conflicto para muchas mujeres laboristas que trataron de conciliar una doble fidelidad, aunque no faltaron las que utilizando criterios «obreristas» mantuvieron una actitud sectaria frente a un movimiento que también se fue situando frente al socialismo que había sido el nido donde se había incubado.

La Unión pasó a la acción sin esperar el apoyo de los laboristas. El 12 de mayo de 1904 llevaron a cabo su primera manifestación importante. Unidas a un grupo de obreras textiles ya cuatrocientas mujeres de las «Women's Guild» se presentaron ante el Parlamento donde el legendario Keir Hardie volvió a plantear las mismas cuestiones que décadas antes había defendido Mill. El resultado fue el mismo: una gran mayoría en contra y el regocijo general de los diputados de la derecha. Aquel día las de la Union hicieron su primer intento de manifestación.

Después de esta derrota el grupo fue creciendo captando cada vez más mujeres sufragistas que se convertían en convencidas militantes en el sentido más pleno del término. Volvieron la espalda al parlamentarismo y a la acción legal, y empezaron a desarrollar formas de acción directa moderadas en un principio. Comenzaron Christabel Pankhurst y Annie Kenny, una trabajadora del algodón de Oldham y que fue la colaboradora más directa del caucus familiar. Asistieron a una reunión de los liberales e hicieron una pregunta que luego se repetirá hasta la saciedad: «¿Dará el gobierno liberal el voto a las mujeres?» Cuando la respuesta era evasiva o negativa, el grupo de mujeres armaba el escándalo. Cuando eran multadas no pagaban y pasaban irremediablemente a la cárcel[70].

Con el tiempo se fueron radicalizando sus acciones, sobre todo tras los sucesos ocurridos el llamado «viernes negro», el ocho de noviembre de 1911. En esta fecha una comisión de sufragistas delegadas ante el presidente del Consejo fueron maltratadas brutalmente por la policía. La Union decidió entonces correr los menos riesgos posibles al tiempo que

atacarían a los gobernantes en donde más les afectaba: la propiedad. Así explicó Emmeline la nueva táctica: «Nuestro ataque al enemigo lo vamos a llevar a través de la propiedad… Sed todas militantes, pero cada una a vuestra manera. Las que podáis demostrar vuestra participación en la lucha acudiendo a la cámara de los Lores y negándose a abandonarla, como hacíamos antaño seguid esa táctica. Las que podáis demostrar vuestra participación uniéndoos a nuestras elecciones antigubernamentales, seguid esa táctica. Las que podáis seguir atacando el secreto ídolo de la propiedad, a fin de que el gobierno se dé cuenta de que el sufragio femenino pone en peligro la propiedad como la ponían antiguamente los cartistas, atacadle».

Emmeline terminaba su discurso desafiando al gobierno a detenerla, lo que éste hizo en sucesivas ocasiones con todas las dirigentes de la Union. Cuando Emmeline era detenida, la cabeza del movimiento la ocupaba Christabel que era todo un carácter. Fue ella la principal inspiradora de la primera campaña que la prensa tachó de «terrorista» y que basaba fundamentalmente en el destrozo de las cristaleras de los establecimientos públicos más lujosos.

En todos los momentos de esta larga lucha, las Pankhursts contaron con el incondicional respaldo de una base militante que describió así Christabel en su libro Liberadas. La historia de cómo ganamos el voto: «Justo es que se pague un tributo a nuestras organizadoras… Estaban dispuestas a sacrificarlo todo y a intentarlo todo por la causa. Cuando eran enviadas a cualquier lugar recóndito en el Norte, en el Este, o en el Oeste del país lo primero que hacían era izar la bandera, alquilar un local, entrevistar a la prensa, citar a las mujeres más sobresalientes de la localidad, visitar a las diversas organizaciones —políticas, sociales y filantrópicas— comunicar a la policía que habían llegado, convocar reuniones y después de pintarrajear las calles, vender el periódico Votes for Women y distribuir octavillas, hablaban en las reuniones, escribían o entrevistaban al diputado local, planificaban protestas contra la visita de un ministro del Gobierno, organizaban campañas para las elecciones locales y, además de todo esto, conseguían el dinero necesario para sus propias campañas y aún les sobraba para enviar a la administración central. Gracias a sus conocimientos políticos siempre estaban a la altura de las circunstancias. Eran capaces

también de ganar de partida cualquier discusión, incluso con oponentes como Mr. Aquith (primer ministro liberal) o Mr. Wiston Churchill».

Las sufragistas británicas se situaron a la cabeza del movimiento feminista internacional y fueron mucho más radicales en la forma que las organizaciones de las mujeres socialistas. Utilizaron la acción directa con tanto vigor como lo hacían los sindicalistas revolucionarios y su concepto de la militancia era parecido al de la «profesionalidad» revolucionaria. Contaban con millares de mujeres oscuras, de extracción obrera en la mayoría de casos, que se arriesgaban a las palizas y las cárceles. Las «liberadas» cobraban una verdadera miseria y dedicaban todo su tiempo a la lucha, desplazándose donde hiciera falta y arriesgándose a todo. Sin embargo, todo este movimiento desde abajo se iba a corromper por la cabeza.

La radicalización de la Union creó bastante malestar entre su sector más moderado que planteó sus divergencias en el punto de la violencia y en el más controvertido de la organización: en el de su dirección que estaba monopolizado al margen de los estatutos por el trío familiar. La autoridad de Emmeline era algo indiscutido, se había convertido en la personificación de la organización y entre las militantes existía una verdadera adoración por ella a la que una de sus fieles llamó «el más hermoso carácter de la historia moderna». El poder fue otro factor que fue alejando cada vez más a Emmeline del ideario que había compartido con su marido, mientras que su hija mayor, Christabel, que desconfió desde siempre de los socialistas, no tuvo siquiera los problemas de romper una fidelidad.

Las discrepancias fueron haciéndose cada vez mayores y en 1906 Emmeline llevó a cabo una especie de «golpe de Estado» que le dio el control absoluto de la organización a la que impuso una nueva constitución más acorde con un liderazgo vertical. La maniobra de Emmeline provocó una primera escisión, la de la Liga por la Libertad de las Mujeres que se reafirmaba de los planteamientos del período anterior. Cinco años más tarde un nuevo giro violento del grupo provocó el disentimiento del matrimonio Pathick-Lawrence que habían sido uno de los principales animadores del movimiento y que se inclinaban hacia un mayor acuerdo con los socialistas. Fueron expulsados burocráticamente y como eran los propietarios del

periódico Votes for Women, Christabel se encargó de crear y dirigir otro nuevo, más en consonancia con su línea: The Suffragette.

El tercer cisma y el más importante fue el encabezado por Sylvia que ya llevaba largo tiempo en discordancia con los métodos de su madre y hermana. Recordó que la Union había sido creada como una organización socialista y que se apartaba de sus orígenes. Ella escogió otra forma de militancia, hacia abajo, sin maniobras políticas ni caudillismo, trabajando durante años en el «East End» de Londres, un barrio eminentemente proletario donde creó una potente federación, y cuando la degeneración de la Unión se concretó en un acercamiento a los conservadores —que se mostraron más inclinados a conceder el voto como ya lo habían hecho cara al movimiento obrero, como un instrumento contra los liberales—, Sylvia no aceptó el criterio de la mayoría y se separó formando la Federación socialista del East End, situada muy a la izquierda del laborismo. En 1913 su madre y su hermana le ordenaron que se reincorporara a la Unión, otra vez distanciada de los conservadores, pero Sylvia no aceptó y fue expulsada definitivamente.

En esta última fecha las esperanzas de una salida parlamentaria fue otra vez defraudada y las sufragistas operaron una nueva radicalización, en esta ocasión no dudaron en emplear a la manera de las populistas rusas, las bombas, aunque su objetivo era atentar contra todo, menos contra la vida humana. Comenzaron una escalada de incendios provocados; ya no se trataba de hacerse publicidad, sino de luchar contra los enemigos de la democracia para la mitad de la población y de demostrar la propia fuerza. Cuando la policía ordenó la disolución del UPSU y de su periódico, no se desanimaron. Las que estaban encarceladas encararon una tremenda oleada de huelgas de hambre, las demás siguieron sus actividades en la clandestinidad. La Unión, lo único que había aprendido —según frase célebre de Emmeline— de los hombres era «la alegría de la lucha», siguió creciendo, su periódico no dejó de salir y se desafió constantemente al poder, porque: «No existe medida coercitiva imaginable, ni por parte de los hombres ni por los demonios, a las que las mujeres de la Unión no se sientan capaces de resistir, vivas o muertas».

En la cárcel, las sufragistas se rebelaron contra el estatuto de presa

común que se les había dado y reclamaron el de presas políticas. Las huelgas de hambre obligaron al gobierno a legislar medidas como una que concedía la libertad provisional a los presos por motivo de salud, aunque una vez recuperados volvían a ingresar de nuevo, facilitó un juego que Emmeline llamó del «gato y el ratón», ya que la mayoría de las favorecidas desaparecían en cuanto se encontraban en la calle. El gobierno cambió entonces de actitud y obligó que las que hacían huelga de hambre fueran alimentadas con sonda. Christabel explicó así este hecho: «Con este motivo hubo escenas terribles en la prisión. Al resistirse a comer, los médicos alimentaban a las detenidas a través de un tubo que les introducían por la nariz o por la boca mientras forcejeaban con las celadoras que las sujetaban para reducir su oposición. Interrogado en el Parlamento sobre este endurecimiento de su política, el Gobierno contestó que se trataba de un "tratamiento médico" y de un "tratamiento hospitalario". Pero en esto el Gobierno tropezó con la oposición de los médicos…».

El 13 de junio de 1913, la dirección de la Unión ordenó desde París que cuarenta sufragistas acudieran al «derby» de Epson para hacer agitación. Sin que nadie lo esperara una de ellas, Emily Davidson, se tiró bajo las patas de los caballos, casualmente bajo uno que era propiedad del rey Jorge V, lo que le ocasionó la muerte. El entierro reunió a las sufragistas de todas las tendencias y marcó el cenit de la influencia del movimiento. Aquel mismo año Emmeline fue arrestada y condenada a tres años de trabajos forzados. Pocos días más tarde, sus compañeras lograron facilitar su evasión y dos meses después viajaba hacia los Estados Unidos donde su presidente, Wilson, la había invitado después de pagar cincuenta mil dólares por la fianza. En diciembre regresaba de nuevo y la policía encerró una vez más, la última, y ella se declaró inmediatamente en huelga de hambre. Como protesta por su detención sus seguidoras incendiaron un gran edificio de Escocia y un pabellón de la exposición de Liverpool. Éste fue también uno de los últimos actos del movimiento, la guerra que se avecinaba iba a cambiar completamente su actitud.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el sufragismo se encontraba en su apogeo aunque muy marcado por las divisiones. El grupo mayoritario, el dirigido por Emmeline y Christabel Pankhurst, a pesar de la radicalidad

de sus métodos tenía claro su divorcio con los ideales socialistas y la necesidad de apoyarse en una de las fracciones burguesas. De ahí que cuando el rey Jorge V amnistió a todas las sufragistas, se brindaron ante éste para organizar el reclutamiento y la estructuración de las mujeres encargadas de sustituir a los hombres en guerra en los puestos de producción. Durante la contienda se destruyó el registro electoral y el Parlamento debería de rehacerlo de nuevo; era la ocasión para darle el voto a la mujer y las sufragistas le plantearon al poder su dilema: o colaboración o lucha.

El 28 de mayo de 1917 fue concedido por parte de los conservadores un derecho a voto a las mujeres mayores de 30 años. Un año más tarde se les concedía el derecho a ser elegidas para la Cámara de los Comunes y, por fin, y esta ocasión por parte de la izquierda, fue conquistado el derecho a voto para todas las mujeres.

La guerra abrió un abismo entre los dos grupos encabezados por las dos ramas familiares. Por un lado, Emmeline y Christabel profundizaron sus tendencias conservadoras y evolucionaron cada vez más hacia la derecha. Durante la guerra se precipitaron en un ardiente comportamiento chovinista que carece de parangón en otras organizaciones feministas. Ambas denunciaron a sus antiguos amigos y amigas que defendían la objeción de conciencia o denunciaban la guerra, y se opusieron a las reivindicaciones sociales e igualitarias para las mujeres por estimarlas corno una forma de debilitar el ejército que luchaba en el frente. Por el suyo, Sylvie siguió un camino inverso. Desde hacía tiempo había conectado el sufragismo con un ideario feministas amplio y su feminismo con un socialismo basado en la lucha de clases. Durante la guerra denunció el patrioterismo que escondía intereses bastardos y la guerra como una carnicería hecha en beneficio del imperialismo, organizó campañas contra una serie de injusticias y discriminaciones sin abandonar la idea básica de una mujer, un voto. Advirtió a las mujeres que trabajaban que al concluir la guerra la obligarían a abandonar su empleo y defendió la igualdad de salarios.

Sylvia y sus compañeras recibieron con entusiasmo la noticia de la revolución rusa, que asimilaron como una concepción que les permitía establecerse sin derecho en locales que destinaban a guarderías para los

hijos de mujeres obreras. El grupo de Sylvie que tenía el periódico *Dreadnought* sostenía que el feminismo no se tenía que limitar al sufragismo ya las enfermedades venéreas sino que tenía que formar parte del movimiento revolucionario. Convencidas de esto tomaron parte de los grupos que constituyeron en Partido Comunista británico desde el cual Sylvie participó en una dura polémica con Lenin.

El grupo de Sylvie se inclinó hacia las tendencias más izquierdistas de la Internacional Comunista. Consideraba como oportunista la utilización revolucionaria del Parlamento, y una aberración la idea de trabajar en el interior de los sindicatos y del Labour Party. No superó la primera crisis del comunismo británico y terminó alejándose de la política activa. Había nacido en 1882 y falleció en 1956.

Durante el período que se gesta y se desarrolla el sufragismo en Inglaterra sobresalen un amplio grupo de mujeres que intentan combinar su actuación socialista con el feminismo, o como en el caso de Beatriz Webb se vuelca estrictamente hacia la lucha política y sindical. Entre estas mujeres cabe destacar a Annie Besant, Charlotte Wilson, Eleonor Marx, Dora Montefiore y sobre todo la mencionada Beatriz Webb que será con su marido Sydney la representante más consecuente y moderada del pensamiento fabiano.

Annie Besant (1847-1933) tenía ya una larga trayectoria de personalidad democrática cuando en 1888 se convirtió al socialismo. Había formado con Charles Bradlaugh, una pareja libre y unida de librepensadores, ateos, secularistas, maltusianos y simpatizantes de las luchas obreras. Por sus actividades inconformistas fue encarcelada en múltiples ocasiones, una de ellas, en 1877, por publicar un libro sobre el control de la natalidad que era un tema tabú no sólo para el poder y la Iglesia sino también para la izquierda. El libro fue calificado por un subfiscal de la corona de «sucio, obsceno… su objetivo es el permitir que las personas mantengan intercambios sexuales, prescindiendo de aquello que, en el orden de la Providencia, es el resultado natural del intercambio sexual». Annie fue acusada de divulgar una obra que sugería a los jóvenes y

solteros «que gratificasen sus pasiones». Hizo su defensa explicando que con el libro las mujeres obreras podría tener a bajo precio lo que las ricas tenían de una manera más cara. Fue condenada, pero en el mismo año escribió un libro parecido que dedicó a «los pobres de las grandes ciudades y los distritos agrícolas… con la esperanza de que pueda abrirles un camino que les aleje de la pobreza, y que haga más fácil la vida del obrero inglés».

Annie colaboró con Engels, William Morris y Eleonor Marx en las luchas sociales y políticas, y más tarde formó parte del grupo fabiano desde una óptica izquierdista. Para la sociedad fabiana escribió un trabajo sobre el control obrero de las industrias y organizó en los sindicatos a las trabajadoras cerilleras. Luego trabajó durante varios años en el laborismo con el que tuvo diferencias durante la Gran Guerra ya que Annie se declaró pacifista e internacionalista. En la postguerra se dedicó a hacer campañas anticolonialistas y en favor de la independencia de la India. Ganada por la causa de Gandhi se trasladó a este país donde intentó conciliar el socialismo con la teosofía[71].

Charlotte Wilson, que George Woodcock describe como «una muchacha de Girton que vestía estéticas túnicas y que había ido a vivir a una choza junto a Hampstead Heath para no compartir las ganancias de su marido, corredor de bolsa»[72], representó un curioso intento de conciliar anarquismo y fabianismo. Militó durante años en la Sociedad Fabiana en la que defendió su concepción de «socialismo libre», hasta que en 1883 se convirtió al anarquismo sin dejar por ello de participar en la Sociedad. Durante un decenio fue la directora y la principal responsable del periódico *Freedom*, que ideológicamente estaba animado por Kropotkin. Continuó al frente del periódico durante la primera Guerra Mundial pero ya alejada de su maestro con el que disentía en el apoyo que éste le había dado a los aliados.

Dora Montefiore fue una feminista marxista que durante cierto tiempo combinó su acción en la Federación Socialdemócrata —y en su filial

femenina la Adult Suffragge League— y en la Unión de los sufragistas. Fue delegada en el Congreso de Stuttgart y tomó parte de la comisión que presentó las resoluciones favorables a la total igualdad de la mujer. Había sido encarcelada por sus actividades feministas y cuando uno de los dirigentes del partido, Belford Bax, declaró que las mujeres eran bien tratadas en las cárceles, inició una dura polémica contra él en las páginas del The Social Democrat en donde explicó que las mujeres socialistas exigían la socialización de la industria junto con el Derecho al voto. Sostenía que las mujeres experimentaban una opresión especial y que debían de combatir en contra de sí misma. Durante años tuvo que trabajar para mantener a su madre y ayudó desinteresadamente a muchas de sus compañeras, y trató de conciliar su voluntad revolucionaria con su deseo de ser madre[73].

El nombre de **Beatriz Webb** (1858-1953), de soltera Potter, va indisolublemente unido al de Sydney Webb con el que formó pareja matrimonial desde 1892, formando una de las parejas más conocidas de la historia del socialismo y sobre todo del gradualismo fabiano:

«Asociados durante más de cincuenta años dos cerebros admirablemente organizados, dos energías incansables y dos intensas capacidades de trabajo, la “casa Webb” como la llamaban familiarmente. Beatriz consagró sus trabajos doctrinales y prácticos a las encuestas sociales, a la teoría económica, a las investigaciones históricas ya innumerables comités y comisiones (basta decir que a guisa de viaje de bodas asistieron a un congreso sindical). Al mismo tiempo, desde 1892 hasta el período de entreguerras, animan un brillante salón socialista en el que reúnen los espíritus avanzados y las personalidades más influyentes del mundo político»[74].

Beatriz provenía de la clase burguesa con la que rompió por el malestar que la causaba el contraste entre la riqueza y la pobreza. Conoció a Sydney en la Sociedad Fabiana que fue fundada en 1884 y debe su nombre al famoso militar romano Fabio Cunctator, el Contemporanizador, afirmando con ello su vocación de seguir una política «Progresiva, expectante,

circunspecta y gradual, hostil a la lucha de clases y a la acción revolucionaria». Los Webb fueron en 1906 los principales adversarios de la fracción encabezada por H. G. Wells que exigía que el grupo se adhiriera al Labour Party y excluyera a los liberales. Wells escribió contra ellos dos libros bastante notables: Los nuevos Maquiavelos y Anna Verónica[75].

Entre ambos protagonizaron diversas campañas políticas con propuestas minimalistas y encaminadas hacia un tipo de Estado benefactor que sólo muy exageradamente se puede calificar de socialista. Beatriz fundó la revista New Statesman, dedicada a la intelectualidad de izquierda y formó parte de diversas comisiones gubernamentales laboristas. Socialpatriotas durante la I Guerra Mundial —ya lo habían sido durante la guerra de los «boers»—, adversarios radicales de la revolución de Octubre y de la Internacional Comunista, ambos fueron odiados tanto por las sufragistas como por la izquierda revolucionaria, los Webb se «reconciliaron» con el colonialismo después de un viaje a la Rusia de Stalin a mediados los años treinta después del cual publicaron un sesudo libro que fue muy bien recibido por el Kremlin.

Aunque desde la derecha se les trató de «marxistas», lo cierto es que nunca lo fueron (ni lo pretendieron ser). Fueron influidos primordialmente por las ideas utilitaristas de Bentham y Stuart Mili —aunque no siguieron el feminismo de éste— y el darwinismo social. Eran unos pragmáticos convencidos que desdeñaban cualquier hipótesis teórica que no tuvieran una aplicación práctica inmediata en el suelo inglés. Estaban convencidos de que el socialismo se impondría gracias a la propia lógica del desarrollo industrial capitalista sin necesidad de ninguna ruptura. Durante cierto tiempo defendieron la idea de un doble parlamento, uno político representativo y el otro social compuesto por obreros y patronos, y ponían todo su énfasis en la actuación de los «especialistas en detrimento de cualquier protagonismo de la base obrera».

Beatriz ha sido la única mujer notable en la historia del laborismo evolucionista. Durante y después del período de la «casa Webb» no faltaron mujeres en la dirección del partido, en el Parlamento e incluso en los ministerios, pero ninguna de ellas llegó a merecer una página en la historia del movimiento obrero británico.

El testimonio de Louise Bryant

ES evidente que con el material documental aportado por el historiador Robert Rosenstone para fundamentar el guión de Reds, su director Warren Beatty tenía para numerosas películas, y que opta por la que le garantice el éxito y por lo tanto su continuidad en el oficio. Desde este punto de vista, es obvio que la presencia de Louise Bryant es especialmente resaltada, y se anulan otras, como la amante anterior de Reed (que el espectador podrá imaginar con el rostro y las carnes generosas de la bondiana Ursula Andress en *Campanas rojas*).

En opinión del biógrafo de John Reed, Robert Rosenstone, en *Reds* «se exagera la importancia histórica de Louise y se disminuye la de Jack. Entre otras cosas, se admite como cierta la afirmación de haber escrito para el Dragonian», lo que al parecer no fue cierto. No obstante, lo que hace Rosenstone es sopesar unas importancias que resultan cuando menos discutibles, porque si bien el peso literario y político de Reed fue incalculable y el de Bryant mucho más modesto —y Rosenstone lo subraya al escribir «se insinúa que durante la época de la revolución rusa los dos poseían un nivel artístico similar, cuando una cuidadosa lectura de sus trabajos muestra que mientras Louise fue una reportera competente, Jack fue el mejor periodista de su tiempo»— también es cierto que nada tiene por qué impedir a un novelista o a un cineasta enfocar su encuadre de la historia a través de una historia amorosa que realmente existió y que tuvo una importancia primordial en el espacio histórico que abarca la trama, aunque, claro está, la equiparación sea innecesaria, porque no se trata de

que tuvieran el mismo talento al escribir sino de que sus vidas fueron complementarias.

El propio Rosenstone ofrece la siguiente entrada sobre ella: «… era un buen número de cosas que Jack creía que era. En lo físico, sus encantos resultaban evidentes: su cuerpo esbelto, cabello oscuro, cintilantes ojos verdigrises, fogosa y temeraria, conducta que servía para enmascarar su férrea determinación de ganar renombre. Como en el caso de Jack, el desprecio por la fijeza tenía otra cara, una notable incapacidad para estar en paz, y el rechazo de las ataduras era una manera de decir que le resultaba sumamente difícil permanecer fiel. Sus relaciones y sus sueños eran hasta tal punto como los de Reed que amar a Louise era como amarse a sí mismo, envuelto en una forma femenina» (p. 269).

No creo que haya dudas de que la Louise encarnada por Diane Keaton responde vivamente a esos rasgos, tanto o más que como Warren Beatty responde a los de Reed. Diane Keaton (Los Angeles, 1946) era la compañera del actor después de haber dado lo mejor de sí misma junto con su compañero anterior, Woody Allen (con el que volverá a trabajar años después). Beatty era a la sazón posiblemente el galán más envidiado de la historia del cine, y fue homenajeado irónicamente por Woody Allen, que proclamó que, de encarnarse de nuevo, le gustaría hacerlo como la yema de los dedos de Beatty. En la película, ella toma la parte del león, sobre ella descansa el movimiento básico de la trama, es la que abre y cierra su argumentación. Keaton ofrece una Louise Bryant sin fisuras, como una composición de una gran verdad humana que ha resistido la prueba del tiempo.

Mientras que *Reed* es, en no poca medida, el «chico» que siempre está por encima de los acontecimientos, ella por el contrario es la que hace «crecer» la historia, duda, evoluciona, polemiza, no se conforma, pregunta, rompe, prueba, viaja, y desarrolla su propio proyecto.

Ella representa también una revolución, la feminista, y lo hace desde el plano más inmediato, el de las sufragistas (al que Emma Goldman descalifica desde su antiinstitucionalismo ácrata), y rompe con su medio en la lucha por disponer de su propio cuerpo y sus propios sueños; es una suerte de Madame Bovary que se realiza en unos acontecimientos que la

superan. Quizás porque su historia es más «pequeña», la película registra con mayor detalle cada paso en su evolución, de manera que comienza con su rechazo a un «buen matrimonio» y acaba enterrando a Reed. Sin pretender ninguna comparación con las crónicas de Reed, el testimonio de Bryan sobre el papel de las mujeres en la revolución de febrero merecería una mayor consideración. Este aspecto, el papel de las mujeres en el curso de la revolución, raramente ha sido registrado, fueron ellas las que comenzaron las jornadas de febrero y seguramente las que más padecieron el creciente peso de la burocracia, sin olvidar un detalle sobre el que algunos bolchevique críticos (Lenin y Trotsky sin ir más lejos), llamaron la atención: muchos obreros comunistas eran unos déspotas en sus casas.

En los momentos claves, Louise demuestra su integridad, como cuando responde desafiante a las preguntas de un congresista reaccionario. Louise no es pues, un personaje de toda una pieza, sufre contradicciones. Como las que la llevan a dejar a Jack al escuchar que éste le ha sido infiel, lo que responde plenamente a los hechos. Era mucho más frágil que Reed, no obstante su duro trayecto en busca de su compañero tiene todos los componentes de un viaje épico, aunque este hecho no responde estrictamente a la verdad histórica, y Rosenstone detalla diversos errores, como la emotiva escena del encuentro, cuando llega el tren asediado de Bakú, algo que nunca ocurrió; sin embargo este tipo de detalles no deforman la realidad de su relación, sólo pretenden hacerla más cinematográfica. Se puede afirmar que Reds gana enteros cuando Diane Keaton aparece, sobre todo porque es a través de ella que se establece claramente el propósito más reconocible de la película, se vuelve a anudar el hilo para un espectador más bien extraviado en unas vicisitudes que es más que posible que no conozca, y que no se le explican adecuadamente.

Feminista convencida, partidaria del amor libre, del control de la natalidad, del sufragio universal femenino, y claramente socialista, Louise, procedente de una baja extracción social, «creció» al compás de Reed en una relación en la que ella lo apostó todo. Quizás esto explique que después de la muerte de éste, su vida siguiera un curso errático, y falleciera tras un accidente de automóvil en París en la mitad de los años treinta, después de un tormentoso matrimonio con el millonario Willian Bullit, que sería

embajador norteamericano en Moscú.

Arruinada físicamente por el alcoholismo y las drogas, Louise realizó su último trabajo periodístico con una entrevista concedida especialmente por Trotsky, entonces exiliado en Francia con restricciones muy drásticas. No deja de resultar curioso que muchos denostadores izquierdistas de *Reds* no tomaran apenas en cuenta sus implicaciones feministas y que, como en el caso de Marc Ferro, reprocharan a Beatty la excesiva importancia de Louise y del feminismo cuando lo realmente importante entonces en los Estados Unidos era la emigración, una temática sin duda apasionante pero que difícilmente se podía enfocar desde una aproximación a la vida de John Reed.

Su relación con Louise es un capítulo central en su vida, como se hace constancia en la película.

Después de varias relaciones amorosas más o menos serias, Reed conoció a Louise Bryant. El impacto que ésta le causó se refleja en esta emocionada nota escrita pocos días después de su primer contacto: «La presente va para decir, en lo principal, que me he enamorado de nuevo, y que creo haber hallado por fin a la mujer de mi vida. Ninguna certeza al respecto, desde luego. Ella no quiere. Es dos años menor que yo, indómita y recta, valiente, bella y graciosa a la vista. Amante de toda aventura del espíritu y la mente, realista con un precioso desdén del estatismo y la fijeza. Rehusa atarse y atar (…) trabajó en publicidad, tuvo éxito, lo dejó en la cresta de la ola; estuvo cinco años en un diario, tuvo gran éxito, lo dejó al madurar y querer algo mejor y en este vacío espiritual, este suelo no fertilizado, ha crecido (no me imagino cómo) para ser una artista, una individualista rampante y gozosa, una poeta y una revolucionaria».

Esta mujer excepcional fue primordial en los años siguientes para Reed. Reed no exageraba mucho en su descripción, aunque había nacido en 1885, cuatro años antes de lo que le dijo a él. Bella e independiente, voluntariosa y amante de la vida, el arte, la bohemia y la revolución, difícilmente podría encontrar Reed alguien más parecido a él mismo. Aunque contó con mucha fantasía sus orígenes, se sabe que su padre fue periodista y murió poco tiempo después de nacer ella. Su madre, se casó con Sheridan Bryant, un revisor ferroviario que le dio su apellido, y con ambos pasó Louise su niñez

en Wadsworth, Nevada. Tras escaparse una primera vez de su casa, asistió a la universidad estatal de Reno y más tarde se inscribió en la de Oregón. Allí destacó por su actitud feminista. Trabajó en varios diarios y a fines de 1909 se fugó con Paul A. Trullinger, un «dentista próspero» y miembro de una rica familia de pioneros. Pero el matrimonio burgués no era lo suyo y, a pesar del talante liberal de su marido, se separó de él y se trasladó a Greenwich Village, donde gracias a su inquebrantable voluntad pudo trabajar para The Masses. También colaboró en la revista anarquista Bias, de Alexander Berkman.

Se enamoró también de John («¡Qué hombre maravilloso! —dijo—. Sé que en ninguna parte existe otra alma tan libre, tan exquisita y tan fuerte»), y vivió con él un desigual pero intenso romance. Mujer libre, muy por encima de lo que como tal se entendía en aquella época, Louise mantuvo relaciones con otros hombres —el dramaturgo Eugene O' Neill, que interpreta Jack Nicholson en el film, fue el más conocido—, pero siempre volvió con Reed.

Situado en contra de la corriente patriotera, Reed tuvo que enfrentarse con un contexto hostil y difícil, hasta su madre le recriminó agriamente su actitud, que él no abandonó. Afirmó una y otra vez que aquella no era su guerra, que de ser enrolado —no fue por su enfermedad del riñón— no pelearía, porque para él esta guerra «significa una fea locura de chusma que crucifica a quienes dicen verdades, asfixia a los artistas, relega a la reforma, las revoluciones y el funcionamiento de las fuerzas sociales. En Estados Unidos, los ciudadanos que se oponen a la entrada de su país en la rebatiña europea son ya motejados de traidores ya los que protestan contra la restricción de nuestros magros derechos de libre expresión se les llama lunáticos peligrosos (…). Durante muchos años, este país va a ser la peor morada para los hombres libres». Todo ello no dejaba de presionarle e invitarle a un abandono que deseó en algún momento, pero que jamás tomó en serio. La situación parecía no tener salida y se planteó que tenía que encontrarse a sí mismo otra vez. «Algunos hombres», escribió, «parecen fijar su dirección en un principio, crecer de forma natural y con pocos cambios hasta llegar a lo que van a ser. Yo no tengo idea de lo que haré dentro de unos meses. Siempre que he querido llegar a ser una sola cosa he

fracasado; únicamente dejándome llevar por el viento me he encontrado, para lanzarme con alegría a un nuevo papel».

Es el momento de mirar hacia atrás para plantearse una nueva perspectiva. Comienza, en la primavera de 1917, a escribir una autobiografía que quedará inconclusa. Titulada Casi treinta años, establece el siguiente balance de su vida: «Tengo veintinueve años y sé que éste es el fin de una parte de mi vida, el fin de la juventud. A veces me parece que con él termina también la juventud del mundo; ciertamente la gran guerra nos ha hecho algo a todos. Pero es asimismo el principio de una nueva fase de la vida y el mundo en que vivimos está tan lleno de raudo cambio, color y sentido que apenas puedo evitar imaginarme las espléndidas y terribles posibilidades del tiempo por venir. Durante los Últimos diez años he recorrido la tierra de un lado a otro empapándome de experiencia, lucha y amor, viendo y oyendo, probando cosas. He viajado por toda Europa, ya las fronteras de Oriente, a México, empeñado en aventuras, viendo hombres inmolados y quebrantados, victoriosos y risueños, hombres con visiones y hombres con sentido del humor. He mirado a la civilización cambiar y ensañarse, endulzarse a lo largo de mi vida, y he tratado de ayudar; y la he visto marchitarse y desmoronarse en el rojo estallido de la guerra (…) Aún no estoy del todo harto de mirar, pero llegaré a estarlo, eso lo sé. Mi vida futura no será lo que ha sido, y por ello quiero detenerme un minuto, y ver hacia atrás, orientarme». Las noticias de la revolución rusa llegan en este preciso momento de la vida de Reed, que ve, por decirlo así, el cielo abierto. En un primer momento recibió con desconfianza las informaciones sobre la revolución de febrero, porque creyó que podía favorecer los planes de Wilson y compañía para involucra; aún más a Rusia en el esfuerzo de guerra, pero pronto comprendió que el curso de la revolución se dirigía a otra parte y no lo dudó más. Superó con dificultades los problemas administrativos y consiguió los medios económicos necesarios que, paradójicamente, fueron en parte facilitados por una millonaria.

Estuvo en Rusia entre septiembre de 1917 y febrero de 1918 viviendo, en el sentido pleno de la palabra, en el corazón de los acontecimientos. Sin perderse acto y mitin importante, escuchando a unos ya otros, hablando con todos, Reed fue anotando sus impresiones en un cuaderno y más tarde pudo

escribir su obra cumbre, Diez días que estremecieron al mundo, una auténtica obra maestra del periodismo revolucionario. Es interesante al respecto lo que cuenta Angélica Balabanov en sus memorias: «Me quedé algo extrañada y escéptica cuando [Reed] me dijo que había escrito un libro sobre la revolución y que lo tendría listo en unos días. Yo me preguntaba cómo podía un extranjero, con conocimientos rudimentarios de Rusia, escribir un relato correcto de semejante acontecimiento. Pero leídos los primeros capítulos de Diez días que estremecieron al mundo, comprendí hasta qué punto la intuición y el talento creador de John Reed, su apasionado amor por las masas, le habían permitido comprender, captar, el significado de los acontecimientos rusos. El libro sería publicado con un prólogo de Lenin y durante algún tiempo fue manual escolar en Rusia». El pensamiento de Reed evolucionó con el extraordinario espectáculo de masas, distingue entre los primeros tiempos del régimen democrático, donde «tanto la situación interior del país como la capacidad combativa de su ejército mejoró indudablemente, pese a la confusión propia de una gran revolución, que había dado inesperadamente la libertad a los ciento sesenta millones que formaban el pueblo más oprimido del mundo. No obstante, “la luna de miel” duró poco».

Aunque no pudo derrotar a la revolución por lo militar, el imperialismo sí que consiguió hacerle la vida imposible. Y así sería en tanto que otra revolución no ampliara el maltrecho horizonte nacional ruso. Reed y Louise ya tomaron parte inicialmente en este debate, y su posición era rotunda: a pesar de todos los pesares, había que darle a la revolución una oportunidad.

Angélica Salanova, una historia socialista

CUANDO Angélica Balabanov escribió el año 1938, *Mi vida de rebelde* (Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1974, traducción y prólogo de Teresa Pámies.) con el subtítulo de *Crónica de mi colaboración con el movimiento obrero internacional*, preludió esta obra con la siguiente cita de August Bebel, el «padre» de la socialdemocracia alemana:

«Si caemos en el curso de esa gran batalla por la emancipación del género humano, los que vienen detrás de nosotros avanzarán, y si caemos, lo haremos conscientes de haber cumplido nuestro deber como seres humanos y convencidos de que nuestro objetivo será finalmente alcanzado a pesar de la resistencia de las potencias hostiles a la humanidad. El mundo es nuestro, pese a todo…».

Esta reafirmación del viejo ideario socialista encarnado definitivamente por los leones de la socialdemocracia de antaño, es la de una mujer que se identificó total y plenamente con un período del movimiento obrero que había pasado a la historia. En aquellas fechas, la socialdemocracia alemana había sido derrotada sin resistencia digna de mención mientras intentaba aferrarse al sistema de valores de la burguesía liberal… cuando la burguesía ya había dejado de hacerlo. Lo mismo había ocurrido en Italia una década antes. En España, la socialdemocracia y el estalinismo se habían preocupado, sobre todo, de contrarrestar un proceso revolucionario guiado por los sentimientos y las ideas que la II y la III Internacional habían hecho «principios» en sus años gloriosos.

La resistencia ya no venía solamente de las antiguas potencias hostiles a la humanidad sino también de la burocracia, de los dirigentes profesionales del movimiento obrero que temían (en palabras del socialdemócrata alemán Scheidemann), a la revolución más que al pecado Los tiempos habían cambiado de una forma inusitada, la civilización burguesa parecía declinar hacia el fascismo y la guerra, mientras que en la URSS, el estalinismo se consolida pasando por encima del cadáver de toda la vieja guardia bolchevique y de todos los ideales de Octubre de 1917. Sin embargo, para Angélica Balabanov, desengañada de la experiencia bolchevique desde los comienzos de los años veinte, el socialismo seguía siendo la misma bandera que un día unió a gente como Bebel, Jaurès, Adler, Pléjanov, Rosa Luxemburgo, etc. Desde luego, ella sabía que entre estos leones y los gatopardos del momento, existía un abismo, pero no se planteó ninguna alternativa. Su obra se alimenta fundamentalmente de los recuerdos.

El drama de Angélica la fue también el de otras «grandes» de la socialdemocracia clásica como lo fueron Vera Sazúlitch, Anna Kuscioloff, Henriette Roland Holst, Madeleine Pelletier, Adelaida Popp; y otras, que si bien se mantuvieron como internacionalistas durante la Gran Guerra y simpatizaron con la revolución rusa y con los primeros años del Komintern, rechazaron antes o después el comunismo oficial. Estas mujeres, que representaron, junto con Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Alejandra Kollöntai y otras, el feminismo socialista de su tiempo, se quedó finalmente al margen del curso histórico. La propia Angélica que se mantuvo como una militante activa hasta el final de su existencia, nunca volvió a tener la aureola que alcanzó en su juventud.

Como subproducto de un amplio proceso revolucionario que siguió a la Primera Guerra Mundial, la mujer consiguió el voto en muchos países. No faltaron mujeres socialistas que ocuparan lugares importantes en la administración, en el Parlamento, pero ninguna de ella poseyó la voluntad y la audacia de estas pioneras.

La «colaboración» —como ella llama modestamente a su extenso y activo compromiso militante— de Angélica Balabanov como el movimiento obrero se extiende durante más de medio siglo. Extremadamente capacitada para los idiomas, esta colaboración tuvo dos

epicentros nacionales, Rusia e Italia, aunque también se desarrolló activamente en otros países como Bélgica —donde participó con gran entusiasmo en la Universidad Obrera—, Alemania, Austria y Francia. Su colaboración dentro de la Internacional Socialista en sus últimos años, y en los primeros Congresos de la Internacional Comunista, la hicieron sumamente célebre, hasta el punto que en su recibimiento en una gran ciudad concurrían miles de trabajadores.

Esta colaboración fue por abajo y por la altura, y allí conoció a la flor y nata del movimiento obrero de su tiempo (Bebel, Eliseo Reclús, Plejanov, Antonio Labriola, Turatti, Jaurès, Guesde, Hardie, Lenin, Zetkin, Luxemburgo, Trotsky, John Reed, Rádeck, Kollöntai, Emma Goldman, Berkman, etc.), con los cuales mantuvo, en diferentes momentos, una relación más o menos estrecha. Pero también se realizó por abajo. Angélica conoció el proceso revolucionario ruso muy estrechamente, y sobre todo conoció los años de esplendor del socialismo italiano, el avance que parecía inexorable de su militancia activa y organizada en el campo y en la ciudad, en la fábrica y en el tajo, en el Parlamento y en los centros culturales. Algunas de sus páginas más entusiastas están dedicadas a este proletariado militante que, tras la huelga general de 1920 en la que el PSI se quedó a mitad de camino —sin hacer la revolución, pero haciendo temblar a la burguesía que no tuvo reparos en apoyar el fascismo—, y sobre todo, tras el ascenso de Mussolini, decayó hasta no volver nunca más a ser la que fue. El Partido Socialista Italiano (PSI) de la segunda posguerra mundial será un espejo deformado de la que había sido en los primeros veinte años del siglo.

Un capítulo especial de su vida la ocupa su relación con Benito Mussolini. Fue precisamente Angélica la que inició a éste en el ideario socialista y la que apoyó sus comienzos socialmaximalistas, aunque nunca aceptó sus tendencias personalistas y demagógicas. Cuando éste se convirtió en un venenoso traidor, Angélica fue seguramente su más vehemente adversaria.

Angélica provenía de una familia aristocrática, pero no tardó en convertirse en su «oveja negra» porque era incapaz de soportar el trato brutal que se le daba a los criados y la miseria que contemplaba a su alrededor. Era muy joven cuando entró en contacto con el socialismo en la

ilegalidad, y se marchó al extranjero, huyendo de la Oljrana y con la intención de aprender lo que no podía aprender en su país. Después de viajar por Europa, sintió un «nexo místico de simpatía» por el movimiento obrero italiano y se instaló en Italia. Allí, junto con otra rusa de nacimiento, Anna Kuscioloff, pasó a ser la figura femenina más conocida del socialismo del país.

Sin embargo, Angélica no se mostró tan preocupada por la cuestión femenina como lo estuvo su compatriota. Se oponía «a toda forma de feminismo», porque entendía que: «… la emancipación de la mujer era uno de los aspectos de la emancipación de la humanidad. Porque queríamos que la mujer —particularmente la obrera— comprendiera esta idea, aprendieran que debían de luchar no contra los hombres, sino con ellos y contra el enemigo común: la sociedad capitalista…»

Durante la Gran Guerra, Angélica fue una ferviente internacionalista. En la víspera, había sido una de las que más activamente participó desde el Buró Socialista Internacional en el intento de anudar la relación de la socialdemocracia mundial para tomar una posición antiguerra en común. Como portavoz de los socialistas italianos, situados en la tendencia internacionalista pacifista, contraria de los bolcheviques que planteaban convertir la guerra imperialista en guerra civil, Angélica fue una de las animadoras tanto de la Conferencia de Zimmervald como la de las mujeres socialistas contra la guerra. Su nombre quedó indisolublemente ligado a ambas reuniones, hasta el punto que, cuando los bolcheviques comenzaron a trabajar en serio por la III Internacional, la consideraron como la representación de Zimmervald.

Con la primera fase de la revolución rusa, Angélica regresó a su país natal y no tardó en ingresar en las filas bolcheviques, estando de acuerdo con sus posiciones de «todo el poder para los soviets» y con la creencia de que en su interior se podrían organizar todos las tendencias.

Para otra gran mujer socialista, Anna Kuscioloff, por el contrario: «Todos los hombres de cualquier clase social, salvo contadas excepciones, y por una serie de razones poco lisonjeras para un sexo que pasa por fuerte, considera como un fenómeno natural su privilegio de sexo y lo defienden con una tenacidad maravillosa, llamando en su auxilio a Dios, la Iglesia, la

ciencia, la ética y las leyes vigentes, que no son otra cosa que la sanción legal de la prepotencia de una clase y de un sexo dominante…». Anna Kuscioloff fue la principal promotora del movimiento de mujeres socialistas en Italia.

Durante un par de años trabajó en el frente de la revolución, viendo como poco a poco «la necesidad material transformaba y deformaba a los seres humanos y cortaba las alas de la joven revolución social», como «hombres y mujeres que habían entregado su vida a un ideal, que habían renunciado materialmente a ventajas, libertad y felicidad, afecto familiar, por la realización de sus convicciones y, sin embargo, podían obsesionarse totalmente con cosas tan primarias como el hambre y el frío». La necesidad extrema doblegaba los más poderosos idealismos, y las «mujeres, que debían a la revolución todos sus flamantes derechos y dignidad, se volvieron súbitamente viejas y ajadas, físicamente deformadas por sus penalidades y la constante preocupación por sus hijos…» la salida a esta situación agobiante y deformadora era claramente la extensión de la revolución. Rusia sufría en su opinión «la tragedia de haber comenzado la revolución».

Con esta intención, Angélica ocupó su lugar en la Internacional Comunista donde su punto de vista se hizo cada vez más coincidente con el de la izquierda socialista italiana, en particular con el de Giancinto Serrati. En los años que siguen a la guerra civil, sus diferencias internas con el partido y con el régimen se fueron ampliando, paralelamente a que se desarrollaba en el interior de la Internacional. Sus diferencias con Zinoviev y Rádeck llegaron a hacerse abismales y en sus recuerdos trata a éstos sin piedad. La condición propuesta por el ultraizquierdista Bordiga, y que tan graves consecuencias tuvo para alejar de la IC a la extrema izquierda socialista, fue para ella la gota que desbordaba el vaso de su impaciencia. Después de unas largas discusiones con Lenin, pudo salir de la URSS a finales de 1921.

Teresa Pámies, en el prólogo de *Mi vida*, escribe con bastante acierto sobre esta fuga hacia adelante: «Para Angélica Balabanov todo parece claro hasta el año 1917. No comprende la táctica de los bolcheviques necesariamente audaz y apabullante en aquellas circunstancias. Acosada por

al estupefacción se revuelve, se defiende, se malogra en la pequeña política (la petite politique), en el triste y desmoralizan te sentimiento de ser “subestimada” por los “novatos”, “pisoteada” por los arribistas. Pese a sus reiteradas manifestaciones de humildad, sufre en su amor propio. Su condición de funcionario no le permite ese contacto activo con las masas que hizo de ella una militante en Italia. La magnitud de la revolución que, teóricamente, comprendía como pocos, se le escurre de tal modo que, a los cuarenta años de edad, se siente vieja. No cree —y se equivoca— que su país y su pueblo pueden utilizarla. Luchará contra ese sentimiento, que en el fondo le da vergüenza; pero tampoco la ayudarán a superarlo gente como Zinoviev, su jefe inmediato, cuyo defecto exagera, pero no inventa. Es una época triste para la militante que llega de un exilio fabulosamente activo. Al estado de ánimo político se agregan condiciones materiales que minan su organismo y se produce el colapso. La obsesión de salir de la Rusia soviética se convierte en necesidad casi enfermiza y Lenin le da el salvoconducto para exiliarse».

De nuevo en el exilio se reintegra en el ala más radical de la socialdemocracia italiana. En 1925, su antiguo alumno, Mussolini, la obliga a huir precipitadamente a Francia. En 1926 es elegida secretaria del Buró de París de los partidos socialistas disidentes de la Internacional Socialdemócrata, y en la segunda mitad de los años treinta la encontramos representando a los socialistas maximalistas italianos adheridos al Buró de Londres, también conocida como la tres y media (entre la Tercera y la Cuarta Internacional), que durante la guerra y la revolución española dará su apoyo al POUM.

Alejandra Kollöntai, de revolucionaria a diplomática

LAS mujeres obreras jugaron un papel capital en la revolución rusa, y algunas como Alejandra expresaron este papel con una gran audacia, tomando parte en los grandes momentos y escribiendo ensayos y novelas que escandalizaron a los hombres comunistas. Hasta que se retiró a la diplomacia para ser una sombra de lo que había sido.

El largo proceso del movimiento revolucionario ruso —que va desde el intento insurreccional de los «decembristas» hasta la consolidación del estalinismo—, es extraordinariamente rico en cuanto a su participación femenina se refiere. Bastante reducido a una vanguardia muy estricta por las propias exigencias de la clandestinidad, este movimiento fue llevado, hasta la eclosión popular de 1905 y de 1917, por militantes surgidos, fundamentalmente, del seno de las clases opresoras. Se puede decir que, sobre todo en su etapa final, no existió una familia perteneciente a las clases privilegiadas que no tuviera una o varias «ovejas negras» entre los suyos y que, entre éstos, no hubiera una mujer que, en ruptura con el ambiente conservador, se lanzara a una incierta aventura revolucionaria que equivalía a una terrible clandestinidad y casi invariablemente la cárcel, los malos tratos, el destierro en Siberia o, en el mejor de los casos, el exilio en Europa o en Norteamérica, donde la militancia revolucionaria se curtía culturalmente absorbiendo ávidamente la producción cultural de la izquierda occidental cuya producción intentaba aplicar y enriquecer en una praxis interior en la que el diletantismo era muy difícil.

La historia de estas mujeres está en gran medida, todavía por hacer. Durante su estancia en la Rusia soviética, la compañera de John Reed, Louise Bryant, escribió un amplio reportaje sobre la aportación femenina a la revolución y descubrió, algo que Lenin y los historiadores reconocerían más tarde, a saber, que habían sido las mujeres las que habían desencadenado el proceso revolucionario un 8 de febrero (8 de marzo, Día de la mujer trabajadora, en el calendario occidental). Su testimonio no ha llegado hasta nosotros y posteriormente los trabajos sobre el papel de la mujer en la revolución rusa representan una ínfima porción dentro de la inmensa bibliografía escrita sobre este acontecimiento.

La mujer rusa necesitaba todavía más que los hombres un cambio revolucionario. Habían sido las esclavas de los esclavos y todavía, en pleno siglo XX, la legislación zarista reconocía a los maridos el derecho de maltratar a sus esposas. Sin embargo, aunque esta necesidad fuese apremiante, el atraso cultural, la represión y por supuesto, la incomprensión del propio movimiento revolucionario, hizo que la incorporación de las mujeres a la lucha fuera tardía y subordinada. Rusia careció de un período de libertades democráticas amplias que permitiera la creación de organizaciones de mujeres con una sólida implantación, con un importante número de cuadros capaces de establecer sus propios criterios… La revolución, la guerra civil, el ascenso de la burocracia, la sucesión vertiginosa de acontecimientos no permitió que las grandes ideas desarrolladas por diferentes generaciones de mujeres revolucionarias rusas, empezando por las audaces nihilistas y continuando por las que lucharon en cada una de las ramas del movimiento revolucionario, cobraron cuerpo a través de organizaciones estables y capaces de imponerse… Por todo ello, la historia del feminismo revolucionario ruso se ilustra primordialmente a través de las grandes individualidades, de figuras legendarias como lo fueron las populistas Maria Spiridonova y Vera Figner, la menchevique Vera Zasúlitch, o las bolcheviques Alejandra Kollöntai, Angélica Balabanov, Larissa Reissner, Nadia Krupskaya, Inessa Armand, Elena Stássova, Eugenia Bosch, etc.

No hay duda: ninguna de las mujeres que dieron vida a la revolución rusa han alcanzado una popularidad internacional tan intensa como

Alejandra Kollöntai, a la que Jacques Saboul llamó «la egeria bolchevique del amor libre». Esta gran popularidad se deriva, sobre todo, de la notable importancia de sus escritos feministas, de su papel al frente de la efímera y polémica Oposición Obrera, pero sobre todo del hecho de que fue la representante femenina más cualificada del bolchevismo triunfante y como tal, fue una de las «bestias negras» para la derecha, su candidata de mayor prestigio (tercera en las listas para la Asamblea Constituyente), la primera mujer ministra de la historia… Además, quizá nadie mejor que ella define el alcance y las limitaciones, los aciertos y los errores de la revolución, y representa más fielmente la corrupción que conllevó el surgimiento y la consolidación de un poder burocrático cuya actitud hacia los derechos de la mujer, refleja mejor que con cualquier otro ejemplo, su naturaleza reaccionaria.

En un balance escrito ya en la vejez[76], la propia Kollöntai establece su trayectoria militante sobre una triple aportación:

«Mi primera aportación, naturalmente, es la que he dado en la lucha por la emancipación de las mujeres trabajadoras y por el afianzamiento de su igualdad en todas las esferas del trabajo, de la actividad estatal, la ciencia y demás. Con la particularidad de que enlazaba indisolublemente, la lucha por la emancipación y la igualdad con la doble misión de la mujer: la de ciudadana y la de madre (…) segunda aportación a la lucha por la agitación de una sociedad nueva es mi labor internacional, la agitación y la propaganda realizadas en muchos países y, esencialmente, en los Estados Unidos de Norteamérica durante la primera guerra imperialista. La labor realizada, por indicación de Lenin, para apartar de la II Internacional a los elementos de izquierda y sentar los fundamentos de la III Internacional (…) tercera aportación a la política de fortalecimiento de la Unión Soviética es mi actuación en la diplomacia, desde 1922 hasta marzo de 1945…»[77]

Quizás de acuerdo con Voltaire que afirma que «el amor propio dura toda la vida», Alejandra rescribe la historia en función de las exigencias de la historia oficial. Ya no se presenta como una mujer sexualmente emancipada, ni como una inconformista dentro de los rangos marxistas y bolcheviques, no menciona para nada de nada a Stalin que viene a ser algo así —salvando las distancias— como hablar del siglo de Pericles sin

mencionar a Pericles. Se sitúa bajo el amparo de Lenin con el que mantuvo sus acuerdos, pero también sus desacuerdos y adapta su feminismo a la versión oficial del Estado: la mujer debe ser ciudadana y madre.

No hay que ser excesivamente perspicaz para distinguir una ruptura muy profunda entre la «egeria bolchevique del amor libre» y la diplomática. Ella misma dice en sus *Memorias*:

«… En realidad, puede decirse que he vivido varias vidas y no una sola, por haber pasado a través de etapas tan distintas. No ha sido una vida fácil ni un "camino de rosas", como dicen los suecos. En mi vida ha habido de todo: logros, un trabajo tremendo, reconocimiento, popularidad entre las amplias masas, persecuciones, odio, cárceles, reveses e incomprensión de mi idea fundamental (en la cuestión femenina y en el planteamiento del problema del matrimonio, muchas rupturas dolorosas con camaradas y divergencias con ellos, pero también han existido largos años de labor, unidad y compenetración en el partido) bajo la dirección de Lenin»[78].

Su autobiografía no entra en el alcance de los conflictos que vivió, aunque algo se insinúa. Sus etapas quedan disueltas por saltos y enormes lagunas en sus recuerdos. Una biografía pormenorizada seguramente distinguiría varias fases en su vida, pero a «grosso modo» tendría que establecer dos tiempos totalmente diferenciados. El primero abarcaría desde su iniciación militante hasta 1922, y entraría en él todas sus aportaciones en el terreno del feminismo socialista y de la política marxista, también entrarían sus grandes momentos: 1903, 1905, 1914, 1917, 1919… El segundo sería de una absoluta oscuridad sin el anterior. Ningún historiador hubiera prestado atención a una opaca y proba diplomática a no ser para acercarse a algunos acontecimientos importantes (expulsión de Trotsky de Noruega, negociaciones con los finlandeses durante la II Guerra Mundial, candidatura para el Nobel de la Paz en 1943, etc.), y al hacerlo no hubiera distinguido en Alejandra Kollöntai ningún rasgo independiente. Quizás lo más singular que tuviera durante este período es que resultó ser una triste excepción: la del único dirigente de la vieja guardia bolchevique que aún habiendo pertenecido a un grupo opositor —la Oposición Obrera— sobrevivió las «purgas» de Stalin.

La vida de Alejandra se inicia en el corazón del industrialismo y de la

vida política rusa: San Petersburgo. El año es 1872 y sus padres pertenecían a la clase media alta, él era un general de carrera y ella una hija de campesinos acomodados. Las obligaciones militares del padre la llevaron a diferentes lugares, entre ellos Bulgaria y Finlandia, a la sazón bajo el yugo zarista. Por sus viajes, sus exilios y su formación, Alejandra será una internacionalista formada en el seno de la II Internacional.

Sus padres pertenecían, políticamente, al sector liberal de la autocracia. Se identificaban con una monarquía constitucional según el modelo inglés y aborrecían los excesos de la dictadura. Sus costumbres eran relativamente abiertas y su radicalismo era totalmente pasivo, así por ejemplo, aunque simpatizaron con la ejecución de Alejandro II en 1881, nunca transgredieron la ley conscientemente. Esta moderación se manifiesta ante el problema de la educación de su hija: sus planes son totalmente tradicionales, hasta el extremo que tratan de protegerla contra el contagio revolucionario que atravesaban las escuelas y hacen que sea al revés: una aya la que la eduque en casa. Pero el contagio es tal que la maniobra les sale al revés: la aya simpatiza con los populistas. De esta manera, Alejandra M. Domontovich, sufre su primera «infección» socialista.

La segunda le vendrá por su afición a la literatura romántica. Mientras que sus padres planean un buen matrimonio social, ella sueña con «una gran pasión». Esto le lleva a rechazar los preceptos paternos y escoge ella misma su marido. Se trata de un primo suyo cuyo apellido era Kollöntai y que se encontraba en un escalón social inferior. Según parece, el joven marido no deja de ser bueno y afectuoso, pero resultaba poca cosa para los sueños de Alejandra. En un primer momento ella intenta abrirse vías como escritora, pero en éste no se parecía a George Sand. Escribió una novela que envió al bueno de Vladimir Korolenko —el famoso escritor populista que gustaba ayudar a los jóvenes y que fue decisivo en la carrera inicial de Gorki—, y éste le contestó que era una mala novela pero que debía de continuar en su empeño. Para el señor Kollöntai se trataba de un capricho inútil y aceptó con condescendencia e ironía estas inclinaciones. Pero el paso siguiente fue la lectura de propaganda antigubernamental. Esto era demasiado. Los conflictos se profundizaron. A los tres años de su matrimonio, Alejandra dejaba a su marido, entregaba su hijo a sus padres y se metía de lleno en la

actividad política. De su marido solamente conservó el apellido.

A pesar de su primera influencia populista, Alejandra entró en contacto con los círculos de propaganda marxista que ya gozaban, a finales del siglo XIX, de un notable predicamento entre la oposición activa. Su formación literaria le ayuda y pronto se encuentra dando clases en un centro de instrucción para obreros y tomando parte en los debates intelectuales que tienen lugar en las grandes mansiones de la oposición liberal. En una de ellas, concretamente en la de la familia de Elena Stassova, conoce la existencia de una corriente que pretende revisar el marxismo y que en Rusia tiene como traductores a los llamados «marxistas legales» cuyo objetivo era la «modernización» de Rusia como punto previo a toda consideración sobre el socialismo. Ella se inclina por los radicales, pero quiere poseer una formación mayor y se traslada al extranjero.

Alejandra sale de Rusia en 1898 y su primera etapa es Alemania. Allí será notablemente influenciada por el feminismo de Clara Zetkin y conoce desde primera fila los contendientes del debate sobre el «revisionismo». Rechaza a Bernstein y simpatiza con Kautsky primero y con Rosa Luxemburgo después: «me entusiasmé con Kautsky, dirá, devorando la revista *Die Neue Zeit*, editada por él, y con los artículos de Rosa Luxemburgo. Me interesó particularmente el librito de ésta Reforma o revolución, donde refutaba la idea integracionista de Bernstein».

Cuando regresa a Rusia a finales del mismo año ingresa en el recién fundado partido socialdemócrata cuya dirección cae en manos de la policía. Militante del partido, tomará parte en el Congreso de 1903 que será sacudido por la controversia entre mencheviques y bolcheviques. Ahora la opción no le parece tan clara. Aunque simpatiza con la intransigencia de Lenin, siente un gran respeto por la vieja guardia que encabeza a la otra fracción. Tendrá que venir el «ensayo general» de 1905 para que tome una posición clara a favor del leninismo. En este histórico «ensayo», Alejandra tomará parte como actora:

«El "domingo sangriento" de 1905 me sorprendió en la calle. Me dirigí con la manifestación hacia el Palacio de Invierno y la visión de la matanza cruel de los obreros desarmados se grabó para siempre en su memoria: aquel día de enero extraordinariamente soleado, los rostros confiados en

espera de la señal fatídica de las tropas desplegadas en torno del palacio… los mares de sangre sobre el blancor de la nieve, los látigos de cuero, los gritos, los gendarmes, los muertos, los heridos… los niños muertos en las descargas. El comité del partido (bolchevique) desconfiaba de esta manifestación del 9 de enero. Gran número de camaradas, en las reuniones obreras convocadas a tal efecto, trataron de disuadir a los obreros de participar en la manifestación, que a ellos sólo le parecían una provocación y una trampa. En cuanto a mí, opinaba que se debía de ir. Esa manifestación demostraba la determinación de la clase obrera, se revelaba como una escuela de actividad revolucionaria. Estaba entonces apasionada por las decisiones del Congreso de Amsterdam sobre las acciones de masas».

Su actuación será la de una feminista socialista que trata de organizar a las mujeres obreras al margen y en contra de las moderadas mujeres liberales, para las que el movimiento obrero sólo tiene que actuar para conquistar las libertades renunciando a tener una política independiente. Sigue los criterios de Clara Zetkin y forma una asociación de mujeres muy vinculadas al partido. No obstante, a pesar de los brillantes resultados iniciales, la asociación no logrará consolidarse y desaparece ante los primeros embates de la represión.

Aunque se presenta en sus recuerdos como una bolchevique «de toda la vida», lo cierto es que hasta 1917 osciló entre las dos corrientes fundamentales del movimiento obrero ruso. Después del retroceso de la revolución de 1905, Alejandra interviene en el debate que separa internamente a los bolcheviques entre los partidarios de participar en las elecciones en la Duma zarista —reconociendo que el movimiento se encontraba en declive y había que aprovechar esta oportunidad para hacer agitación—, y los que querían boicotearlas porque consideraban la participación como una claudicación. Lenin se encontraba entre los primeros, Alejandra entre los segundos. Esto le alejará del bolchevismo durante una buena época durante la cual militará con los mencheviques y tomará parte en los frustrados intentos de Trotsky por conciliar a unos y otros en un solo partido como en Alemania.

En 1908 será expulsada de Rusia por dos cargos: por tratar de organizar a los obreros textiles y por la llamada a la insurrección que había hecho en

su libro Finlandia y el socialismo. Años antes (1903), había ya publicado Las condiciones de vida de los obreros finlandeses. Obras que darán la medida de la capacidad de análisis y de investigación marxista de Alejandra que trabajó durante cerca de tres años para escribir el segundo.

Permanecerá ahora nueve años en el exilio. Un largo período durante el cual la internacionalista luchará como escritora y agitadora en Alemania, Francia, Inglaterra —donde polemiza agriamente con Beatriz Webb—, Suiza, Bélgica, Dinamarca, Noruega y los Estados Unidos donde permanecerá durante cerca de dos años. Durante todo este tiempo, Alejandra más que una representante de una u otra tendencia es una figura notable dentro del socialismo ruso, que mantiene sus propios puntos de vista que una vez coinciden con unos y otra vez con otros. Ante la prueba decisiva de la Gran Guerra su actitud la acerca paulatinamente a los bolcheviques… Internacionalista activa, escribe un folleto, *¿A quien sirve la guerra?* que tuvo una gran acogida y que denuncia los intereses imperialistas y el patriotismo burgués como principales responsables de una contienda que define en término de barbarie.

Al principio de la guerra participa en la redacción de la revista *Nasche Slovo* (Nuestra palabra), que anima en París Trotsky. En campaña de agitación en Alemania, colaborará con Karl Liebknecht hasta que será detenida y finalmente expulsada. En 1915 inicia su acercamiento político definitivo a Lenin —en ocasiones tratará de ser más «leninista» que Lenin —, y participa en varias conferencias internacionales defendiendo sus criterios. Este es el caso de la II Conferencia Internacional de las Mujeres Socialistas y de la famosa Conferencia de Zimmervald. Regresará a Rusia poco después de la revolución de Febrero. Desde el primer momento representa las posiciones de Lenin al que describirá como un hombre por encima de la humanidad, como la «encarnación de una fuerza cósmica». Se opondrá por lo tanto a la dirección del interior de los bolcheviques (Kamenev, Stalin), y se manifestará contraria al apoyo que éstos dan críticamente al Gobierno Provisional. Dentro del Comité Central será la única voz favorable a las *Tesis de abril* escritas por Lenin rectificando sus anteriores premisas en torno al carácter de la revolución por hacer: si antes propugnaba una «dictadura conjunta de obreros y campesinos» para

instaurar una República democrática, ahora afirma que será socialista y proletaria. La identificación de Alejandra con Lenin es tal que en la recién bautizada Petrogrado circulaba una «chastushka» (una suerte de «corrido» ruso), que decía: Lo que Lenin grita / la Kollöntai imita.

Su papel en la lucha revolucionaria fue notable desde el principio. Sería la primera mujer elegida para el Comité Ejecutivo del Soviets de Petrogrado, y más tarde miembro del Comité Ejecutivo Pan-Ruso de los Soviets. Su popularidad como agitadora alcanzó su punto más alto en víspera de la revolución, hasta el punto que los bolcheviques la nombraron en su ausencia —se encontraba en las cárceles de Kerensky— para el CC, y como tercera para las elecciones a constituyente. De las cárceles al poder sólo hubo un paso que Lenin definió como de «vértigo».

En unos días consiguió una celebridad mundial al ser nombrada «comisaría» del Ministerio de Asistencia Pública. Su entrada en su nuevo puesto de trabajo desdice toda la fama que le había creado la derecha. Los funcionarios, hostiles a la revolución, la recibieron con una huelga. Alejandra sorprendida sólo acertó a llorar. Luego vendría la guerra civil con su secuela de terror, hambre y muerte.

Su paso por el Ministerio fue breve, pero mientras duró se hicieron más cambios de los que un gobierno tradicional nunca sería capaz de hacer… Alejandra firmó la supresión de los cultos, el reparto de las tierras de los monasterios a los campesinos, la creación de guarderías estatales, el lanzamiento de una gran campaña para la protección de la mujer-madre. Mirando más globalmente se puede decir que:

«… La mujer rusa, con la revolución de 1917, alcanzaba su mayoría de edad total legalmente, podía participar en todos los sectores de la vida pública en igualdad de condiciones con los hombres; y estas enormes posibilidades iban acompañadas por el ejemplo que constituían mujeres que, como Kollöntai y otras, con su práctica en las gestiones públicas e incluso en su vida privada, adelantaban las características de un tipo de mujer del futuro. La situación de igualdad recién adquirida por las mujeres rusas las situaba en una posición ventajosa respecto a las mujeres del resto de Europa. Efectivamente, los países de la Europa "democrática" apenas empezarían a reconocer el derecho a voto a las mujeres entre los años 20 y

30, y en otros como Italia y Alemania daba comienzo un proceso reaccionario que iba a significar para la mujer el retorno a los moldes judaicos y orientales más primitivos con la legislación fascista y nazi»[79].

En su famosa autobiografía, Alejandra Kollöntai se define como una mujer emancipada, y si tenemos en cuenta el contexto en que vivió, no debe de haber duda de que lo fue. A lo largo de su vida militante, llevó una lucha constante y casi solitaria —no tuvo un movimiento femenino detrás como lo tuvo Clara Zetkin— por los derechos de la mujer, excluida la libre sexualidad. Esta actividad se concretó en su acción como agitadora tanto en Rusia como en los numerosos países donde vivió, en sus aportaciones en diferentes congresos y conferencias internacionales, en su acción dentro del marxismo ruso por potenciar organizaciones autónomas de mujeres, y en el proceso revolucionario soviético en la defensa de unas premisas que podemos sintetizar así: Destruir la familia burguesa, liberar la sexualidad, oponer al matrimonio monógamo la comunidad, desarrollar una mujer nueva con una nueva moral en la construcción del socialismo.

En este proceso se habla de una «mujer nueva» que se distingue por «… La disciplina, en vez de la afectividad exagerada; la apreciación de la libertad y de la independencia, en vez de la sumisión y de la impersonalidad; la afirmación de su individualidad, en vez de los esfuerzos ingenuos por llenarse de la forma de ser del hombre amado y reflejarlo». Con estas firmes palabras, Alejandra Kollöntai, certifica la paulatina pero imparable lucha de las mujeres por transformar su destino en la sociedad patriarcal, y con ello, el de toda la sociedad. La búsqueda de una síntesis real, y no preestablecida, entre feminismo y socialismo es la clave de una obra que continúa sorprendiendo por la inteligencia y audacia de los problemas planteados[80].

Había tenido un buen número de amantes, y hablaba de la sexualidad con un desenfado que sólo compartía en Rusia otra bolchevique: Inessa Armand. Esto era demasiado para la derecha que la cogió como un ejemplo de la perversidad revolucionaria. Un ejemplo de lo que decimos es el que tuvo lugar cuando, con un grupo de obreros, intentaba apagar el incendio del Palacio de la Maternidad que se había creado a instancia de su ministerio. El incendio había sido provocado por los saboteadores, pero la

jefe de las niñeras —en una actitud sintomática de que en todo este período tuvo el funcionariado zarista—, comenzó a gritar contra ella de forma histérica, clamando:

«¡Miradla! Esa es la Kollöntai, la bolchevique feroz. ¡Ella es quien ha prendido fuego a nuestra casa! ¡Quería abrasarnos con estas criaturas! Para que se condenaran nuestras almas cristianas. ¡Lo que quieren los comisarios es quedarse con el racionamiento de los niños!…»:

Alejandra encontró en la primera fase de la revolución un amplio movimiento protagonizado por las mujeres. Fue un momento único en la historia de Rusia. En muy pocos días se tomaron medidas que poco antes parecían imposibles. Se llegó a facilitar el derecho al aborto, y desapareció el concepto de hijo ilegítimo. El matrimonio y el divorcio se redujeron a un trámite sin complicaciones. En el terreno económico se abolieron las trabas que impedían el acceso de la mujer a la industria ya la administración. Se crearon innumerables comedores públicos, guarderías… La propia Alejandra hará en 1921, el siguiente balance de los primeros tiempos del poder de los soviets:

«… Durante los tres años de revolución, en los que se derribaron los pilares fundamentales de la sociedad burguesa y se intentaba tenazmente erigir con la mayor rapidez posible las bases para la sociedad comunista, reinaba una atmósfera en la que las tradiciones rebasadas se extinguían con rapidez increíble. En su lugar brotaban ante nuestros ojos formas totalmente nuevas de sociedad humana. La familia burguesa ya no era indispensable. La mujer por razón del trabajo general obligatorio para la comunidad, y en ésta, se encontraba con formas de vida totalmente originales. Se hallaba obligada a estar presente en el trabajo no sólo exclusivamente para su propia familia, sino también para la colectividad; surgían nuevas condiciones de vida y también nuevos tipos de matrimonio…».

El propio partido bolchevique, que hasta el momento no había concedido a la cuestión de la mujer el lugar que merecía, decía en su programa escrito en 1919: «En el terreno ideológico y educativo, la tarea principal del Partido en este momento consiste en desterrar los prejuicios heredados fundamentalmente por las capas más atrasadas del proletariado y los campesinos. No podemos conformarnos con declarar la igualdad formal

de la mujer. Debemos liberarla de las cargas del trabajo doméstico, creando casas comunales, comedores colectivos, guarderías infantiles, etc.». Pero el proyecto bolchevique se desarrolló en un marco pleno de dificultades políticas y materiales. La revolución que ya había heredado unas bases económicas subdesarrolladas y una situación de crisis total motivada por la Gran Guerra y el propio proceso revolucionario, se encontró además con un cerco internacional y una guerra civil que destruyó todas las posibilidades de una evolución coherente. La clase obrera y su fracción más avanzada sufrieron un desgaste total. Los viejos proyectos que alumbraron Octubre tuvieron que adaptarse a una salida de supervivencia; sus protagonistas sociales se encontraron con un nuevo dilema: reconstruir el poder de los soviets y extender la revolución internacional, o consolidar el camino de un nuevo poder basado en la burocracia y buscar un «modus vivendis» con el capitalismo internacional… La victoria de Stalin significó la segunda vía.

A estas condiciones impuestas por las graves circunstancias que rodearon la revolución, hay que añadirle las derivadas de los errores y tradiciones seculares de la clase obrera en el poder. El propio Lenin reconoció dolorosamente que bajo el barniz de muchos comunistas se escondía un marido tradicional, y los sectores burocráticos ahora predominantes fueron desarrollando un «obrerismo» de marcado signo antifeminista. Se empezó a decir que el feminismo representaba algo así como una desviación de la lucha de clases, y se decía que la liberación de la mujer se garantizaría con el triunfo de la revolución. Mujeres del temple de Clara Zetkin y de Alejandra Kollöntai no fueron capaces de contraponerse a estos criterios. Incluso, en el caso de esta última, se llega a teorizar una serie de desigualdades como:

1. la que conllevaba el acaparamiento masculino de la mayoría de puestos de trabajo, y en éstos, de los más cualificados, al tiempo que las mujeres eran relegadas al sector de servicios;
2. la que se derivaba de la elevación del salario familiar, de manera que el hombre no necesitará que la mujer abandonara el hogar y que, por lo tanto, se viera obligada a permanecer como esclava doméstica.

La cocinera siguió siendo la cocinera, cortada de la vida política y social, sujeta a su marido. Con Stalin, la mujer soviética fue perdiendo todas sus conquistas. Pero esta es ya otra historia ante la cual Alejandra Kollöntai mantuvo un silencio aprobatorio. Entre aquella mujer que quería acabar con la esclavitud femenina y ésta ya instalada en un sistema en el que el machismo estaba plenamente institucionalizado aunque de una forma muy diferente al de los tiempos del zarismo… hay un intermedio marcado por las derrotas.

La tendencia natural de Alejandra Kollöntai dentro del bolchevismo fue la de inclinarse siempre hacia su sector más izquierdista. En víspera de la revolución ya pesar de su plena admiración por Lenin, compartió las posiciones de Bujarín y Piatakov que contraponían la dictadura del proletariado contra derechos democráticos tradicionales como el de la autodeterminación de las nacionalidades. Durante los debates que tuvieron lugar alrededor de la pertinencia de los acuerdos de Brest-Litovsk, Alejandra se alineó con el sector intransigente que propugnaba su negativa a cualquier compromiso. Como miembro de los comunistas de izquierda, dimitió como comisaría y declaró en el VII Congreso del partido: «Si nuestra República Soviética ha de perecer, otros llevarán más adelante su bandera».

Ya no fue nunca más reelegida para el Comité Central. En 1920, unió su prestigio al de Slíapnikov para crear la Oposición Obrera, una tendencia dentro del bolchevismo cuyo programa redactó, este prestigio seguía intacto, ya pesar de la virulencia del debate, Alejandra pudo expresar abiertamente sus posiciones en el interior del partido e incluso a una instancia superior, como en aquel tiempo se consideraba la Internacional Comunista. La Oposición Obrera consideraba que la burocracia había esclerotizado al partido. La burocratización desarrollada durante el «comunismo de guerra» impedía, a sus ojos, cualquier iniciativa personal o colectiva de la clase que, al menos teóricamente, ostentaba el poder. El partido se había ido separando de la clase y había comenzado a establecer un rígido control económico e ideológico sobre ella. En su opúsculo escrito de cara al X Congreso del partido, definía así el problema: «El punto cardinal de la controversia entre los dirigentes del partido y esta oposición,

es el siguiente: ¿a quién confiará el partido la edificación de la economía comunista? ¿al Consejo Superior de Economía Nacional, con todos sus departamentos burocráticos, o a los sindicatos industriales?».

Los dirigentes del partido tachan a su grupo de «anarcosindicalista», y lo cierto es que en su propuestas se encuentra la huella de Daniel de León y de las teorías sobre la democracia industrial que imperaba entre la IWW norteamericana (Obreros Industriales del Mundo). La Oposición defiende el control obrero basado en un sindicalismo independiente del Estado, y plantea que para «desterrar la burocracia que se alberga en las estructuras soviéticas, hay que empezar por desterrar la burocracia del propio partido». Para Lenin y Trotsky, la Oposición Obrera denuncia una realidad que reconocen, pero la combate a través de grandes conceptos y no de una situación concreta en la que el control obrero carece de un movimiento real para aplicarse y en la que la supervivencia del Estado soviético pasa por encima de cualquier otra consideración. La Oposición Obrera es derrotada y Alejandra ya no volverá a levantar la cabeza como discrepante, y ello a pesar de que los elementos de corrupción que denunciaba se fueron haciendo cada vez más grandes. Solamente un pequeño grupo de militantes poco conocidos siguen manteniendo su bandera hasta que las «purgas» de los años treinta los barrerá definitivamente.

Cuando ocurre esta claudicación de Alejandra, el feminismo revolucionario de los primeros años, ya ha pasado a la historia. En los medios de opinión se la trataba de «georgedandista» (de George Sand) y carece de apoyos en el movimiento para defender sus viejas ideas. Gradualmente, se va situando bajo la sombra de Stalin. No se sabe cómo éste consiguió que la vieja dama inconformista se adaptara a sus planes, pero no es descabellado pensar que concurrieron dos alternativas: o arriesgarse a sufrir una gran campaña de desprestigio apoyada sobre sus divergencias lejanas con Lenin y en su vida privada, o una carrera diplomática al servicio del equipo dirigente. Está claro que optó por lo segundo y así, la encontraremos, desde 1923 a 1925 en Noruega; desde 1925 a 1927, en México; desde 1927 a 1930, otra vez en Noruega, y desde 1930 a 1945, en Suecia…

Su colaboración con el estalinismo fue poco notable, con la excepción

de su incalificable intervención en 1927 para someter a Nadia Krupskaya, la mujer de Lenin. Su novela, *Un gran amor*, trataba al parecer de las posibles relaciones que tuvo el jefe bolchevique con Inessa Armand. De persistir en su actitud militante a favor de la Oposición de izquierda, la novela se publicaría siendo mucho más explícita…

Para Nadia Krupskaya, esto era demasiado. Alejandra Kollöntai había ya puesto su vida a los pies del Estado al que serviría sin fisuras manifiestas. Es más que posible que sufriera interiormente todo lo que pudo contemplar, pero careció de valor para escoger el camino de la oposición. Murió en 1952, olvidada como revolucionaria y recordada como diplomática. Su casa era como un museo lleno de viejos muebles y de fotografías que recordaban sus años jóvenes. Sus obras no aparecieron, incluso en su versión adaptada a las nuevas circunstancia, hasta tiempo después de la muerte de Stalin. El renacimiento del pensamiento revolucionario en los años sesenta pasó también por ella, y tanto su figura como su obra anterior a 1921, ha sido, desde entonces, un foco de atención para las nuevas generaciones[81].



PEPE GUTIÉRREZ-ÁLVAREZ. Puebla de Cazalla, Sevilla, 1946; emigra a L'Hospitalet, Barcelona, en 1960, vive Sant Pere de Ribes desde 1991. De formación autodidacta, militante desde mitad los años 60, sindicalista en CCOO en diversas fases, luego en la CGT. Desde 1967, se integra en uno de los primeros grupos llamados trotskistas, exiliado en Francia (1968-1971), milita en la «Ligue» francesa y en la CGT, en Renault. De vuelta, se incorpora a la LCR, luego en la LC y, con unificación, en la LCR. Agitador cultural, cineclubista, coopera con la editorial Fontamara. En los años ochenta escribió en las páginas culturales de Combate, órgano de la LCR; trabaja como periodista en diarios no convencionales (Diario de Barcelona, La Voz de Euzkadi, Liberación entre otros), así como para revistas de divulgación histórica (Tiempo de Historia, Historia 16, Historia y Vida, L'Avenç); de pensamiento (Imprecor, Viento Sur, El Viejo Topo)… Autor de perfiles sobre Trotsky (Dopesa), Mandela (Ed. Río Nuevo), John Reed (*El Viejo Topo*), Jack London, Lev Tolstoy (ambas en Los Libros de la Frontera), Orwell (Sepha)…Otras obras suyas son: *Nuestros viejos: problemas y alternativas* (Hacer, 1982); *Mujeres socialistas* (traducida al alemán y al italiano), *Memorias de un bolchevique andaluz, Miniwatt, la*

memoria obrera; Elogio de la militancia (El Viejo topo) Entre sus trabajos sobre cine destacan: Lo que aprendí del cine (La Cosecha Anticapitalista), un estudio sobre el filme Espartaco. *Cuando las películas votan* (AAVV, Libros de la Catarata). Tiene previstas los siguientes títulos: *Militante. Una historia del movimiento obrero español* (Crítica alternativa), *Bandera negra. Los piratas en el cine* (La Linterna Sorda), *Nin y el POUM. Una historia abierta* (Laertes), título a añadir como parte de su activismo en la Fundació Andreu Nin, en las que se incluyen también *Un ramo de rosas rojas y una foto. Variaciones sobre el proceso del POUM* (Laertes). *Retratos poumistas, y El fantasma de Trotsky* (España, 1916-1940), los dos últimos en Editorial Renacimiento. Igualmente cuenta con libros «colgados» en Els arbres de Fahrenheit. Colabora activamente en la prensa digital, sobre todo en Kaosenlared. Forma parte del consejo de redacción de VIENTO SUR, milita en Revolta Global y colabora con el Procés Constituent…

Notas

[1] El cristianismo y la mujer. «En el mundo moderno, muchos cristianos se han inclinado a adjudicar la mayor parte de sus críticas, no sólo por la actitud enfermiza ante el sexo, sino también por el sometimiento de las esposas a sus maridos en el pensamiento y la práctica del cristianismo primitivo, a la peculiar psicología de san Pablo, quien, naturalmente, se habría visto profundamente influido por su piadosa educación judía (sobre la cual, véase Hechos, XXII. 3), y concebible también por el hecho de que en Tarso, su ciudad natal, las mujeres llevaban velo en público (Dión Crisóstomo, XXXIII. 48-49). Debo dejar bien claro, por lo tanto, que, en realidad, el sometimiento de la mujer al marido formaba parte de la herencia recibida por el cristianismo del judaísmo, incluyendo necesariamente (como veremos) una absoluta concepción del dominio del marido, que realmente intensificó el cristianismo. Se trata de una cuestión muy importante sobre la que hay que hacer hincapié. En los días que corren, en que la mayoría de los cristianos veneran el Antiguo Testamento mucho menos de lo que lo hacía la iglesia primitiva, y ya nadie, como no sean los fundamentalistas más ignorantes y beatos, se toma en serio y literalmente los primeros capítulos del Génesis, tal vez tengamos que hacer un gran esfuerzo para acordarnos de tres rasgos que aparecen en el relato de la creación del hombre y la mujer, y de la "Caída" y sus consecuencias, que hace el Génesis, 11-111, y que los cristianos mas ilustrados prefieren muchas veces olvidar. 1. En primer lugar, y ello es de la mayor importancia por su influencia práctica en el matrimonio cristiano, tenemos el hecho de que, en Gén., 111.16, el propio Dios proclama la autoridad o señorío del marido sobre la mujer. En el paganismo griego y romano no existía ninguna sanción religiosa de ese estilo del dominio del varón… Un pasaje de Josefo nos hace ver explícitamente la inferioridad de la mujer respecto al marido en todos los aspectos», según la Ley judía. «Así, que esté sometida [hypakouetis], no para humillarla, sino para que se la pueda controlar [archetall], pues Dios le dio el poder [kratos] al marido» (C. Apión, 11.201). Se sospecha de la existencia de alguna interpolación, pero, en cualquier

caso, este pasaje constituye una buena descripción de la situación de la casada judía del siglo I (véase, e.g., Baron, SRHJ, 112.236). Filón utiliza un lenguaje más fuerte que el de Josefo: en Hypoth, 7.3, dice que en la ley judía, «por su opinión de que tienen que rendir obediencia en todos los terreno, las casadas han de "ser esclavas" de sus maridos, y utiliza e mismísimo verbo ouleuein. Creo que debería aprovechar esta oportunidad para mencionar simplemente un pasaje de lo más desagradable de Filón, en el que justifica el que los esenios se abstuvieran del matrimonio basándose en que las esposas son desagradables por muchos motivos, así como una fuente de corrupción. Me freno para no reproducir su invectiva: Hypoth., 11.14.17…» (G.E.M. de Ste Croix, La lucha de clases en el mundo antiguo griego, ed. citada, p. 132). <<

[2] Sobre las ideas de «las Luces» sobre la cuestión femenina, ver el libro de Paule-Marie Duhet, Las mujeres y la revolución 1789-1794, Ed. Península, Barcelona, 1974, pág. 16. <<

[3] Un ejemplo de ello se encuentra en el subtítulo de su biografía escrita por Dominique Desanti y publicada por Hachette, París, que dice: «Ella tuvo un nieto: Paul Gaughin». <<

[4] Citado por Jean Baelen, op. cit., pág. 114. <<

[5] Unión Obrera, pág. 98. <<

[6] Esta cita y la siguiente corresponde a Promenade dans Londres, H. L. Dallaye Ed., París, 1840, pp. 60-61 <<

[7] Citas tomadas de La Tour de France, ed. cit. <<

[8] Sus *Memorias* están editadas en dos tomos por la Ed. Maspero de Paris. La parte que corresponde a su actividad durante la Comuna, el juicio y exilio (tr. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1973). Todas las citas sin anotar pertenecen a la edición francesa —traducida por mí— o a la castellana. La *Obra Poética* de Louise Michel ha sido recogida por D. Armogathe y Marion Piper y fue publicado por Maspero en su colección «Actes et Mémoires de peuple», París, 1981. <<

[9] Cf. Louise Michel, en el *Dictionnaire du mouvement ouvrier français*, publicado bajo la dirección de Jean Maitron, Ed. Ouvriéres, t. VII pág. 352.
<<

[10] Louise Michel ou la Velleda de l'anarchie, París, 1971, pág. 95. «… 9. Un observador de la represión versallesca, de ascripción liberal moderada», Fiaux, diría: «Hay que remontarse a las prescripciones de Syllas, de Antonio y de Octavio para encontrar parecidos asesinatos en la historia de las naciones civilizadas; las guerras religiosas bajo los últimos Valois, la noche de San Bartolomé, la época del Terror no fueron más que un juego de niños. En una semana de mayo se habían retirado de París 17.000 cadáveres de federales insurgentes… Todavía se mataban hacia el 15 de junio». <<

[11] Cf. Socialismo o barbarie, de Michael Lowy, artículo incluido en su recopilación de ensayos Dialéctica y revolución (Ed. Siglo XXI, Madrid, 1978). La segunda parte está dedicada enteramente a Rosa Luxemburgo. Lowy publica también otros ensayos sobre Rosa en otra recopilación: El marxismo olvidado (Ed. Fontamara, Barcelona, 1979). <<

[12] Rosa estaba convencida de que el marxismo se había empobrecido ya en su época. Una valoración sobre su devenir se encuentra en su trabajo *Estancamiento y progreso del marxismo*, incluido en las Obras escogidas preparadas por Mary Alice Walters (Ed. Pluma, Bogotá, 1976). Otras obras escogidas editadas de Rosa se encuentran en las siguientes editoriales: Ayuso, Grijalbo y Maspero (este último en francés). <<

[13] I. P. Netl, su principal biógrafo y abiertamente anticomunista dirá que «aquellos que se complacen con la crítica de los principios de la revolución bolchevique, harían mejor encaminando a otro lugar sus pasos». Esta biografía está publicada por ERA. Otras biografías importantes de Rosa, las de Paul Frölich, Lelio Basso, Norman Geras aparecieron respectivamente en Fundamentos, Península y ERA. <<

[14] Trotsky escribió en varias ocasiones sobre ella defendiéndola de los ataques del estalinismo. Los dos más importantes. ¡Quitad las patas sobre Rosa Luxemburgo! y Rosa Luxemburgo y la IV Internacional forman parte de un anexo a sus Obras Escogidas publicadas de Pluma. <<

[15] Rosa, como Trotsky, no aceptó la división entre mencheviques y bolcheviques, pero sus posiciones sobre el espontaneísmo, la huelga general y el carácter proletario de la revolución por hacer en Rusia le alejaba radicalmente de Plejanov y Martov, y del menchevismo en general. <<

[16] En la época del «socialismo real», tanto en RDA como en Polonia aparecieron algunos escritos de Rosa pero nunca sus obras completas. <<

[17] Rosa formó con Espinoza, Lasalle, Marx, Trotsky, Freud y otros, parte de una extraordinaria vanguardia de heterodoxos judíos. <<

[18] Publicado por *Cuadernos de Pasado y Presente*, México, 1978. <<

[19] Sobre este tema, ver: *Rosa Luxemburgo, Textos sobre la cuestión nacional* (Ed. de la Torre, Madrid, 1977), y María José Aubet, Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional (Ed. Anagrama, Barcelona, 1977, re3deditados en El Viejo Topo). <<

[20] *Reforma o revolución* (Ed. Fontamara, Barcelona, 1975, pág. 145). <<

[21] Louise fue una de las mejores amigas de Rosa en Alemania aunque finalmente sus relaciones se enfriaron por las diferencias políticas. Jugó un papel secundario pero nada desdeñable en la socialdemocracia alemana y en la austriaca. <<

[22] Hablando de su actitud radical humanitaria, E. H. Carr dice que Rosa «nunca se encaró completamente con el elemento de crueldad que pare ce acompañar a toda acción revolucionaria. En todo caso, es muy probable que la revolución alemana fracasara porque sus dirigentes fuesen menos inhumanos que quienes se dedicaron a asfixiarla y aplastarla», en Rosa la roja, trabajo incluido en la recopilación: 1917: antes y después, Ed. Anagrama, Barcelona, 1969. <<

[23] *Problemas de organización en la socialdemocracia rusa*, incluida en Textos políticos, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1977. Lenin responderá: «La camarada Luxemburgo da por supuesto, así, que, yo defiendo un sistema de organización contra cualquier otro. Pero en realidad no hay tal cosa. Lo que yo defiendo… son los principios elementales de cualquier organización de partido que pueda imaginarse» (Obras, tomo VII, Ed. Akal). <<

[24] Sobre esta cuestión resulta muy interesante el articulo de Michael Lowy *Partido, masas y revolución desde Marx a nuestros días*, incluido en su libro *La teoría de la revolución en el joven Marx* (Ed. Siglo XXI, Madrid, 1973. <<

[25] Citada por Lowy, pág. 269. <<

[26] El llamado «centro ortodoxo» estaba compuesto por la vieja guardia del partido y su principal teórico era Kautsky, que en muchos puntos se aproximó teóricamente a la izquierda pero ella se mostró incapaz de luchar consecuentemente contra la derecha. El eje estratégico de su política era la acumulación constante de fuerza sin plantearse seriamente el momento de la ruptura revolucionaria. <<

[27] *Huelga de masas, partido y sindicatos* (Ed Siglo XXI, México, 1971).
<<

[28] Citada por Paul Froelih, op. cit., pág. 84. <<

[29] Publicada por la Ed. Anagrama, Barcelona, 1977, Int. de Clara Zetkin y prólogo de Ernest Mendel. <<

[30] Sobre este período ver, *Cartas a Karl y Louise Kautsky* (Ed. Galba, Barcelona, 1976). <<

[31] En el capítulo *El problema de las nacionalidades de Historia de la revolución rusa*, Trotsky escribe: «Cuando Rosa Luxemburgo, en su polémica póstuma contra el programa de la Revolución de Octubre, afirmó que el nacionalismo ucraniano, que antes había sido una mera diversión de la intelligentzia pequeñoburguesa, fue inflado artificialmente por el levantamiento de la consigna bolcheviques de autodeterminación cayó, a pesar de su lucidez, en un serio error histórico. El campesino ucraniano no había formulado consignas nacionales en el pasado por la simple razón de que no había alcanzado el nivel político. El gran aporte de la Revolución de Febrero —quizás el único—, pero ampliamente suficiente fue precisamente el haberles dado a las clases y naciones oprimidas de Rusia, por fin, la oportunidad de expresarse. Sin embargo, este despertar político del campesinado no se podría haber manifestado de otra manera que a través de su propio lenguaje, con todas sus consecuencias en los aspectos de la educación, de la justicia, la autodeterminación, etcétera. Oponerse a ello hubiera significado tratar de liquidar la existencia del campesinado». <<

[32] Una edición más completa es de Jesús Castellote, *La revolución alemana y otros escritos* (Castellote Ed., Madrid, 1975). <<

[33] Gerard Sandoz en obra prosocialdemócrata, *La izquierda alemana* (Ed. Península, Barcelona, 1973), reconocía: «… los poderosos a cuyo socorro apeló inmediatamente la social democracia para matar a la extrema izquierda, para abatir a los espartakistas con el único fin evidente, y mil veces confesado de abatirla a su vez». <<

[34] *La Liga Espartakus* (Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, página 64). <<

[35] Ver *Recuerdos de Lenin*, Ed. Grijalbo, col. 70, Barcelona, 1975. (Hay otra edición en Ed. Akal). Trataremos más estos recuerdos en otro trabajo dedicado a los grandes revolucionarios desde el punto de vista del tema de la mujer. <<

[36] Cf. *La revolución rusa*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 179. No deja de ser curioso el hecho de que Nin no presta apenas atención a la actuación feminista de Clara. <<

[37] Luisa Passarini, prólogo a la recopilación de escritos de Clara Zetkin, *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 13. Las citas no anotadas pertenecen a este libro, sin duda el más importante que se ha publicado de y sobre Clara Zetkin. <<

[38] Editada por Ayuso, Madrid, 1971. <<

[39] Ed. Fontamara, Barcelona, 1975. Otra edición es la de la Ed. Akal. <<

[40] Uno de sus hijos, el mayor, llamado Constantino, vivirá un intenso y episódico romance con Rosa Luxemburgo del que Clara no tuvo noticia. Todo terminó cuando el amante e inseparable camarada de Rosa, Leo Jogiches, se enteró y cortó la historia. Cf. l. P. Netl, La vida de Rosa Luxemburgo, Ed. ERA, México, 1977. <<

[41] Recuerdos de Lenin, pág. 89 <<

[42] Wolganf Abendroth, Historia social del movimiento obrero europeo, Ed. Estela, Barcelona, 1971, pág. 114 <<

[43] En otra ocasión, Clara escribirá al respecto: «Nada más que una sociedad socialista, con la desaparición del sistema actual dominado por la propiedad privada, desaparecerán las oposiciones sociales entre los poseedores y los que no tienen nada, entre hombres y mujeres, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. La abolición de tal oposición, sea la que sean no puede llegar más que a partir de la lucha de clases misma. Si las mujeres proletarias quieren ser libres, es preciso que unan sus fuerzas a las del movimiento obrero (…) y este punto de vista debe de ser subrayado sin ambigüedad en un periódico dirigido a las mujeres trabajadoras». <<

[44] Esta propuesta fue criticada como «oportunista» por diversos delegados
<<

[45] Amaro del Rosal, Los Congresos obreros internacionales, Ed. Grijalbo, Madrid. <<

[46] Apéndice a Recuerdos a Lenin. <<

[47] Cf. Gilbert Badia, Los espartakistas, Ed. Mateu. <<

[48] Cf. León Trotsky, La Internacional Comunista después de Lenin, Ed. Akal, pág. 364. <<

[49] *Journal d’exil*, Ed. GalIimard, París, 1960, pp, 181-182. <<

[50] *Rojos y Rojas* (Ed. Intervención cultural/El Viejo Topo, Barcelona, 1999) <<

[51] Johann Most, célebre y controvertido anarquista alemán (Augsburg, Alemania, 1846-Cincinnatti, USA, 1909), que extendió sus actividades por su propio país, Austria, Inglaterra y Estados Unidos. Algunos historiadores lo equiparan como profeta a Bakunin y Kropotkin, aunque la mayoría lo ven como un turbio representante del terrorismo. Richard Drinon lo describe como un personaje que «llegó a convertirse en una figura verdaderamente trágica, en una "criatura de Andreiev", a quien todos abofeteaban: no querían aceptarlo en ningún trabajo por temor a que su rostro ahuyentara a los clientes; las muchachas y las mujeres rechazaban con repugnancia sus intenciones y, finalmente, la prensa, en especial la norteamericana, utilizaba la cara barbuda de Most, coronada por una mata de pelo, como modelo para la caricatura del anarquista que lleva la bomba bajo el brazo». Hijo de una familia pobre, Most tuvo una enfermedad que duró cinco años, y después de una intervención quirúrgica le deformó para siempre el rostro. Lo maltrataron una madrastra cruel y el no menos cruel patrón que lo tenía como aprendiz. Se educó con su propio esfuerzo y se hizo zapatero. Como «compagnon» viajó por toda Alemania, Austria. Italia y Suiza. Fue en este último país donde se adhirió a la AIT. En el verano de 1869, fue encarcelado en Viena, debido a una soflama revolucionaria. Un año después de haber participado en la organización de una manifestación pública en demanda de la libertad de palabra y de reunión, fue sentenciado a cinco años acusado de «alta traición». Después de algunos meses de prisión, fue indultado y expulsado de Austria. En Alemania tomó parte en el partido socialdemócrata. Fue elegido en 1874 diputado socialista en el Reichstag. En 1880, cuando la Ley contra los socialistas, se refugió en Inglaterra (algunos de sus adversarios anarquistas achacan a esta frustración de su carrera parlamentaria su inclinación bakuninista). Bastante radicalizado, funda Freiheit (Libertad), en abierta polémica con el órgano oficial del SPD, Sozialdemokratic. Es expulsado por indisciplina, y evoluciona hacia el anarquismo. Most ayuda a crear algunos núcleos minoritarios en Alemania, y contribuye a que los «jóvenes socialistas» y la

facción de izquierda del socialismo austriaco, evolucione hacia el anarquismo. En 1881 pasó seis meses de cárcel debido a un artículo en el que se mostraba un entusiasta de la táctica nihilista que acababa de ejecutar al zar Alejandro II. Esta confianza en la violencia le llevó a escribirá menudo cosas como la siguiente: «¡La dinamita! El mejor de los inventos. Introdúzcanse varios kilos de esta preciosa sustancia en un tubo, obtúrense ambos extremos, métase un dedal provisto de mecha, colóquese junto a un grupo de los ricos parásitos que viven del sudor de otras frentes y préndase fuego a la mecha. El resultado es de los más maravilloso y reconfortante… Medio kilo de esta excelente sustancia basta para hacer saltar por los aires a unos cuantos explotadores; ¡no lo olvidéis!». No era Inglaterra entonces un terreno propicio para la vehemencia de Most y entonces emigró a los Estados Unidos. Su entrada en la escena norteamericana no pudo ser más apoteósica. Fue recibido con un mitin multitudinario y en poco tiempo, se puso a la cabeza de las dispersas huestes libertarias —compuestas primordialmente por emigrantes europeos— y consiguió arrancar una importante fracción de las filas socialistas a través de varios debates públicos donde impuso su talla como polemista y orador. El medio primordial de la influencia de Most en Norteamérica fue la emigración que hablaba en alemán. Con la colaboración de Albert Parsons y de August Spies, Most redactó el famoso Manifiesto de Pittsburg, en el que se limita a reproducir esquemáticamente algunas de las ideas motrices de Bakunin. En primer lugar —y no es casualidad— el Manifiesto dice que «debía de destruirse por cualquier medio el orden social existente»; en segundo término postula la necesidad de organizar la producción siguiendo el esquema colectivista de su maestro y, en tercer lugar, exigía el «libre intercambio de productos equivalentes por y entre organizaciones productoras no lucrativas, sin mediación del comercio». Su ideario incluía además el federalismo, las cooperativas de producción, pero sobre todo insistía en la rebeldía permanente y por cualquier medio. Most se mostró largamente reacio a los planteamientos comunistas de Kropotkin.

Siguió publicando Freiheit, así como algunos folletos como La peste religiosa (1883), La bestia propietaria, La sociedad libre, donde desarrolla su concepción más personal del anarquismo y en 1899 muestra de su

conversión al comunismo publicando El comunismo libertario. Ya 1891 había publicado en alemán el libro de Bakunin Dios y el Estado, En 1897, Most se hizo cargo de otro periódico, el Diario de los Trabajadores. En 1886, después de los sucesos de Haymarket, una de sus editoriales incendiarias le llevaron de nuevo a la cárcel, esta vez a la penitenciaria de Blakwell, Nueva York. Poco después lo descubrió Emma Goldman, que se sintió fascinada por su fulgurante personalidad. Él se sintió idolatrado y quiso tenerla a su servicio. Lo «único que le importa, dice, es tener cerca a su mujercita». Cuando demuestra su independencia, Most se siento traicionado. En 1891 Emma se aproximó a los adversarios de Most dentro del movimiento, al grupo «Autonomy», en el que Joseph Peukert tenía el papel más activo. Este grupo criticaba a Most por su tendencia conspiradora y autoritaria. En tanto que Emma Goldman se insertó en un movimiento crítico y radical muy amplio, Most siguió aferrado a su ámbito germano y fiel a los métodos violentos y conspirativos. Nunca llegó a ejercer una influencia social organizada. Siguió luchando con su periódico hasta que la muerte le sorprendió durante una gira de agitación. Su figura atrajo la imaginación de Henry James que lo inmortalizó como el misterioso Hoffdahl de su obra La princesa Casamissima. Rudolf Rocker escribió una biografía suya, Johann Most. La vida de un rebelde (La Protesta, Buenos Aires, 1927). <<

[52] Cf. Living my life (hay una traducción castellana editada por la Fundación Anselmo Lorenzo en dos volúmenes). A considerar también: Emma Goldman. Anarquista de ambos mundos, Campo abierto, ed. Madrid, 1978 (hay una edición Laia de Barcelona con otro subtítulo: Una anarquista en la tormenta del siglo). Otra biografía suya es la de Richard Drinon Rebelde en el paraíso, Ed. Americalee, Buenos Aires, 1960. <<

[53] Cf. Cinco mujeres contra el zar, Ed. ERA, México, 1981 <<

[54] El primero de mayo de 1886 los trabajadores de máquinas agrícolas de McCormick de Chicago se declararon en huelga para obtener una jornada de trabajo de ocho horas. El día tres con ocasión de un mitin solidario la policía cargó contra los trabajadores, entonces fue cuando una bomba anónima estalló causando cuatro muertos y una veintena de heridos. La administración americana, a falta de culpable conocido, quiso hacer un escarmiento contra el movimiento obrero y tras un juicio fantoche asesinó a los organizadores de un Congreso anarquista celebrado en las proximidades, en Pittbourg, aunque ninguno de los inculpados estuvo en el mitin. Su voluntad de ser enterrada junto a los «mártires de Chicago» fue respetada por la administración Roosevelt joven marido para trasladarse a Nueva York. Tenía a la sazón veintiún años, pero se encontraba ya bastante curtida por la vida. <<

[55] León Czolgosz se había acercado a Emma en una ocasión pero sus amigos sospecharon de él. Era muy posible que hubiera realizado el atentado para hacerse valer en el medio anarquista más radical. <<

[56] Prólogo de Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre el feminismo, Ed. Anagrama, Barcelona, 1977, p. 14. Algunos de sus escritos (Amor y matrimonio, La tragedia de la emancipación femenina, fueron publicados por las Mujeres libres <<

[57] Ibidem, p. 18. <<

[58] «La más bella flor de esa evolución libertaria —de los demócratas de izquierda— entre americanos que, sin preocuparse de las escuelas socialistas y anarquistas europeas, trataban simplemente de combinar al máximo de libertad, de solidaridad y de sentimientos revolucionarios como abnegados para los trabajadores explotados, para las mujeres enfeuda das a las costumbres de la familia, para la humanidad sometida a los gobernantes fue Voltairine de Cleyre (1886-1912) inspirada sus comienzos por el libre pensamiento, el martirologio de Chicago y las ideas e impulsiones de ayer, D. Lum (1839-1893), pero llegada durante sus veinticinco años de actividad a una concepción de la anarquía que fue tal vez la más amplia, tolerante, y además seria, reflexiva, que conocemos al lado de Eliseo Reclús. En su conferencia sobre la anarquía dada en Filadelfia de 1902, explica las diversas concepciones, la individualista, la mutualista (Lum), las colectivistas, la comunista en perfecta igualdad y explica las diferencias por los ambientes y personalidades donde han nacido. ¡Si se hubiera dado siempre en esta posición, cuántas animosidades estériles nos habrían sido ahorradas!» Max Nettlau, Historia de la anarquía, Ed. Zafo, Barcelona, 1978. Cuando un senador reaccionario dijo que daría gustosos mil dólares por disparar a bocajarro contra un anarquista, Voltairine se ofreció como blanco. Esto fue lo que hizo, ser el blanco de un pistolero, seis años más tarde y quedó desde entonces maltrecha, Sin embargo, ella no quiso llevar al autor a los tribunales. <<

[59] Tráfico de mujeres, Pág. 38. <<

[60] Quizás uno de los aspectos positivos de esta película sea su colaboración al redescubrimiento de Emma que empero, aunque muy bien interpretado por Mauren Stapleton, aparece extrañamente como una mujer solitaria, sin Berkman y bastante cortada de su contexto real de intervención. Sobre **Reds** me permito señalar mi trabajo sobre la película aparecido en la antología de John Reed titulada Rojos y Rojas (Ed. Intervención cultural/El Viejo Topo, Barcelona, 1999) <<

[61] Falta la nota en el texto que hemos utilizado para esta edición <<

[62] Ídem. <<

[63] Ibídem. <<

[64] Así es en *Margaret Sanger. A Women Rebel* (1976) que cuenta como esta mujer trabajadora hija de emigrantes irlandeses comienza a trabajar de enfermera y descubre la dantesca situación de miles de miles de trabajadoras que tratan de abortar en condiciones abominables. La cámara está al servicio de una mera ilustración de unas entrevistas que ella concedió antes de morir, cuando la lucha por la socialización de los métodos anticonceptivos ya había ganado batallas decisivas. El papel de Margaret Sanger fue interpretado con plena convicción por Piper Laurie, la inolvidable protagonista de la obra maestra de Robert Rossen, El buscavidas…

Años después (1995), se rodará otro «biopic» más ambicioso, *Difícil elección. La historia de Margaret Sanger*, que se puede encontrar en versión castellana en la Red. En este caso, la trama biográfica se detiene en la descripción de las condiciones de vida de las mujeres trabajadoras en el Nueva York de 1914, ofrece datos espeluznantes sobre los problemas derivados de los embarazos indeseados, y sobre la actitud de los hombres, sin excluir ciertas críticas a los socialistas por no querer ir hasta el fondo de la cuestión. Pero el hilo argumental se centra sobre todo en la lucha de Margaret y de sus compañeras —entre las que se reconoce una vehemente Emma Goldman— contra el todopoderoso cartel de las ligas de la decencia que emplean a la policía como meros lacayos a su servicio para castigar todas las actividades a favor de llevar los métodos anticonceptivos y de planificación familiar más evolucionados a las mujeres trabajadoras… Dirigida por el modesto Paul Shapiro, un cineasta con ciertas inclinaciones feministas, está interpretada por Diana Delany como Margaret, Henry Czerny es su primer marido, un militante socialista que se implica pero que tiene sus dudas, en tanto que el veterano Rog Steiger encarna con dureza y convicción al prepotente jerarca puritano, un señor que manda en periódicos y policías, y que se muestra dispuesto a todo con tal que la mujer (trabajadora, porque las burguesas pueden practicar la doble moral) permanezca bajo la férula del Estado y la Iglesia, de lo que él llama

furiosamente «decencia», un arquetipo tanto masculino como femenino muy presente en el mejor cine norteamericano. Un legado que comparten tanto Margaret Sanger como Emma Goldman, y que llegará hasta mujeres revolucionarias como Hildegarde Rodríguez que motivó una película parcialmente interesante, pero sobre todo a movimientos amplios como el de las *Mujeres Libres* de la guerra española, magnificado como es sabido en la película *Libertarias*. <<

[65] El título de un artículo aparecido en la revista *Historia Internacional sobre las sufragistas* es: Eligieron el terrorismo (nº 6, septiembre de 1976, Madrid). El personaje de la sufragista excéntrica se hizo popular en novelas como Las bostanianas de Henry lames. Los títulos de películas son innumerables. <<

[66] Tanto MilI como su esposa Harriet Taylor MilI forman parte de los clásicos del feminismo. Una antología de sus escritos feministas han sido publicados al castellano con el título de Ensayos sobre la igualdad sexual, Ed. Península, Barcelona, 1973. <<

[67] Esta serie fue pasada por TVE en septiembre de 1981 y constituye uno de los trabajos de divulgación histórica televisiva más serio que conozco. Las memorias de Sylvia se llaman El movimiento sufragista y fueron publicadas en Londres en 1931. <<

[68] Los laboristas eran favorables al voto femenino en general, pero no tanto en lo concreto. Algunas argumentaban que el voto a la mujer reforzaría a la derecha y planteaban una conquista de este derecho democrático de forma etapista. Las tendencias feministas en su interior no pudieron contrarrestar esta opinión que era además la de la burocracia sindical. <<

[69] Sheila Rowbotham en su libro *La mujer ignorada por historia* (Ed. Pluma/Debate, Bogotá-Madrid, 1980), ofrece una amplia demostración de esta influencia <<

[70] La primera en ir fue Sylvia y cuando su madre le habló de pagar la fianza, la amenazó con no volver más a su casa si así lo hacía. <<

[71] Uno de sus libros de esta época ha sido publicado en castellano. Se trata de *La fuerza del pensamiento*, aparecido en Ediciones Kier de Buenos Aires, 1965. <<

[72]*Los anarquistas*, Ed. Ariel, Barcelona, 1975, pág. 431. <<

[73] Según Carmen de Elejabeitia, Dora expresa con esto no sólo la respuesta alineada de la esclava que se alegra de su suerte, sino también oscuramente la profunda seguridad que sienten algunas mujeres de que lo importante se encuentra en la materia de la especie que se reproduce y se renueva en sus entrañas como resultado de la comunicación amorosa, y no en el campo y el espacio donde el valor se produce y se reproduce y donde vive y domina el capital, donde los hombres pierden el sentido profundo de la especie y alineados, creyéndose protagonistas de la historia, se dejan consumir por el capital. «Entre estas dos posturas extremas, ambas alineadas, pues en la primera anida ya la alineación del hombre del obrero, y en la segunda la alineación del esclavo, se mueve la mujer y sus movimientos de liberación». Mujeres, movimiento feminista y revolución en el Viejo topo n.º 25 <<

[74] François Beddarida en *Historia del socialismo, II* tomo, Ed. Destino, pág. 543. <<

[75] Esta última fue publicada en Argos-Vergara, Barcelona, 1982. <<

[76] Me *morias*, Ed. Debate/Tribuna feminista, Madrid. En Rusia su título fue *De mi vida y trabajos*, Moscú, 1974. <<

[77] Ob. cit., págs. 383, 383, 384. <<

[78] Ob. cit., pág. 386. <<

[79] Yolanda Marcos, prólogo a *Autobiografía de una mujer emancipada y otros escritos de* Alejandra Kollöntai, Fontamara, Barcelona, 1976, pág. 47. Esta introducción es quizás el trabajo biográfico más amplio y elaborado que se ha publicado sobre Alejandra en el Estado español. <<

[80] Kollöntai, de Ana de Miguel Álvarez (Ed. Orto, Madrid). <<

[81] Alejandra Kollöntai fue ampliamente publicada en los años treinta reeditada en los setenta, y entre otras ediciones cabe anotar obras y antologías como *El marxismo y la revolución sexual*, Miguel Castellote, Ed., Madrid, 1976. Este texto fue publicado originalmente en 1909 como *Las bases sociales de la cuestión femenina; La oposición obrera*, publicada el mismo año por la misma editorial, junto con el texto de Paul Cardan *, El papel de la ideología bolchevique en la aparición de la burocracia*. Existen otras ediciones, en Fontamara, Anagrama… *La mujer en el desarrollo social*; en Guadarrama, Barcelona, 1976, con un epílogo, *Alejandra Kollöntai: entre el feminismo y el socialismo, de Annemarie Troger*. Otra edición posterior es la de Fontamara con el título de *Sobre la liberación de la mujer* que recoge su Conferencias en la Universidad de Sverdlov. En *Los bolcheviques*, de George Haupt y Jean-Jacques. Marie, aparece su autobiografía escrita brevemente para la Enciclopedia soviética Granac: *La bolchevique enamorada*, apareció en La Sal, Barcelona, 1978; hay que registrar también unos *Cuentos soviéticos* aparecidos Cenit, 1930 al principio de la República. <<

Document Outline